

RICARDO FLORES MAGON



CUENTOS





DISTRUBUYE PRODUCCIONES SUBVERSVAS  
DIFUSION LIBERTARIA  
PROHIBIDA LA **NO** REPRODUCCION TOTAL O PARCIAL DE  
ESTE TEXTO.  
SI DESEAS OBTENER MAS TITULOS DE FOLLETERIA  
LIBERTARIA ESCRIBE A: [fanzin\\_resiste@hotmail.com](mailto:fanzin_resiste@hotmail.com)



## PROLOGO

La selección de cuentos y relatos que presentamos no se corresponde del todo con la que dio pie a la compilación en cuatro pequeños volúmenes publicada entre 1923 y 1924 por el Grupo Cultural 'Ricardo Flores Magón' dentro de la serie Ricardo Flores Magón: vida y obra, a cargo de Nicolás T. Bernal. Como se sabe el contenido de *Vida-nueva. Cuentos y diálogos relacionados con las condiciones sociales de México* (s.a.) y *Abriendo surco. Cuentos relacionados con las condiciones sociales de México* (1923) fue integrado posteriormente a *Sembrando ideas. Historietas relacionadas con las condiciones sociales de México* (1923), y a *Rayos de Luz. Diálogos relacionados con las condiciones sociales de México* (1924). Estas dos últimas publicaciones fueron integradas (1976) en *¿Para qué sirve la autoridad? Y otros cuentos*, publicado por Ediciones Antorcha (México, D. F.).

Hemos dejado fuera dos textos que por su formato consideramos que son en rigor artículos políticos ('¡Bandidos!' y 'Los inquietos', publicados inicialmente en *Rayos de Luz*); asimismo incorporamos otros que no fueron considerados por los editores de las ediciones mencionadas ('La huelga', 'La prensa y el carácter de imprenta', 'Las dos siembras', 'El fardo', 'En la calle', 'Telarañas' y 'Revolución'). El orden en que se presentan aquí corresponde al de la fecha de su primera publicación en la cuarta época del semanario angelino *Regeneración*. Al final de cada una de sus fichas se encuentra la fecha número y página de la misma.

## Dos revolucionarios

El revolucionario viejo y el revolucionario moderno se encontraron una tarde marchando en diferentes direcciones. El sol mostraba la mitad de su ascua por encima de la lejana sierra; se hundía el rey del día, se hundía irremisiblemente, y como si tuviera conciencia de su derrota por la noche, se enrojecía de cólera y escupía sobre la tierra y sobre el cielo sus más hermosas luces.

Los dos revolucionarios se miraron frente a frente: el viejo, pálido, desmelenado, el rostro sin tersura como un papel de estraza arrojado al cesto, cruzado aquí y allá por feas cicatrices, los huesos denunciando sus filos bajo el raído traje. El moderno, erguido, lleno de vida, luminoso el rostro por el presentimiento de la gloria, raído el traje también, pero llevando con orgullo, como si fuera la bandera de los desheredados, el símbolo de un pensamiento común, la contraseña de los humildes hechos soberbios al calor de una grande idea.

—¿Adónde vas?, preguntó el viejo.

—Voy a luchar por mis ideales, dijo el moderno; y tú, ¿a dónde vas?, preguntó a su vez.

El viejo tosió, escupió colérico el suelo, echó una mirada al sol, cuya cólera del momento sentía él mismo, y dijo:

—Yo no voy; yo ya vengo de regreso.

—¿Qué traes?

—Desengaños, dijo el viejo. No vayas a la revolución: yo también fui a la guerra y ya ves cómo regreso: triste, viejo, mal trecho de cuerpo y espíritu.

El revolucionario moderno lanzó una mirada que abarcó el espacio, su frente resplandecía; una gran esperanza arrancaba del fondo de su ser y se asomaba a su rostro. Dijo al viejo:

—¿Supiste por qué luchaste?

Sí: un malvado tenía dominado el país; los pobres sufríamos la tiranía del Gobierno y la tiranía de los hombres de dinero. Nuestros mejores hijos eran encerrados en el cuartel; las familias, desamparadas, se prostituían o pedían limosna para poder vivir. Nadie podía ver de frente al más bajo polizonte; la menor queja era considerada como acto de rebeldía. Un día un buen señor nos dijo a los pobres: “Conciudadanos, para acabar con el presente estado de cosas, es necesario que haya un cambio de gobierno; los hombres que están en el Poder son ladrones, asesinos y opresores. Quitémoslos del Poder, elijanme Presidente y todo cambiará”. Así habló el buen señor; en seguida nos dio armas y nos lanzamos a la lucha. Triunfamos. Los malvados opresores fueron muertos, y elegimos al hombre que nos dio las armas para que fuera Presidente, y nos fuimos a trabajar. Después de nuestro triunfo seguimos trabajando exactamente como antes, como mulos y no como hombres; nuestras familias siguieron sufriendo escasez; nuestros mejores hijos continuaron siendo llevados al cuartel; las contribuciones continuaron siendo cobradas con exactitud por el nuevo Gobierno y, en vez de disminuir, aumentaban; teníamos que dejar en las manos de nuestros amos el producto de nuestro trabajo. Alguna vez que quisimos

declararnos en huelga, nos mataron cobardemente. Ya ves cómo supe por qué luchaba: los gobernantes eran malos y era preciso cambiarlos por buenos. Y ya ves cómo los que dijeron que iban a ser buenos, se volvieron tan malos como los que destronamos. No vayas a la guerra, no vayas. Vas a arriesgar tu vida por encumbrar a un nuevo amo.

Así habló el revolucionario viejo; el sol se hundía sin remedio, como si una mano gigantesca le hubiera echado garra detrás de la montaña. El revolucionario moderno se sonrió, y repuso:

—¿Compañero: voy a la guerra, pero no como tú fuiste y fueron los de tu época. Voy a la guerra, no para elevar a ningún hombre al Poder, sino a emancipar mi clase. Con el auxilio de este fusil obligaré a nuestros amos a que aflojen la garra y suelten lo que por miles de años nos han quitado a los pobres. Tú encomendaste a un hombre que hiciera tu felicidad; yo y mis compañeros vamos a hacer la felicidad de todos por nuestra propia cuenta. Tú encomendaste a notables abogados y hombres de ciencia el trabajo de hacer leyes, y era natural que las hicieran de tal modo que quedaras cogido por ellas, y, en lugar de ser instrumento de libertad, fueron instrumento de tiranía y de infamia. Todo tu error y el de los que, como tú, han luchado, ha sido ése: dar poderes a un individuo o a un grupo de individuos para que se entreguen a la tarea de hacer la felicidad de los demás. No, amigo mío; nosotros, los revolucionarios modernos, no buscamos amparos, ni tutores, ni fabricantes de ventura. Nosotros vamos a conquistar la libertad y el bienestar por nosotros mismos, y comenzamos por atacar la raíz de la tiranía política, y esa raíz es el llamado “derecho de propiedad”. Vamos a arrebatar de las manos de nuestros amos la tierra, para entregársela al pueblo. La opresión es un árbol; la raíz de este árbol es el llamado “derecho de propiedad”; el tronco, las ramas y las hojas son los polizontes, los soldados, los funcionarios de todas clases, grandes y pequeños. Pues bien: los revolucionarios viejos se han entregado a la tarea de derribar ese árbol en todos los tiempos; lo derriban, y retoña, y crece y se robustece; se le vuelve a derribar, y vuelve a retoñar, a crecer y a robustecer. Eso ha sido así porque no han atacado la raíz del árbol maldito; a todos les ha dado miedo sacarlo de cuajo y echarlo a la lumbre. Ves pues, viejo amigo mío, que has dado tu sangre sin provecho. Yo estoy dispuesto a dar la mía porque será en beneficio de todos mis hermanos de cadena. Yo quemaré el árbol en su raíz.

Detrás de la montaña azul ardía algo: era el sol, que ya se había hundido, herido tal vez por la mano gigantesca que lo atraía al abismo, pues el cielo estaba rojo como si hubiera sido teñido por la sangre del astro.

El revolucionario viejo suspiró y dijo:

—Como el sol, yo también voy a mi ocaso. Y desapareció en las sombras.

El revolucionario moderno continuó su marcha hacia donde luchaban sus hermanos por los ideales nuevos.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 18; 31 de diciembre de 1910; p. 3.*

## El apóstol

Atravesando campos, recorriendo carreteras, por sobre los espinos, por entre los guijarros, la boca seca por la sed devoradora, así va el Delegado Revolucionario en su empresa de catequismo, bajo el sol, que parece vengarse de su atrevimiento arrojando sobre él sus saetas de fuego; pero el Delegado no se detiene, no quiere perder un minuto. De alguna que otra casuca salen, a perseguirlo, perros canijos, tan hostiles como los miserables habitantes de las casucas, que rien estúpidamente al paso del apóstol de la buena nueva.

El Delegado avanza; quiere llegar a aquel grupo de casitas simpáticas que relucen en la falda de la alta montaña, donde — se le ha dicho— hay compañeros. El calor del sol se hace insoportable; el hambre y la sed lo debilitan tanto como la fatigosa caminata; pero en su cerebro lúcido la idea se conserva fresca límpida como el agua de la montaña bella como una flor sobre la cual no puede caer la amenaza del tirano. As es la idea: inmune a la opresión.

El Delegado marcha, marcha. Los campos yermos le oprimen el corazón. ¡Cuántas familias vivirían en la abundancia si esas tierras no estuvieran en poder de unos cuantos ambiciosos! El Delegado sigue su camino, una víbora suena su cascabel bajo un matorro polvoriento; los grillos llenan de rumores estridentes el caldeado ambiente; una vaca muge a lo lejos.

Por fin llega el Delegado al villorrio, donde — se le ha dicho— hay compañeros. Los perros, alarmados, le ladran. Por las puertas de las casitas asoman rostros indiferentes. Bajo un portal hay un grupo de hombres y de mujeres. El apóstol se acerca; los hombres fruncen las cejas; las mujeres le ven con desconfianza.

—Buenas tardes, compañeros, dice el Delegado.

Los del grupo se miran unos a los otros. Nadie contesta el saludo. El apóstol no se da por vencido y vuelve a decir:

—Compañeros, vengo a daros una buena noticia: la Revolución ha estallado. Nadie le responde; nadie despega los labios; pero vuelven a mirarse unos a los otros, los ojos tratando de salirse de sus órbitas.

—Compañeros, continúa el propagandista, la tiranía se bambolea; hombres enérgicos han empuñado las armas para derribarla, y sólo se espera que todos, todos sin excepción, ayuden de cualquier manera a los que luchan por la libertad y la justicia.

Las mujeres bostezan; los hombres se rascan la cabeza; una gallina pasa por entre el grupo, perseguida por un gallo.

— Compañeros— continúa el infatigable propagandista de la buena nueva—, la libertad requiere sacrificios; vuestra vida es dura; no tenéis satisfacciones; el porvenir de nuestros hijos es incierto. ¿Por qué os mostráis indiferentes ante la abnegación de los que se han lanzado a la lucha para conquistar vuestra dicha, para haceros libres, para que vuestros hijitos sean más dichosos que vosotros? Ayudad, ayudad como podáis; dedicad una parte de vuestros salarios al fomento de la Revolución, o empuñad las armas si así lo preferís; pero haced algo por la causa; propagad siquiera los ideales de la gran



insurrección.

El Delegado hizo una pausa. Un águila pasó meciéndose en la limpia atmósfera, como si hubiera sido el símbolo del pensamiento de aquel hombre que, andando entre los cerdos humanos, se conservaba muy alto, muy puro, muy blanco.

Las moscas, zumbando, entraban y salían de la boca de un viejo que dormitaba. Los hombres, visiblemente contrariados, iban desfilando de uno en uno; las mujeres se habían marchado todas. Por fin se quedó solo el Delegado en presencia del viejo que dormía su borrachera y de un perro que lanzaba furiosas tarascadas a las moscas que chupaban su sarna. Ni un centavo había salido de aquellos sórdidos bolsillos, ni un trago de agua se había ofrecido a aquel hombre firmísimo, que, lanzando una mirada compasiva a aquella madriguera del egoísmo y de la estupidez, encaminóse hacia otra casita. Al pasar frente a una taberna pudo ver a aquellos miserables con quienes había hablado, apurando sendos vasos de vino, dando al burgués lo que no quisieron dar a la Revolución, remachando sus cadenas, condenando a la esclavitud y a la vergüenza sus pequeños hijos, con su indiferencia y con su egoísmo.

La noticia de la llegada del apóstol se había ya extendido por todo el pueblo, y, prevenidos los habitantes, cerraban las puertas de sus casas al acercarse el Delegado. Entretanto un hombre, que por su traza debería ser un trabajador, llegaba jadeante a las puertas de la oficina de policía.

—Señor, dijo el hombre al jefe de los esbirros, ¿cuánto da usted por la entrega de un revolucionario?

—Veinte reales, dijo el esbirro.

El trato fue cerrado; Judas ha rebajado la tarifa. Momentos después un hombre, amarrado codo con codo, era llevado a la cárcel a empellones. Caía, y a puntapiés lo levantaban las verdugos entre las carcajadas de los esclavos borrachos. Algunos muchachos se complacían en echar puñados de tierra a los ojos del mártir, que no era otro que el apóstol que había atravesado campos, recorrido carreteras, por sobre los espinos, por entre los guijarros, la boca seca por la sed devoradora; pero llevando en su cerebro lúcido, la idea de la regeneración de la raza humana por medio del bienestar y la libertad.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 19, 7 de enero de 1911; p. 2.***

## **La esclavitud voluntaria**

Juan y Pedro llegaron a la edad en que es preciso trabajar para poder vivir. Hijos de trabajadores, no tuvieron oportunidad de adquirir una regular cultura que los emancipase de la cadena del salario. Pero Juan era animoso. Había leído en los periódicos cómo hombres que habían nacido en cuna humilde habían llegado, por medio del trabajo y del ahorro, a ser los reyes de las finanzas, y a dominar, con la fuerza del dinero, no sólo los mercados, sino las naciones mismas. Había leído mil anécdotas de los Vanderbilt **2**, de los Rockefeller **3**, de los Rothschild **4**, de los Carnegie **5**, de todos aquellos que, según la Prensa y hasta según los

libros de lectura de las escuelas con que se embrutece a la niñez contemporánea, están al frente de las finanzas mundiales, no por otra cosa sino —¡vil mentira!— por su dedicación al trabajo y su devoción por el ahorro.

Juan se entregó al trabajo con verdadero ardor. Trabajó un año, y se encontró tan pobre como el primer día. A la vuelta de otro año se encontró en las mismas circunstancias. Y siguió trabajando más, sin desmayar, sin desesperar. Pasaron cinco años y se encontró con que, a fuerza de sacrificios, había logrado reunir algunas monedas, no muchas. Para ahorrarlas necesitó disminuir los gastos de su alimentación, con lo que debilitó sus fuerzas; vistió andrajos, con los que el calor y el frío lo atormentaron, debilitando igualmente su organismo; habitó miserable casuchas, cuya insalubridad aportó a su organismo su contingente debilitante. Pero Juan siguió ahorrando, ahorrando dinero a expensas de su salud. Por cada centavo que lograba guardar, perdía una parte de su fuerza. Para no pagar renta a propietario alguno compró un lote y fabricó una casa. Después se casó con una muchacha. El Registro Civil y el cura le arrancaron una buena parte de sus ahorros, obtenidos a costa de tantos sacrificios. Pasaron algunos años más: el trabajo no era constante, las deudas comenzaron a afligir al pobre Juan. Un día se enfermó uno de sus hijitos; el médico no quiso asistir al enfermito porque no se le ofrecía dinero; en el dispensario público atendieron tan mal a la criatura que ésta murió. Juan, sin embargo, no se daba, por vencido. Recordaba sus lecturas sobre las famosas virtudes del ahorro y otras patrañas por el estilo. Tenía que ser rico porque trabajaba y ahorra. ¿No habían hecho lo mismo Rockefeller, Carnegie y muchos más, ante cuyos millones suelta la baba la humanidad inconsciente? Entretanto los artículos de primera necesidad iban subiendo en precio de manera poco tranquilizadora. La ración alimenticia se disminuía hasta su extremo límite en el hogar del inocente Juan, y, a pesar de todo, las deudas aumentaban y ya no podía ahorrar un solo cobre. Para colmo de desdichas, el dueño de la negociación en que Juan comenzó a trabajar decidió emplear trabajadores por menos costo, y, nuestro héroe, y muchos más, se vieron de la noche a la mañana despedidos del trabajo, ocupando sus lugares nuevos esclavos que, como los anteriores, soñaban con riquezas amasadas a fuerza de trabajo y de ahorro. Juan tuvo que empeñar su casa, esperando todavía poner a flote la barca de sus ilusiones, que se hundía, se hundía sin remedio. No pudo pagar la deuda, y tuvo que dejar en las manos de los prestamistas el producto de su sacrificio, el pequeño bien amasado con su sangre. Obstinado, Juan quiso todavía trabajar y ahorrar, pero en vano. Las privaciones a que se sujetó por el ansia de ahorrar, el trabajo pesado que había ejecutado en los mejores años de su vida le habían destruido el vigor. En todas partes donde solicitaba trabajo se le decía que no había ocupación para él. Era una máquina de producir dinero para los amos, pero demasiado gastada ya. Las máquinas viejas son vistas con desprecio. Y, entretanto, la familia de Juan padecía hambre. En la negra casucha no había fuego, no había abrigos para combatir el frío, las criaturas pedían pan con verdadera furia. Juan salía todas las mañanas en busca de trabajo; pero ¿quién

había de alquilar sus brazos viejos? Y después de recorrer la ciudad y los campos, llegaba al hogar, donde lo esperaban, contristados y hambrientos, los suyos, su mujer, sus hijos, los seres queridos, para quienes soñó las riquezas de Rockefeller, la fortuna de Carnegie.

Una tarde Juan se detuvo a contemplar el paso de ricos automóviles ocupados por personas regordetas, en cuyos rostros podía adivinarse la satisfacción de llevar una vida sin preocupaciones. Las mujeres charlaban alegremente, y los hombres, almibarados e insignificantes, las atendían con frases melifluas que habrían hecho bostezar de fastidio a otras mujeres que no hubieran sido aquellas burguesas.

Hacía frío; Juan tembló pensando en los suyos, que le esperaban en la negra casucha, verdadera mansión del infortunio. Cómo habrían de tiritar de frío en aquel instante; cómo debían sufrir las torturas indescriptibles del hambre; qué amargas deberían ser las lágrimas que derramasen en aquellos momentos. El desfile elegantísimo continuaba. Era la hora de exhibición de los ricos, de los que, según el pobre Juan, habían sabido “trabajar” y “ahorrar” como los Rothschild, como los Carnegie, como los Rockefeller. En un lujoso carruaje venía un gran señor. Su porte era magnífico. Tenía canas, pero su rostro estaba joven. Juan se llevó la mano a los ojos para limpiarlos, temiendo ser víctima de una ilusión. No, no le engañaban sus viejos y opacos ojos: aquel gran señor era Pedro, su camarada de la infancia. “Cuánto ha de haber trabajado y ahorrado”, pensó, Juan, “para que haya podido salir de la miseria y llegar a tanta altura y ganar tanta distinción”.

¡Ah, pobre Juan!: no había podido olvidar los imbéciles relatos de los grandes vampiros de la humanidad; no había podido olvidar lo que leyó en los libros de las escuelas, en que tan concienzudamente se embrutece al pueblo.

Pedro no había trabajado. Hombre sin escrúpulos y dotado de gran malicia, había podido apercibirse de que lo que se llama honradez no es fuente de riquezas, y se echó a engañar a sus semejantes. Apenas reunido algún fondito, instaló un taller y alquiló manos baratas; de ese modo fue subiendo. Ensanchó sus negocios y alquiló más manos, y más y más, y se convirtió en millonario y en gran señor, gracias a los innumerables “Juanes”, que toman a pies juntillas los consejos de la burguesía.

Juan continuó presenciando el brillante desfile de haraganes y haraganas. En la esquina próxima un hombre dirigía la palabra al público. Escaso auditorio tenía, en verdad, aquel orador. ¿Quién era? ¿Qué predicaba? Juan fue a escuchar.

—Compañeros, decía el hombre, ha llegado el momento de reflexionar. Los capitalistas son unos ladrones. Sólo por medio de malas artes se puede llegar a millonario. Los pobres nos deslomamos trabajando, y cuando ya no podemos trabajar, nos despiden los burgueses como dejan sin amparo al caballo envejecido en el servicio. ¡Tomemos las armas para conquistar nuestro bienestar y el de nuestras familias!

Juan lanzó una mirada despreciativa al orador, escupió al suelo con coraje y se marchó a la casucha negra, donde lo esperaban afligidos, con hambre y con frío, los seres queridos. No podía morir en él la idea de que el ahorro y la laboriosidad hacen la riqueza del hombre virtuoso. Ni ante el infortunio inmerecido de los suyos pudo reaccionar el alma de aquel miserable, educado para esclavo.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 21, 21 de enero de 1911; p. 2.*

**2 Vanderbilt, Cornelius. (1794-1877) Empresario neoyorkino que hizo su fortuna en la industria del transporte marítimo y ferroviario. Patriarca de la familia del mismo nombre.**

**3 Rockefeller, John Davison (1839-1937). Fundador de la Standard Oil Company. Dicha compañía fue acusada de prácticas monopólicas y dividida hacia 1911. Creador del sistema moderno de la filantropía norteamericana.**

**4 Amschel Bauer, Mayer (1744-1812). Financiero y prestamista vinculado comercialmente a la nobleza alemana, misma que le concedió el apellido Rothschild. Creó su fortuna con empréstitos estatales, servicios de correo, etc.. Fundador de la dinastía que lleva ese nombre.**

**5 Carnegie, Andrew (1835-1919). Empresario de origen escocés. Creador de una de las corporaciones más influyentes de los Estados Unidos la US Steel, considerada hacia los años 1890 como la más grande y rentable del mundo. En 1901 vendió su compañía a J. P. Morgan y se dedicó a la filantropía.**

## **Trabaja, cerebro, trabaja**

“Trabaja, cerebro, trabaja; da toda la luz que puedas dar, y si te sientes fatigado, trabaja, trabaja. La Revolución es una vorágine: se nutre de cerebros y de bravos corazones. A la Revolución no van los malos, sino los buenos; no van los idiotas, sino los inteligentes.

“Trabaja cerebro, trabaja; da luz. Trabaja hasta que te aniquile la fatiga. Después vendrán otros cerebros, y luego otros y otros más. La Revolución se nutre de cerebros y de nobles corazones.”

Así pensaba el revolucionario un día en que la intensidad de su trabajo intelectual le había aflojado los nervios. Desde su cuartito veía pasar la gente que caminaba en distintas direcciones. Hombres y mujeres parecían atareados, ansiosos y como dominados por una idea fija. Todos andaban en pos del pan. En algunos rostros se notaba la decepción: sin duda esas gentes habían salido a buscar trabajo y volvían a la casa con las manos vacías.

Se acercaba la noche y, a la triste luz del crepúsculo, circulaba la gente. Los trabajadores regresaban a sus casitas con los brazos caídos, negros por el sudor y la tierra. Los burgueses, redondos, satisfechos, lanzando miradas despreciativas a la plebe generosa que se sacrifica para ellos y sus queridas, se dirigían a los grandes teatros o a los lujosos palacios que aquellos mismos esclavos habían construido, pero a los cuales no tenían acceso.

El corazón del revolucionario se oprimió dolorosamente. Toda aquella gente desheredada se sacrificaba estérilmente en la fábrica, en el taller, en la mina, dando su salud, su porvenir y el porvenir de sus pobres familias en provecho de los amos altaneros que, al pasar cerca de ella, esquivaban su contacto para preservar de la mugre y del tizne sus ricas vestiduras. Sí, aquella pobre gente se sacrificaba trabajando como mulos para hacer más poderosos a sus verdugos, porque así están arregladas las cosas: mientras más se sacrifica el trabajador, más rico se hace el amo y más fuerte la cadena.

La masa desheredada seguía pensando, pensando, y también los hartos; cariacontecidos los primeros, con los rostros radiantes de alegría los burgueses. Con aquel río de desheredados había para acabar con los dominadores; pero los pueblos son ríos mansos, muy mansos, demasiado mansos. Otra cosa sería si tuvieran la certeza de su fuerza y la certeza de sus derechos.

El revolucionario pensaba, pensaba: él era el único rebelde en medio de aquel rebaño; él era el único que había acertado sobre el medio a que debe recurrirse para resolver el grave problema de la emancipación económica del proletariado. Y era preciso que aquel rebaño lo supiese: “El medio es la Revolución; pero no la revuelta política, cuya obra superficial se reduce solamente a sustituir el personal de un gobierno por otro personal que tiene que seguir los pasos del anterior. El medio es la Revolución; pero la Revolución que lleve por fin garantizar la subsistencia a todo ser humano. ¿Qué utilidad puede tener una revolución que no garantice la subsistencia de todos?”

Esto pensaba el revolucionario mientras en la calle continuaba el monótono desfile de los inconscientes, que todavía creen que es natural y justo dejar que los amos se aprovechen del trabajo humano. Así pensaba el revolucionario, presenciando el ir y venir del rebaño, que no sabe dejar en esta tierra otra señal de su paso por ella que sus esqueletos en la fosa común, la miseria en sus familias y la hartura y el lujo para sus amos de la política y del dinero.

“Trabaja, cerebro, trabaja; da luz. Trabaja hasta que te aniquile la fatiga. Dentro de los cráneos de las multitudes hay muchas sombras: ilumina esas tinieblas con el incendio de tu rebeldía.”

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 23, 4 de febrero de 1911; p. 2.*

## **El águila y la serpiente**

“Impulso generoso, ¡atrás! Yo soy el maderismo que se arrastra y muerde los talones de los valientes y de los abnegados.

“¡Atrás, impulso generoso! Yo soy el maderismo; soy el representante del dios Dinero; dios que no tiene nervios, que no tiene corazón, que se nutre del dolor, de las lágrimas, del sudor, de la sangre de los humildes.

“Impulso generoso, ¡atrás! Tú eres un estorbo para mí. Tú eres el águila y yo soy la serpiente; tú vuelas, yo me arrastro; pero tengo sobre ti la ventaja de que puedo ocultarme fácilmente. Mis legiones se arrastran como yo: son la envidia, la avaricia, la deslealtad, la codicia, la traición, la infamia. Todos los

que me siguen ‘tienen un hacha que afilar’ como el personaje del cuento de Franklin **2**; algunos quieren ser gobernadores, otros se conforman con ser diputados y los hay tan miserables que no aspiran sino a ocupar una vacante de polizone. Ser cuico es ser mucho para algunos desgraciados.

“¡Atrás, impulso generoso! Yo soy el maderismo; para mí, el fin justifica los medios: Loyola **3** es mi maestro. Tú, cerniéndote en los aires, no puedes ocultar nada; yo, por el contrario, arrastrándome, aprovecho todas las rendijas, me escabullo en la primera sinuosidad que me encuentre, cualquier matorro me sirve de abrigo, y cuando tú bajas, ahí te espero, oculto, para morderte.

“Soy el maderismo, soy la traición. Los ideales son muy altos para mí. ¿Viene Atila **4**? Le abro las puertas. Yo lo que necesito es estar en el Poder, y si el yanqui me garantiza estar sobre el pueblo, bienvenido sea el yanqui. Yo, como los ‘científicos **5**’, voy *hasta la ignominia*. **6**”

Así hablaba la serpiente del maderismo mientras los soldados norteamericanos avanzaban sobre México **7**, y lo mismo dice ahora que los soldados están prontos a dar el primer paso hacia el interior de la tierra mexicana **8**. Los maderistas recibirán de rodillas a los soldados norteamericanos, según ellos mismos confiesan, pues lo que ellos quieren es que intervengan los norteamericanos para que el viejo Dictador los deje hacer la farsa electoral. ¡Qué vergüenza!

El Águila Liberal, en tanto, se cierne majestuosa en los espacios. Ella representa el impulso generoso que tanto estorba al maderismo; ella representa la aspiración sana de los hombres de trabajo, de los que tienen las manos callosas, de los que no quieren ser más que nadie, sino los iguales de todos.

El Águila triunfará al fin sobre la Serpiente.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 29, el 18 de marzo de 1911; p.2.*

**2** Refiérese al cuento “El hacha de afilar” de Benjamín Franklin, (1706-1790). Periodista, político, científico e inventor estadounidense. Su obra científica más destacada es *Experimentos y observaciones sobre electricidad*. Inventor de innumerables instrumentos: el rayo, lentes bifocales, humidificador, cuentakilómetros, etc. Participó activamente en el proceso de independencia de su país. Fue uno de los redactores de la primera Constitución de Estados Unidos. Promotor de la abolición de la esclavitud.

**3** Ignacio de Loyola (1491-1566) Militar y religioso español. Creador y primer general de la Compañía de Jesús.

**4** Atila. (410-453). Rey de los hunos. Fundó un extenso imperio, cuyos confines estaban en el mar Caspio y en el río Rin. Sus fieras incursiones al Occidente le hicieron que se le conociera como “El azote de Dios”.

**5** Grupo de políticos, banqueros e industriales que predominaron, a partir de 1892, dentro del régimen porfiriano. El nombre proviene de su adhesión declarada a la filosofía positivista, entonces en boga, sobre todo en Francia.

6 Las palabras: “[los científicos] estamos dispuestos a ir con él [Porfirio Díaz] hasta la ignominia” fueron pronunciadas por Pablo Macedo, uno de los dirigentes del grupo de los científicos en un banquete en la ciudad de México.

7 Refiere a la intervención de tropas irregulares en la represión a los huelguistas de Cananea, Son., en junio de 1906.

8 El 6 de enero de 1911, el presidente de los Estados Unidos, William H. Taft, ordenó la movilización de 16 000 soldados a la frontera de México.

## **¡Bah, un borracho!**

Aquella alegre mañana era tal vez la más triste para el pobre tísico. El sol brillaba intensamente, enriqueciendo, con fulgores de oro, la bella ciudad de Los Ángeles 2.

Hacía algunas semanas que Santiago había sido despedido del trabajo. Estaba tísico hasta la médula, y el “buen” burgués, que lo explotaba desde hacía largos años, tuvo a bien ponerlo de patitas en la calle tan pronto como comprendió que los débiles brazos de su esclavo no podían ya darle las buenas ganancias de antaño.

Cuando muchacho, Santiago trabajó con ahínco. Soñaba, el pobre, lo que sueñan otros muchos pobres: llegar a ganar un salario que le permitiera ahorrar algunos centavos con que pasar los últimos días de su vida.

Santiago ahorró. Se “amarró” la tripa y logró, de esa manera, acumular algunas monedas; pero cada moneda que ahorra significaba una privación; de tal suerte que, si la alcancía se iba llenando de monedas, las arterias del cuerpo se encontraban cada vez más pobres de sangre.

“No ahorraré más”, dijo valerosamente Santiago un día que comprendió que su salud iba en descenso. En efecto no ahorró más, y, de ese modo, pudo prolongar su agonía. El salario aumentaba, no cabía duda que aumentaba. Varias huelgas hechas por los de su gremio, habían dado por resultado el aumento de los salarios; pero —¿cuándo faltará un pero?— si bien los salarios eran mejores que antes, los artículos de primera necesidad habían alcanzado un costo que hacía ilusoria la ventaja obtenida con el sacrificio de la huelga, que supone hambre, frío en el hogar, palizas de los polizontes y aun la cárcel y la muerte en los choques con los miserables rompehuelgas.

Pasaban los años y el salario subía, y el costo de los artículos de primera necesidad subía, subía, al mismo tiempo que la familia del pobre Santiago aumentaba. El número de horas de trabajo se había reducido a ocho, gracias, también, a las huelgas; pero—otra vez el pero—la tarea que tenía que desempeñar en ocho horas era la misma, exactamente la misma que antes desempeñaba en diez o doce horas, de manera que tenía que poner en juego toda su habilidad, toda su fuerza, toda la experiencia adquirida en su vida de trabajador para salir avante. El “lunch” frío, engullido precipitadamente en los pocos minutos del mediodía; la tensión nerviosa, a que sujetaba su cuerpo para no perder un movimiento de la máquina; la suciedad y la escasa ventilación del

taller; el ruido atormentador de la maquinaria; la pobre alimentación que podía obtener, dada la carestía de los comestibles; la pobre habitación en que dormía con su numerosa familia, sin lumbre, sin confortables abrigos; la intranquilidad que abrumaba su espíritu al pensar sobre el porvenir de su familia, todo, todo conspiraba contra su salud. Quiso ahorrar otra vez, pensando dejar algo a su familia cuando él muriera. Pero ¿qué ahorrraba? Limitó, los gastos de la familia hasta su extremo límite; mas vio, con espanto, que sus pobres hijitos perdían el color rosado de sus mejillas, y él mismo se sentía desfallecer.

Se encontró, pues, Santiago, en presencia de este dilema que, si no es de hierro, no se sabe de qué pueda ser: ahorrar a costa de la salud de los suyos para dejarles algunas monedas al morir, monedas que tendrían que ser invertidas en medicinas para combatir la anemia de la prole, o bien no ahorrar para que se alimentase mejor su familia, la cual quedaría sin un centavo cuando él faltase. Y entonces pensaba en el desamparo de los suyos, en la posible prostitución de sus hijas, en el probable “crimen” de sus amados hijos para obtener una torta de pan, en el duelo amarguísimo de su noble compañera.

Entretanto la tisis hacía progresos en su traqueteado cuerpo. Los amigos huían de él, temerosos de contraer la enfermedad. El burgués lo retenía aún en su taller porque todavía podía trabajar, porque todavía podía arrancar a aquel desventurado esclavo buenas sumas de dinero.

Llegó, empero, el momento en que Santiago ya no era útil ni para Dios ni para el Diablo, y aquel burgués que le palmeaba la espalda cuando, rendido de fatiga, dejaba el taller por las tardes después de haber hecho más rico al amo y haberse hecho él más pobre de salud, lo expulsaba ahora del taller porque ya no era negocio tenerlo ahí: producía muy poco.

Con las lágrimas en los ojos llegó Santiago a su hogar una tarde en que la naturaleza y las cosas mismas reían. Los niños jugueteaban en las calles; los pajarillos picoteaban aquí y allá en el piso de asfalto; los perros, con sus ojos inteligentes y simpáticos, contemplaban el paso de los transeúntes, incapaces de adivinar la pena o la alegría que habitaba en cada corazón humano. Los caballos barrián, con sus colas, las tercas moscas que acosaban sus flancos lustrosos; los muchachitos vendedores de periódicos alegraban la escena con sus gritos y sus picardihuelas; el sol se disponía a tenderse en su lecho de púrpura. ¡Cuánta belleza afuera! ¡Cuánta tristeza en el hogar de Santiago!

Entre accesos de tos, entre suspiros profundísimos, entre sollozos desgarradores, Santiago comunicó a su leal compañera la triste nueva: “Mañana ya no tendremos pan...”

¡Oh, reinado de la igualdad social, cuánto tardas en llegar!

Todo lo empeñable fue a dar al montepío; se llaman montepíos esas cuevas de bandidos protegidos por... ¡la ley! Al montepío fueron a dar, una a una, las modestas alhajas que habían tenido, transmitiéndose de padres a hijos en esa raza de humildes; al montepío fueron a dar aquellos pañalones con que luciera su palmito la madre de la compañera allá en sus mocedades, y que se guardaban como queridas reliquias; al montepío fueron a parar la primorosa



pintura, único lujo de la destartada estancia que era, a la vez, cocina, comedor, sala de recibir visitas y... alcoba; al montepío fueron a parar hasta las prendas de ropa más humildes.

La enfermedad, entretanto, no perdía tiempo: trabajaba, trabajaba sin descanso, socavando los pulmones de Santiago. Masas negruzcas salían de la boca del enfermo a cada acceso de tos. La mala alimentación, la tristeza y la falta de asistencia médica tenían al enfermo a la orilla de la tumba, como vulgarmente se dice. No había más remedio que ingresar en esa prisión a que las odiosas caridades oficial y burguesa condenan a los seres humanos que han pasado su vida produciendo tantas cosas bellas, tantas cosas ricas, tantas cosas buenas, por la pitanza que pude obtenerse con el maldito salario.

Al hospital fue a dar, con su pellejo y con sus huesos, el infortunado Santiago, mientras la noble compañera iba de fábrica en fábrica y de taller en taller implorando por un verdugo que explotase sus brazos. ¿Hasta cuándo, hermanos desheredados, os decidiréis a aplastar con vuestra rebeldía, la iniquidad del actual sistema capitalista?

En el hospital duró unos cuantos días... estaba desahuciado por los médicos, su mal no tenía remedio, y se le confinó a la sala de los incurables. Nada de medicinas, alimentos pobres, atención nula; esto fue lo que la caridad pudo hacer por nuestro enfermo, mientras el burgués que lo explotó toda su vida derrochaba, en francachelas, las monedas ganadas a costa de la salud de aquel miserable.

Santiago pidió su baja del hospital. No tenía objeto esa prisión, y aquella alegre mañana que, tal vez, era la más triste para el pobre tísico, un polizonte lo arrastró, “por vago”, en un parque público, pasando, así, de una prisión a otra.

El bello sol californiano brillaba intensamente. Las hermosas avenidas florecían de gente bien vestida y de cara alegre; perritos más felices que millones de seres humanos descansaban en los brazos de lindas y elegantes señoras burguesas, que andaban de compras mientras Santiago, en el carro de la policía, oía, de vez en cuando, esta exclamación: “¡Bah, un borracho!”

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 35, 29 de abril de 1911; p. 2.*

2 Refiérese a Los Ángeles, California, E. U. A.

## **El fusil**

Sirvo a los dos bandos: al bando que oprime y al bando que liberta. No tengo preferencias; con la misma rabia, con el mismo estrépito lanzo la bala que ha de arrebatar la vida al soldado de la libertad o al esbirro de la tiranía.

Obreros me hicieron, para matar obreros. Soy el fusil, el arma liberticida cuando sirvo a los de arriba; el arma emancipadora cuando sirvo a los de abajo.

Sin mí no habría hombres que dijeran: “yo soy más que tú”, y, sin mí, no habría esclavos que gritasen: “¡abajo la tiranía!”

El tirano me llama: “apoyo de las instituciones”. El hombre libre me acaricia con ternura y me dice: “instrumento de redención”. Soy la misma cosa y, sin embargo, sirvo tanto para oprimir como para libertar. Soy, al mismo tiempo, asesino y justiciero, según las manos que me manejan.

Yo mismo me doy cuenta de las manos en que estoy. ¿Tiemblan esas manos? No hay que dudarlos: son manos de esbirros. ¿Es un pulso firme? Digo sin vacilar: “son las manos de un libertario”.

No necesito oír los gritos para saber a qué bando pertenezco. Me basta con oír el castañear de los dientes para saber que estoy en manos de opresores. El Mal es cobarde; el Bien es valeroso. Cuando el esbirro apoya mi caja en su pecho para hacerme vomitar la muerte acurrucada en el cartucho, siento que su corazón salta con violencia. Es que tiene la conciencia de su crimen. No sabe a quién va a matar. Se le ha ordenado: “¡fuego!” y allá va el tiro que tal vez atravesará el corazón de su padre, de su hermano o de su hijo, a quienes el llamado honor había gritado “¡rebelaos!”

Yo existiré mientras haya sobre esta Tierra una humanidad estúpida que insista en estar dividida en dos clases: la de los ricos y la de los pobres, la de los que gozan y la de los que sufren.

Desaparecido el último burgués y disipada ya la sombra de la Autoridad, desapareceré a mi vez, destinándose mis materiales a la construcción de arados y de instrumentos mil, que con entusiasmo manejarán los hombres transformados en hermanos.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 64, 18 de noviembre de 1911; p. 1.*

## **Adelante!**

“¡Adelante!”, dice una voz misteriosa que parece arrancar de lo más íntimo de nuestro ser y que es a modo de espuela para todos aquellos que cansados, abrumado el espíritu, hinchados y desangrados los pies por lo largo y duro del camino, intentamos detenernos un rato...“¡Adelante, adelante!”, nos ordena la voz.

Y así vamos, sin tomar respiro, la vista fija hacia adelante, donde nuestros ojos parecen descubrir las primeras claridades de un alba desconocida para el rebaño. ¡Adelante!

Pero ¿por qué solamente nosotros vamos adelante? Y, volviendo el rostro, sentimos que se nos oprime el corazón al ver que el rebaño apenas se adivina a nuestra espalda, lejos, muy lejos, por la nubecilla de polvo que levantan sus pezuñas. Es que los rebaños necesitan de pastores, de jefes, y los jefes no sienten prisa por llegar a la Tierra Prometida. ¡Tienen la panza llena; ya forman parte de la clase de los parásitos!

¡Adelante! Estamos condenados a seguir adelante porque así lo exige nuestro temperamento. ¿Canta un ave? No importa, ¡adelante!, que no tenemos tiempo que perder. ¿Nos tienta el terciopelo de una flor a la orilla del camino? ¡Adelante! No podemos ni admirar la belleza... por falta de tiempo.

A veces, en nuestra marcha, que ya no es marcha sino vertiginosa carrera hacia el Ideal, no tenemos tiempo ni para refrescar nuestros labios en las aguas puras de la ciencia, ni para desalojar la amargura de nuestras almas con la sabrosa miel del arte.

¡Adelante! ¡Adelante!

Nuestra Autoridad es nuestra propia conciencia. Ella es la que nos empuja, ella es nuestro acicate. Somos esclavos, pero de nuestro deber.

¡Adelante!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 65, 25 de noviembre de 1911; p. 1.*

## **Expropiación**

La noche anterior habíase reunido la peonada. Ya aquello no era vivir; los amos nunca habían sido tan insolentes ni tan exigentes. Era necesario que aquello acabase de una vez. El hombre que había estado conversando con ellos una semana antes, tenía razón: los amos son los descendientes de los primeros bandidos que, con el pretexto de civilizarlos, habían llegado en son de guerra, despojando de sus tierras a los indios, sus antepasados, para convertirlos en peones. ¡Y qué vida la que habían arrastrado por siglos! Tenían que resignarse a aceptar maíz y frijol agorgojados, para su alimentación, jellos que levantaban tan frescas y abundantes cosechas! ¿Se moría una res en el campo? Esa era la única vez que probaban la carne, carne hedionda ya; pero que el amo se hacía pagar a precios de plaza sitiada. ¿Había mujeres bonitas entre los esclavos? El amo y los hijos del amo tenían el derecho de violarlas. ¿Protestaba algún peón? ¡Iba a dar derecho al Ejército para defender el sistema que lo tiranizaba!

Hacía ocho días que había estado con ellos un hombre que ni se supo por donde había llegado, ni se supo después por dónde ni cuándo se había ido. Era joven; sus manos, duras y fuertes, no dejaban lugar a duda de que era un trabajador; pero, por el extraño fulgor de sus ojos, se descubría que algo ardía tras de aquella frente tostada por la intemperie y surcada por una arruga que le daba el aire de hombre inteligente y reflexivo. Ese hombre les había hablado de esta manera: “Hermanos de miseria, levantad la frente. Somos seres humanos iguales a los demás seres humanos que habitan la tierra. Nuestro origen es común, y la tierra, esta vieja tierra que regamos con nuestro sudor, es nuestra madre común, y, por lo mismo, tenemos el derecho de que nos alimente, nos dé la leña de sus bosques y el agua de sus fuentes a todos sin distinción, con una sola condición: que la fecundemos y la amemos. Los que se dicen dueños de la tierra, son los descendientes de aquellos bandidos que, a sangre y fuego, la arrebataron a nuestros antepasados, hace cuatro siglos, cuando ocurrieron aquellos actos de incendiarismo, de matanzas al por mayor, de estupro salvajes que la Historia consigna en este nombre: Conquista de México. Esta tierra es nuestra, compañeros de cadena: ¡tomémosla para nosotros y para todos nuestros descendientes!”

Desde ese día no se hablaba de otra cosa entre la peonada que de tomar la tierra, quitársela a los amos de cualquier manera. La cuestión era tomarla,

levantar para ellos la cosecha, lanzar a los amos noramala y continuar los trabajos de la hacienda, libres ya de sanguijuelas. De ahí en adelante sería todo para los que trabajaban.

Desde entonces los amos notaron que los peones ya no se quitaban el sombrero en su presencia, y que había cierta digna firmeza en sus miradas: presintieron la catástrofe. Cuando el humilde levanta la frente, el soberbio la abate. El espíritu de rebeldía, por tantos años dormido dentro de los robustos pechos de los esclavos, había sido despertado por las sinceras palabras del joven propagandista. En los jacales se conspiraba. Reunidos alrededor de la lumbre, los campesinos y las campesinas, hablando en voz baja, discutían las palabras del joven agitador. “Sí, la tierra es nuestra madre común”, “y debe ser nuestra”; pero “¿cómo llegaremos a tenerla?”, preguntaban los más irresolutos. “La pediremos al Gobierno”, aconsejaban los que pasaban por sensatos, pero los más jóvenes, y sobre todo las mujeres, protestaban contra esas resoluciones cobardes y votaban por emplear la violencia. “Recordad”, decían los más exaltados, “que cuantas veces hemos pedido justicia o hemos protestado contra alguna infamia de nuestros amos, el Gobierno ha tomado los mejores de nuestros hermanos para encerrarlos en los cuarteles y en los presidios”. Y entonces, consultando su memoria, cada uno de aquellos hombres y de aquellas mujeres exponían ejemplos de esa naturaleza, que daban la razón a los exaltados. Se acordaban de Juan, que fue sacado de su jacal a altas horas de la noche, y fusilado cuando apenas había caminado media legua de las casitas, solamente porque no permitió al amo que abusase de su compañera. Los ánimos se enardecían al recordar tantas infamias pasadas y al comunicarse las presentes. Un cojo dijo: “Perdí mi pierna y mi brazo militando bajo las órdenes de Madero, y aquí estoy, cargado de familia y sin saber si mañana tendré para que mis hijos tengan un pedazo de tortilla que llevarse a sus boquitas”. Otro dijo: “Hoy me ordenó el amo que matase las cinco gallinas que tengo en mi corralito, pues de lo contrario las tomará él para el corral de la hacienda”. Otro más expuso: “Ayer me dijo mi hija que el señorito la ha amenazado con hacer que su padre me mande a presidio si no le entrega su cuerpo”.

Conversaciones parecidas había en los demás jacales. Se hablaba de lo duro del trabajo y lo miserable de la paga, y, tiritando, se acercaban al fuego. Como pudieron acordaron tener una reunión general. Ésta se llevó a efecto en la noche, en una cañada cercana. El frío era intenso; pero aquella masa humana no lo sentía; el ansia de ser libres ardía en todos los peones. Los “prudentes” abogaban todavía por enviar una comisión ante el Gobierno para que dieran tierra para todos; pero entonces se levantaba un vocerío formidable: “No, no queremos tratar con nuestros verdugos. ¡Muera el Gobierno y mueran los ricos!” Y las mujeres, con los niños en brazos, hablaban del hambre y la desnudez que sufrían, por la cobardía de los hombres. “¡No más hambre!”, gritaban. “¡A tomar la hacienda!”, volvían a gritar. Y los puños se cernían amenazadores; los andrajos flotaban al aire como negras banderas de venganza. Los cantiles multiplicaban la intensidad de aquel formidable vocerío. “¡A la casa de la

hacienda!”, gritaron unas mujeres, y emprendieron vertiginosa carrera hacia el caserío, de donde el viento traía el ladrido de los perros inquietos, como si adivinaran el grandioso acto de justicia social que pocos minutos después debería ser consumado.

A las mujeres siguieron los hombres, llegaron al caserío, tomaron sus azadones, sus palas, lo que pudieron; y siguieron, envueltos en la sombra, su carrera hacia la casa de la hacienda... Una descarga cerrada recibió a los asaltantes; pero unas cuantas flechas *Regeneración*, bien dirigidas, arrasaron la fortaleza de los burgueses en unos cuantos minutos, pereciendo en sus ruinas los descendientes de aquellos bandidos que, a sangre y fuego y estuprando virgindades, habían despojado de la tierra a los indios cuatro siglos antes...

Cuando los fulgores del incendio se disiparon, una claridad como de pétalos de rosa, diluidos en leche, comenzó a aparecer por el Oriente: el sol surgió al fin más brillante, más hermoso, como contento de iluminar las frentes de hombres libres, después de siglos de no alumbrar otra cosa que los lomos enlodados del rebaño humano.

Era digno de verse aquel gentío. Unos se dedicaban a contar las cabezas de ganado; otros hacían un recuento del número de seres humanos de la localidad; otros inventariaban las tiendas y los graneros; y cuando el sol descendía por la tarde incendiando las nubes; cuando los pajarillos se refugiaban en las copas de los árboles, ya sabían todos con qué recursos contaba la comunidad, y ésta ya se había puesto de acuerdo para reanudar los trabajos por su propia cuenta, y libres, para siempre, de amos.

***Regeneración*, 4ta. Época, núm. 68, 16 de diciembre de 1911; p. 1.**

## **Cosechando**

A la orilla del camino me encuentro un hombre, de ojos llorosos y negro pelo alborotado contemplando unos cardos que yacen a sus pies. “¿Por qué lloras?”, le pregunto, y él me responde: “Lloro porque hice a mi prójimo todo el bien posible, labré mi parcela con todo empeño, como todo hombre que se respete debe hacerlo; pero aquellos a quienes hice bien me hicieron sufrir, y en cuanto a mis parcelas, faltas del agua que me arrebataron los ricos, sólo produjeron esos cardos que ves a mis pies”. Mala cosecha, me digo, la que levantan los buenos, y continúo ni marcha.

Un poco más lejos tropiezo con un viejo que viene cayendo y levantando, encorvada la espalda, triste la vaga mirada. “¿Por qué estás triste?”, le pregunto, y me responde: “Estoy triste porque he trabajado desde la edad de siete años. Siempre fui cumplido; pero esta mañana me dijo el amo: ‘Estás demasiado viejo, Juan; ya no hay trabajo que puedas desempeñar’, y me dio con las puertas en la cara”.

¡Vaya una cosecha de años y más años de honrada labor!, me digo, y sigo caminando.

Un hombre muy joven aún, pero a quien le falta una pierna, me sale al encuentro, con el sombrero en la mano, pidiendo “una limosna por el amor de

Dios”, según él mismo expresa en algo parecido a un gemido. “¿Por qué gimes?”, le pregunto, y él me dice: “Madero nos dijo que íbamos a ser libres y felices, con la condición de que lo ayudásemos a subir a la Presidencia de la República. Todos mis hermanos, y mi padre mismo, murieron en la guerra; yo perdí la pierna y mi salud, quedando las familias de todos a un pan pedir”.

Esa es la cosecha de los que luchan por encumbrar tiranos y sostener el sistema capitalista, me digo, y sigo adelante.

A poco andar me encuentro con un grupo de hombres, de flojo andar, de mirada taciturna, los brazos caídos, leyéndose en sus rostros desaliento y angustia y aun cólera. “¿Qué motiva vuestro disgusto?”, les interrogo. “Salimos de la fábrica, dicen, y, después de trabajar diez horas, apenas ganamos para una miserable cena de frijoles”.

No son éstos los que cosechan, me digo, sino sus amos, y continúo mi camino.

Ya es de noche. Los grillos cantan sus amores en las grietas de la tierra. Mi oído, atento, percibe rumores de fiesta. Me dirijo hacia el rumbo de donde provienen los alegres rumores, y me veo enfrente de un suntuoso palacio. “¿Quién vive aquí?”, pregunto a un lacayo. Es el dueño de las tierras que ves en estos contornos, y dueño, además, del agua con que se riegan las tierras”.

Comprendo que estoy al pie de la residencia del bandido que hizo que en el campo del pobre sólo se produjeran cardos, y, mostrando mi puño a la bella estructura del palacio, pienso: “Tu próxima cosecha, ¡burgués bribón!, tendrás que levantarla con tus propias manos, porque, sábelo, los esclavos están despertando...”

Y sigo mi marcha pensando, pensando; soñando, soñando. Pienso en la heroica resolución de esos desheredados que tienen el valor de poner en sus manos reivindicadoras las tierras que, según la ley, pertenecen a los ricos, y, según la justicia y la razón, pertenecen a todos los seres humanos. Sueño en la alegría de los hogares humildes después de la expropiación; los hombres y las mujeres sintiéndose realmente humanos; los niños jugueteando, riendo, gozando, llenos sus estomaguitos de alimento sano y bastante.

La rebeldía nos dará la mejor de las cosechas: Pan, Tierra y Libertad para todos.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 69, 23 de diciembre 1911; p. 3.***

## **Una catástrofe**

—Yo no me mato para que otros vivan, dijo, con voz clara, Pedro, el peón minero, cuando Juan, su compañero de trabajo extendía a su vista un ejemplar del periódico “Regeneración”, lleno de detalles del movimiento revolucionario del proletariado mexicano. “Yo tengo familia, prosiguió, y buen animal sería si fuera a presentar la barriga a las balas de los federales”.

Juan recibía sin extrañeza la observación de Pedro: así hablan los más. Unos hasta trataban de golpearlo cuando les decía que había lugares donde los peones habían desconocido a sus amos y se habían hecho dueños de las

haciendas. Pasaron algunos días; Juan, después de comprar una buena carabina con abundante dotación de cartuchos, se internó en la sierra por donde él sabía que había rebeldes. No le interesaba saber a qué bandería pertenecían o qué ideales defendían los revolucionarios. Si eran de los suyos, esto es, de los que enarbolando la bandera roja pugnan por hacerse fuertes para fundar una sociedad nueva, en la que cada quien sea el amo de sí mismo y nadie el verdugo de los demás, muy bueno; se uniría a ellos, aumentaría con su persona tanto el número de combatientes como el número de cerebros en la magna obra redentora, que tanto necesita de fusiles como de cerebros capaces de iluminar otros cerebros, y corazones capaces de inflamar con el mismo fuego otros corazones, pero si no eran de los suyos los que merodeaban por las cercanías eso no importaba; de todos modos él se uniría, pues consideraba como un deber de libertario mezclarse entre sus hermanos inconscientes para hacerlos conscientes por medio de hábiles pláticas sobre los derechos del proletariado.

Un día las mujeres de los mineros se agolpaban a la puerta de la mina. Un desprendimiento había cerrado una de las galerías de la mina, dejando sin comunicación con el exterior a más de cincuenta trabajadores. Pedro se encontraba entre ellos, y, como los demás, sin esperanza de escapar de la muerte. En las tinieblas el pobre peón pensaba en su familia: a él se le esperaba una agonía espantosa, privado de agua y de alimentación; pero al fin, después de algunos días, entraría en el reposo de la muerte; mas ¿su familia? ¿Qué sería de su mujer, de sus hijos tan pequeños aún? Y entonces pensaba con rabia en lo estéril de su sacrificio, y reconocía tardíamente que Juan, el anarquista, tenía razón cuando, extendiendo ante su vista “Regeneración”, le hablaba con entusiasmo de la revolución social, de la lucha de clases necesaria, indispensable, para que el hombre deje de ser el esclavo del hombre, para que todos puedan llevarse a la boca un pedazo de pan, para que acabasen de una vez el crimen, la prostitución, la miseria. El pobre minero se acordaba entonces de aquella frase cruel que lanzó cierta vez al rostro de su amigo Juan como un salivazo: “Yo no me mato para que otros vivan”.

Mientras esto pensaba el minero sepultado en vida por trabajar para que vivieran los burgueses dueños de la negociación, las mujeres, llorosas, se retorcían los brazos, pidiendo a gritos que les devolvieran a sus esposos, a sus hermanos, a sus hijos, a sus padres. Cuadrillas de voluntarios se presentaban al gerente de la negociación pidiéndole que se les permitiera hacer algo por rescatar a aquellos infortunados seres humanos, que esperaban dentro de la mina una muerte lenta, horrible por el hambre y por la sed. Los trabajos de rescate comenzaron; pero ¡qué lentamente avanzaban! Además, ¿había la seguridad de que estuvieran con vida los mineros? ¿No recordaban todos que los burgueses, para poderse repartir mejores ganancias, no daban suficiente madera para ademar las galerías, y que precisamente aquella en que había ocurrido la catástrofe era la peor ademada? Sin embargo, hombres de buena voluntad trabajaban, turnándose, de día y de noche. Las familias de las víctimas, en la miseria no recibían de los burgueses—dueños de la mina—ni un puñado de

maíz con qué hacer unas cuantas tortillas y un poco de atole, a pesar de que sus esposos, hermanos, hijos y padres tenían ganado su salario de varias semanas de trabajo.

Cuarenta y ocho horas hacía que había ocurrido la catástrofe. El sol, afuera, alumbraba la desolación de las familias de los mineros, mientras en las entrañas de la tierra, en las tinieblas, llegaba a su último acto la horrible tragedia. Enloquecidos por la sed, poseídos de salvaje desesperación, los mineros de cerebro más débil golpeaban furiosamente con sus picos la dura roca, por algunos minutos para caer postrados poco después, algunos para no levantarse más. Pedro pensaba... Qué dichoso sería Juan en aquellos momentos, libre como todo hombre que tiene una arma en sus manos, lo es; satisfecho, como todo hombre que tiene una idea grande y lucha por ella, lo está. Él, Juan, estaría en aquellos momentos batiéndose contra los soldados de la Autoridad, del Capital y del Clero, precisamente contra los verdugos que, por no disminuir sus ganancias, eran los culpables de estar él sepultado en vida. Entonces sentía accesos de furor contra los capitalistas, que chupan la sangre de los pobres; entonces se acordaba de las pláticas de Juan, que tan aburridas le parecieron siempre, pero que ahora les daba todo el valor que tenían. Recordaba como un día Juan, mientras éste liaba un cigarrillo, le habló del número asombroso de víctimas que la industria arroja cada año en todos los países, esforzándose por demostrarle que mueren más seres humanos en virtud de descarrilamientos, de naufragios, de incendios, de desprendimientos en las minas, de infinidad de accidentes en el trabajo que en la revolución más sangrienta, sin contar con los millares y millares de personas que mueren de anemia, de exceso de trabajo, de mala alimentación, de enfermedades contraídas por las malas condiciones higiénicas de las habitaciones de la gente pobre y de las fábricas, talleres, fundiciones, minas y demás establecimientos de explotación. Y recordaba, también, Pedro, con qué desprecio había oído a Juan esa vez, y con qué brutalidad le había rechazado cuando el propagandista le había aconsejado que enviase su óbolo, cualquier cantidad que fuese, a la Junta revolucionaria que trabajaba por la libertad económica, política y social de la clase trabajadora. Recordaba que había dicho a Juan: “Yo no soy tan... tarugo de dar mi dinero; ¡mejor me lo emborracho!” Y algo parecido al remordimiento le torturaba el corazón; y en la angustia del momento, con la lucidez que a veces viene en los instantes críticos, pensaba que hubiera sido preferible morir defendiendo a su clase, que sufrir aquella muerte obscura, odiosa, para hacer vivir a la bribona burguesía. Se imaginaba a Juan pecho en tierra, rechazando las cargas de los esbirros de la tiranía; se lo imaginaba radiante de alegría y de entusiasmo, llevando en sus puños la bendita enseña de los oprimidos, la bandera roja, o bien magnífico, hermoso, la cabellera flotando al aire, en medio del combate, arrojando bombas de dinamita contra las trincheras enemigas, o lo veía al frente de algunos valientes llegar a una hacienda y decir a los peones: “Tomadlo todo y trabajad por vuestra cuenta, como seres humanos y no como bestias de carga!” Y el pobre Pedro deseaba aquella vida de Juan, que ahora comprendía era



fecunda; pero era demasiado tarde ya. Aunque con un resto de vida, estaba muerto para el mundo...

Quince días han pasado desde la fecha de la catástrofe en la mina. Desalentados los rescatadores, abandonaron la tarea de salvamento. Los deudos de los mineros muertos habían tenido que salir del campo porque no pudieron pagar los alquileres de sus casitas. Algunas de las hijas, hermanas y aun viudas vendían besos en las tabernas por un pedazo de pan... El hijo mayor de Pedro se encontraba en la cárcel por haber tomado unas tablas del patio de la negociación para caldear un poco el cuartucho en que se encontraba tirada, en el suelo, su madre enferma como resultado del golpe moral que había sufrido. Todos los deudos habían ocurrido a la oficina a pedir los alcances de los suyos; pero no recibieron ni un centavo. Se les hicieron las cuentas del Gran Capitán, y resulta que los muertos salieron deudores, y como las pobres familias no tuvieron con qué pagar las rentas de sus casitas, un hermoso día, pues la naturaleza es indiferente a las miserias humanas, en que el sol quebraba sus rayos en el cercano estanque y las aves, libres de amos, trabajaban por su cuenta persiguiendo insectos para ellas y para sus polluelos nada más; un bello día un representante de la Autoridad, vestido de negro como un buitre, y acompañado de algunos polizontes armados, anduvo de casita en casita poniendo, en nombre de la Ley y en provecho del Capital, a todas aquellas pobres gentes en la calle.

Así es como paga el Capital a los que se sacrifican por él.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 72, 13 de enero de 1912; p. 1.*

## Justicia popular

—¡Orden!, gritó enfurecido el jefe vazquista **2** cuando, después de tomada la plaza, las mujeres y los niños de la población forcejeaban por abrir las puertas de las tiendas, de los almacenes, de los graneros, para tomar lo que necesitaban en sus hogares, creyendo, con el candor de los corazones no corrompidos, que la Revolución tenía que ser forzosamente benéfica a los pobres.

—¡Atrás, bandidos!, volvió a rugir el jefe vazquista al ver que la multitud parecía no haber escuchado el primer grito, pues continuaba forcejeando por extraer las útiles y buenas cosas que hacían falta en sus hogares pobrísimos.

—¡Alto, u ordeno que se os haga fuego!, bramó el jefe vazquista, loco ya de rabia ante aquel “atentado” al derecho de propiedad.

—¡Bah!, dijo una mujer que llevaba un niño prendido al pecho, ¡bromea el jefe! Y con las demás continuó la simpática tarea de romper candados y cerrojos para tomar de aquellos depósitos del producto del trabajo de los humildes, lo que no había en sus hogares.

En efecto, para aquellas buenas gentes bromeaba el jefe vazquista. ¿Cómo había de ser posible que un revolucionario se pusiera a defender los intereses de la cruel burguesía, que había tenido al pueblo en la más abyecta

miseria? No, decididamente bromeaba el jefe vazquista, y atacaron con más bravura las recias puertas de los almacenes, hasta que saltaron los candados hechos pedazos y los cerrojos retorcidos e inservibles, abriéndose las puertas para dar entrada a la multitud gozosa, que saboreaba de antemano tantos buenos comestibles allí encerrados, a la par que se imaginaba pasar un agradable invierno bajo el suave calor de las buenas telas allí almacenadas.

Inundaban las calles aquellas simpáticas hormigas; cargando cada una de ellas tanto como podía; riendo los niños, llenas de confituras las boquitas; radiantes las mujeres bajo la pesadumbre de sus fardos; contentos mujeres y niños con la agradable sorpresa que recibirían los varones cuando regresaran de la mina, diez kilómetros distante del poblado.

En medio de su algarabía no oyeron una voz estridente que gritó: ¡Fuego!... Las azoteas se coronaron de humo, y una granizada de balas cayó sobre la muchedumbre despedazando carnes maduras y carnes tiernas. Los que no fueron heridos se dispersaron en todas direcciones, dejando por las calles mujeres y niños agonizantes o muertos... ¡Fueron en busca de la vida, y se tropezaron con la muerte! ¡Creyeron que la Revolución se hacía en beneficio de los pobres, y se encontraron con que se hacía para sostener a la burguesía!

Cuando los mineros regresaron a sus hogares, caídos los brazos por el cansancio, pero alegres por haber salido del presidio de la mina para estrechar a sus compañeras y besar las frentecitas de los chicuelos, supieron, de labios de los supervivientes, la triste nueva: ¡Los vazquistas, sostenedores de esa iniquidad que se llama Capital, habían disparado sus armas sobre las mujeres y los niños en defensa del “sagrado” derecho de propiedad!

La noche, negra, tendía su sudario sobre aquel campo de la muerte. El silencio era tan sólo perturbado de tiempo en tiempo por los gritos de los centinelas que corrían la voz o por el lúgubre aullido de algún perro, que extrañaba a su amo. Bultos negros, que parecía formaban parte de la noche, discurrían aquí y allá, sin hacer ruido, como si se deslizaran; pero un oído atento podía haber sorprendido estas palabras pronunciadas como un suspiro: “¡La dinamita! ¿Dónde está la dinamita?” Y los negros bultos seguían deslizándose.

Eran los mineros. Sin haberse puesto de acuerdo, habían tenido el mismo pensamiento: volar, por medio de la dinamita, a aquellos esbirros que en nombre de la libertad se habían levantado en armas para remachar la cadena de la esclavitud económica.

Momentos después el cuartel general vazquista volaba hecho mil pedazos, y con él los asesinos del pueblo. Cuando amaneció, pudo verse, en los escombros todavía humeantes, una bandera roja que ostentaba, en letras blancas, estas bellas palabras “Tierra y Libertad”

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 79, 2 de marzo de 1912; p. 1.***

**2** Refiérese a los partidarios del lic. Emilio Vázquez Gómez. Vid. *infra*.

## ¿Para qué sirve la autoridad?

I

Inclinado sobre el arado, regando con su sudor el surco que va abriendo, trabaja el peón a la par que entona una de esas tristesísimas canciones del pueblo en las que parece condensarse, sumarse toda la amargura que la injusticia social ha venido acumulando por siglos y siglos en el corazón de los humildes. Trabaja el peón y canta, al mismo tiempo que piensa en el jacal donde los suyos le esperan para tomar reunidos la pobre cena. Su corazón se inunda de ternura pensando en sus hijitos y en su compañera y alzando la vista para observar la disposición del sol en aquel momento, con el fin de adivinar la hora que pueda ser, percibe a lo lejos, una ligera nubecilla de polvo que poco a poco se va haciendo más grande a medida que más se acerca al lugar en que el se encuentra. Son soldados de caballería que se le aproximan y le preguntan ¿eres tú Juan? y al recibir una respuesta afirmativa, le dicen: ven con nosotros: el gobierno te necesita. Y allá va Juan amarrado como un criminal, camino de la ciudad donde le aguarda el cuartel, mientras los suyos quedan en el jacal, condenados a morirse de hambre o a robar y a prostituirse para no sucumbir. ¿Podría decir Juan que la Autoridad es buena para los pobres?

II

Hace tres días que Pedro recorre ansioso las calles de la ciudad en busca de trabajo. Es buen trabajador; sus músculos son de acero; en su rostro cuadrado de hijo del pueblo se refleja la honradez. En vano recorre la ciudad en todos sentidos pidiendo a los señores burgueses que se tomen la “molestia” de explotar sus robustos brazos. Por todas partes se le cierran las puertas; pero Pedro es enérgico y no desmaya, y sudoroso, con los finos dientes del hambre destrozándole el estómago, ofrece, ofrece, ofrece sus puños de hierro, con la esperanza de encontrar un amo que “caritativamente” quiera explotarlos. Y mientras atraviesa la ciudad por la vigésima vez, piensa en los suyos que como él tienen hambre y le esperan ansiosos en la humilde pocilga, de la que están próximos a ser expulsados por el dueño de la casa que no quiere esperar por más tiempo el pago de la renta. Piensa en los suyos..... y, contraído dolorosamente el corazón, con las lágrimas próximas a rodar de sus ojos, aprieta el paso pretendiendo encontrar amos, amos, amos.... Un polizone lo ha visto pasar y repasar y volver a pasar la calle en que está apostado “guardando el orden público” y tomándole por el cuello lo conduce a la más cercana estación de policía, donde lo acusa de vagancia. Mientras él sufre en la cárcel, los suyos perecen de hambre y de frío o se prostituyen o roban para no morir de hambre. ¿Podría decir Pedro que la Autoridad es buena para los pobres?

III

Santiago, contentísimo se despide de su compañera. Va a pedir al dueño de la hacienda la parte que, como mediero le corresponde de la abundante cosecha que se ha levantado. El hacendado saca libros, apuntes, notas, vales y después de hacer sumas, restas multiplicaciones y divisiones dice a su mediero: “nada te debo; por el contrario, tú me debes a mí por provisiones, ropa, leña, etc., etc.” El

mediero protesta y ocurre a un juez pidiéndole justicia. El juez revisa los libros, apuntes, notas, vales, y hace sumas, restas, multiplicaciones y divisiones y condena al mediero a pagar su deuda al hacendado y a pagar las costas y gastos del juicio. La compañera contentísima sale a encontrar a Santiago con el hijo menor en brazos, creyendo que traerá bastante dinero, pues la cosecha ha sido espléndida: pero palidece al ver que corren abundantes lágrimas por las tostadas mejillas del noble trabajador, que llega con las manos vacías y el corazón hecho pedazos. El hacendado había hecho las cuentas del Gran Capitán y el juez se había puesto, como siempre, del lado del fuerte. ¿Podría decir Santiago que la Autoridad es buena para los pobres?

#### IV

En la pequeña estancia, saturada la atmósfera de humo de petróleo y de tabaco, Martín el inteligente agitador obrero dirige la palabra a sus compañeros, “No es posible tolerar por más tiempo la inicua explotación de que somos objetos, dice Martín echando hacia atrás la cabeza melenuda y bella como la de un león. Trabajamos doce, catorce y hasta dieciséis horas por unos cuantos centavos; se nos multa con cualquier pretexto para mermar más aún nuestro salario de hambre: se nos humilla prohibiéndonos que demos albergue en nuestras miserables viviendas a nuestros amigos o a nuestros parientes o a quién se nos dé la gana; se nos prohíbe la lectura de periódicos que tienden a despertarnos y a educarnos. No permitamos más humillaciones, compañeros declarémonos en huelga pidiendo aumento de salario y disminución de horas de trabajo, así como que se respeten las garantías que la Constitución nos concede.” Una salva de aplausos recibe las palabras del orador: se vota por la huelga; pero al día siguiente la población obrera sabe que Martín fue arrestado al llegar a su casa y que hay orden de aprehensión contra algunos de los más inteligentes de los obreros. El pánico cunde y la masa obrera se resigna y vuelve a deslomarse y a ser objeto de humillaciones. ¿Podría decir Martín que la Autoridad es buena para los pobres?

#### V

Desde antes de rayar el alba, ya esta Epifanía en pie colocando cuidadosamente en un gran cesto, coles, lechugas, tomates, chile verde, cebollas, que recoge de su pequeño huerto y con la carga a cuestas, llega al mercado de la ciudad a realizar su humilde mercancía, con cuyo producto podrá comprar la medicina que necesita el viejo padre y el pan de que tienen necesidad sus pequeños hermanos. Antes de que Epifanía venda dos manojos de cebollas se presenta el recaudador de las contribuciones exigiendo el pago en nombre del gobierno que necesita dinero para pagar ministros, diputados, senadores, jueces, gendarmes, soldados, empleados, gobernadores, jefes políticos y carceleros, Epifanía no pudo hacer el pago y su humilde mercancía es embargada por el gobierno, sin que el llanto ni las razones de la pobre mujer logren ablandar el corazón del funcionario público. ¿Podría decir Epifanía que la Autoridad es buena para los pobres?

#### VI

¿Para qué sirve pues la Autoridad? Para hacer respetar la ley que escrita por los ricos o por hombres instruidos que están al servicio de los ricos tiene por objeto garantizarles la tranquila posesión de las riquezas y la explotación del trabajo del hombre. En otras palabras la Autoridad es el gendarme del Capital, y este gendarme no está pagado por el Capital sino por los pobres. Para acabar con la Autoridad, debemos comenzar por acabar con el Capital. Tomemos posesión de la tierra, de la maquinaria de producción y de los medios de transportación. Organicemos el trabajo y el consumo en común, estableciendo que todo sea de la propiedad de todos, y entonces no habrá ya necesidad de pagar funcionarios que cuiden el Capital retenido en unas cuantas manos, pues cada hombre y cada mujer serán a la vez productores y vigilantes de la riqueza social.

Mexicanos: vuestro porvenir está en vuestras manos. Hoy que el principio de Autoridad ha perdido su fuerza por la rebeldía popular, es el momento más oportuno para poner las manos sobre la ley y hacerla pedazos; para poner las manos sobre la propiedad individual haciéndola propiedad de todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la República Mexicana. No permitamos, por lo tanto, que se haga fuerte un gobierno. ¡A expropiar sin tardanza! Y si por desgracia sube algún otro individuo a la Presidencia de la República ¡guerra contra él y los suyos, para impedir que se haga fuerte, y mientras tanto, a continuar la expropiación!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 83, 30 de marzo de 1912; p. 1. Versión en inglés en Regeneración, 4ta. Época, núm. 116, 16 de noviembre de 1912; p. 4 e ídem, núm. 152, 2 de agosto de 1913, p.5.*

### ¡Viva Tierra y Libertad!

Muere la tarde vulgarmente. El sol, perezoso, no quiso esta vez desparramar su cabellera de oro por todos los ámbitos del horizonte, como disgustado de la pequeñez de los hombres, que por pequeñeces se matan, por pequeñeces sufren y con pequeñeces gozan, como pobres gusanos.

Por la carretera polvorienta, y polvoriento él mismo, marcha un hombre de edad madura. Larga ha de haber sido la jornada, a juzgar por la fatiga retratada en su rostro y el penoso andar. A cuestras lleva una ligera mochila, con una camisa, de manta tal vez, y unos raídos calzoncillos. Es un soldado orozquista científico-vazquista **2**, que vuelve a su hogar.

El hombre camina, camina, camina contemplando las llanadas pobladas de hombres y mujeres afanados en la eterna labor, vistiendo humildísimos vestidos, la tristeza y la desesperación asomándose a sus rostros tostados por el sol. Esas gentes trabajan lo mismo, visten lo mismo, tienen el mismo aspecto que antes de la Revolución.

El revolucionario se detiene a contemplar el cuadro y se pregunta: “¿Para qué se hizo la Revolución?”

Y continúa su marcha hacia la aldea en que se encuentran los suyos, donde deben esperarlo con ansia, después de la larga ausencia, la compañera y los hijos.

La carretera, a poco, va sumiéndose en la sombra. A su lado pasa un grupo de obreros que marchan hacia sus jacales con el mismo aire de fastidio, de cansancio y aun de cólera que pudo observar en ellos antes de marcharse a la guerra, por lo que deduce que sufren lo mismo, que son igualmente desgraciados.

El revolucionario envuelve en una mirada al grupo, y se pregunta: “¿Para qué se hizo la Revolución?”

Y continúa su marcha hacia la aldea en que se encuentran los suyos, donde deben esperarlo con ansia, después de la larga ausencia, la compañera y los hijos.

El ladrido de los perros denuncia la proximidad de la aldea, enteramente sumergida en las tinieblas. El viento llora entre el ramaje de los fresnos que bordean el camino. Nuestro viajero camina, camina, camina pensando en los suyos...

Al día siguiente el revolucionario tiene que echarse al surco, como cualquier hijo de vecino, para ganar de 20 a 50 centavos diarios; pues si bien Vázquez Gómez **3** ya está sentado en la silla presidencial, los desgraciados siguen siendo desgraciados, los pobres siguen siendo humillados por el rico y por la Autoridad.

El revolucionario reflexiona y se pregunta: “¿Para qué se hizo la Revolución?” Rendido de cansancio, vuelve a su jacal, adonde había llegado la noche anterior. Una olla de frijoles es la cena, con unas cuantas tortillas. El perro bosteza cerca de la lumbre; los grillos cantan sus amores en las rendijas; los niños duermen casi desnudos.

—¿Quiénes ganaron?, pregunta la compañera, que hasta entonces, alegre por haber vuelto a estrechar entre sus brazos al compañero ausente, no había tenido tiempo de hacer semejante pregunta. Después de algunos instantes de reflexión, dice el revolucionario:

—Pues nosotros.

—Pero es que no traes un centavo encima.

—Pues, como quiera que sea, nosotros ganamos; echamos abajo a Madero.

—Pero nosotros quedamos abajo “como siempre”,—dice la mujer.

El revolucionario se rasca la cabeza, no sabiendo qué decir, e interiormente se pregunta: “¿Para qué se hizo la Revolución?”

—Cuando te afiliaste a la revolución, llevabas algunos centavos en los bolsillos, una buena carabina, parque, buena ropa, y ahora no traes nada; ¿como está eso de que tú eres de los que ganaron?, pregunta la mujer.

El revolucionario se rasca la cabeza; no sabe qué responder; él sabe que sus jefes tienen buenos empleos, que Vázquez Gómez es Presidente; pero para él, así como para todos los que lucharon como soldados rasos, nada ha habido, a

no ser el pago de unos cuantos pesos por el arma, que no le alcanzaron ni para llegar a su hogar. Y entonces, al acordarse con amargura de los días de prueba, pasados en la montaña; de las fatigas de una larga y desigual campaña; del sacrificio de tantas vidas; del hambre y de la desnudez de los suyos durante su ausencia, siente un estorbo en la garganta, al mismo tiempo que se hace, silenciosamente, esta pregunta: “¿Para qué se hizo la Revolución?”

—¿Para qué se hizo la Revolución?, pregunta la mujer.

Y el revolucionario, sorprendido de que la mujer piense lo mismo que él, no puede contener por más tiempo la indignación que veníase fermentando en su pecho, y exclama:

—¡La Revolución se ha hecho para los “vivos”, para los que quieren ser gobernantes, para las que quieren vivir del trabajo ajeno! Nos emperamos en no querer oír a los anarquistas de REGENERACIÓN que en todos los tonos nos aconsejaban que no siguiéramos a los jefes, que tomáramos posesión de la tierra, de las aguas, de los montes, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los medios de transportación, y que de todo eso hiciéramos propiedad común para todos los habitantes de la República Mexicana, y que en común consumiésemos lo que se produjera. Nos dijeron esos hombres que luchar por encumbrar individuos es tarea criminal. No quisimos oírles, porque eran pobres, por que eran de nuestra clase, y, como luego se dice, en el pecado llevamos la penitencia. ¡Merecido lo tenemos, por animales! Nuestros jefes se están dando la gran vida en estos momentos, mientras nosotros, la carne de cañón, los que de veras luchamos, los que mostramos nuestro pecho al enemigo, somos, ahora, más desgraciados que antes.

Juan oye el toque del clarín, que llama a reunión; se restriega los ojos... ¡Había sido un mal sueño! Coge su fusil, se felicita de luchar en las filas de los libertarios de la bandera roja, y grita con estentórea voz: ¡Viva Tierra y Libertad!

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 87, 27 de abril de 1912; p. 1.***

**2** Refiérese a los seguidores de Pascual Orozco. (1881-1915). Nació en la Hacienda de Santa Isabel, Chih. Comerciante y arriero; simpatizó con el PLM, al que su padre estuvo afiliado. En octubre de 1910 se adhirió al maderismo y el 19 de noviembre se levantó en armas. Su participación en combates como los de Pedernales y Sierra Mojada, lo convirtieron en el jefe supremo de armas en Chihuahua. Participó en la toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911. Madero lo ascendió a general brigadier y jefe de la primera zona rural. En agosto de 1911 aceptó su postulación al cargo de gobernador, la que retiró. León de la Barra lo envió a Sinaloa. Al proclamarse el plan de Ayala, fue designado jefe del movimiento agrarista en la república. A principios de marzo de 1912 asumió el mando los rebeldes de Chihuahua y el 25 de marzo publicó el Plan de la Empacadora, con reivindicaciones labores y agrarias. Aceptó financiamiento de la oligarquía encabezada por Enrique C. Creel. También mantuvo vínculos con los alzados dirigidos por Emilio Vázquez Gómez. Herido en Ojinaga en

septiembre de ese año, se refugió en Estados Unidos, regresó a México y dirigió algunos grupos de guerrilleros, algunos de ellos de proveniencia magonista, como el de Inés Salazar. En febrero de 1913 reconoció a Victoriano Huerta. Buscó convencer a Zapata de que reconociera al gobierno usurpador. Combatió a los constitucionalistas; tras su derrota viajó a Veracruz. A la caída de Huerta se refugió de nueva cuenta en Estados Unidos y mientras negociaba con Huerta el reinicio de la contienda, murió asesinado por rancheros tejanos en agosto de 1915.

**3** Vázquez Gómez, Emilio (1856-1926). Abogado y político originario de Tula, Hidalgo. Comenzó su carrera política a la sombra de Evaristo Madero en Coahuila. Desde 1892 hizo pública su postura antirreleccionista. En 1908 formó el Club Político Antirreleccionista en la ciudad de México, aunque poco después promovió la candidatura de Porfirio Díaz. Fue presidente del Centro Antirreleccionista de México, mismo que fundó junto con Francisco I. Madero, a quien acompañó en su gira de 1910. Fue encarcelado y al ser liberado se exiló en Estados Unidos. Fue secretario de Gobernación en el gobierno de Francisco León de la Barra. Tras acusar a Madero de no cumplir con los principios de la Revolución, dimitió, a instancias de aquel a su cargo. Su distanciamiento con Madero llegó al rompimiento. Partió a Estados Unidos en noviembre de 1911 con el fin de iniciar un movimiento armado contra el régimen maderista, para lo cual buscó aliarse con grupos tan disímolos como los encabezados por Bernardo Reyes, Pascual Orozco y Emiliano Zapata. Su movimiento fracasó y fue arrestado por el gobierno norteamericano acusado de la violación de las Leyes de Neutralidad. De regreso en México mantuvo actitudes ambiguas hacia Victoriano Huerta y Venustiano Carranza que lo llevaron de nuevo al exilio. Murió en la ciudad de México.

## El sueño de Pedro

Sentado en el umbral de la puerta de la humilde vivienda, Pedro, el recio y animoso jornalero, piensa, piensa, piensa. Acaba de leer *Regeneración*, que un obrero delgado, nervioso, de mirar inteligente, le había regalado ayer cuando se retiraba a su domicilio. Nunca había leído ese periódico, aunque había oído hablar de él, a veces con desprecio o con cólera, otras con entusiasmo.

Sentado en el umbral de la puerta, Pedro piensa, piensa, piensa, y dentro de su cráneo rueda, hasta hacerlo sentir malestar físico, esta simple pregunta: ¿cómo será posible vivir sin gobierno?

Todo, todo lo acepta Pedro, menos esa de que se pueda vivir sin gobierno, y, sintiendo arder su cabeza se levanta y echa a andar sin rumbo fijo, mientras dentro de su cráneo rueda la pregunta torturadora: ¿cómo será posible vivir sin gobierno?

Son las ocho de la mañana del último día del mes de abril. Las rosas abren sus pétalos para que los bese el sol: las gallinas atareadas, escarban la



tierra en busca de lombrices, mientras los gallos, galantísimos, arrastran elegantemente el ala alrededor de ellas, requiriéndolas de amores.

Pedro camina, camina. Las palmas mecen sus penachos bajo el cielo luminoso; las golondrinas acarrearán lodo para fabricar sus nidos; Pedro se encuentra en pleno campo; los ganados pacen tranquilamente, sin necesidad de un gendarme que los apalee; las liebres juguetean sin necesidad de legisladores que las hagan felices por medio de leyes; los gorriones gozan la dicha de vivir, sin que haya, entre ellos, alguno que diga: “yo mando; ¡obedecedme!”

Pedro experimenta la sensación del que se encuentra libre de un gran peso, y exclama: “Sí, sí es posible vivir sin gobierno”.

El espectáculo de la vida animal le ha dado la respuesta, y la pregunta ha dejado de dar tumbos dentro de las paredes de su cráneo. Esos rebaños que tiene a la vista no necesitan gobierno para poder vivir. No existiendo entre ellos la propiedad individual, no se necesita de alguien que cuide esa propiedad de los ataques de los que nada poseen. Poseen, en común, la bella pradera y el cristalino aguaje, y cuando el sol lanza con furia sus rayos, participan, en común, de la sombra que proyectan los árboles. Sin gobierno, esos dignos animales no se hacen pedazos unos a los otros, ni necesitan de juez, ni de carceleros, ni de verdugos ni de esbirros. No existiendo entre ellos la propiedad privada, no hay esa competencia espantosa, esa guerra cruel de una clase contra otra, de un individuo contra otro, que debilita el sentimiento de solidaridad, tan poderoso en animales de la misma especie.

Pedro respira a pulmones plenos; un vasto horizonte se abre frente a él al derrumbarse, ante su inteligencia, el negro andamiaje de preocupaciones, de prejuicios, de atavismos que la sociedad burguesa tiene cuidado en fomentar para seguir existiendo. A Pedro se le había enseñado que es indispensable que haya amos y sirvientes, ricos y pobres, gobernantes y gobernados. Ahora todo lo comprende: los que están interesados en que siga existiendo el actual sistema político, económico y social, son los que se empeñan en enseñar que debe existir la desigualdad política, económica y social entre los seres humanos.

Pedro piensa, piensa, piensa. Los coyotes, los lobos, los patos, los caballos salvajes, los búfalos, los elefantes, las hormigas, los gorriones, las golondrinas, las palomas y casi todos los animales viven en sociedad, y esa sociedad está basada en la solidaridad practicada en un grado que la pobre especie humana no ha alcanzado aún, a pesar de las conquistas hechas por la ciencia, siendo la causa de esta verdadera desgracia humana, el derecho de propiedad individual que permite a los más fuertes, a los más inteligentes, a los más malos, acaparar, para su exclusivo provecho, las fuentes naturales de riqueza y los productos del trabajo humano, dejando a los demás sin participación en la herencia social, y sujetos a trabajar por un mendrugo cuando tienen derecho a tomar todo lo que necesiten.

El sol de mediodía cae a plomo, y Pedro se refugia bajo el follaje de un árbol, quedándose dormido. Los insectos vuelan y revuelan sobre él, como joyas escapadas de las tiendas, ansiosas de brillar al sol.

Pedro duerme y sueña. Se sueña en un tranquilo campo, donde se encuentran miles de compañeros trabajando la tierra, mientras de sus gargantas brotan las notas triunfales de un himno al Trabajo y a la Libertad. Nunca, ningún músico concibió melodía de tal naturaleza. ¡Como que nadie, hasta entonces, habíase sentido libre y dichoso de vivir! Pedro trabaja y canta como los demás, y al cabo de unas dos horas, que para él transcurren como segundos, él y todos aquellos alegres trabajadores emprenden la marcha hacia el poblado, donde sonríen, rodeadas de jardinillos, lindas casitas, en las que nada falta para hacer la vida agradable y bella. Todas ellas tienen llave de agua fría y de agua caliente, bujías eléctricas, estufas eléctricas, baño, lavabos, muebles confortables, cortinas, alfombras, piano, despensa repleta de provisiones. Pedro, como todos, tiene también su casita, y es dichoso con su compañera y sus hijos. Ya nadie trabaja a salario. Todos son dueños de todo. Los que tienen afición por los trabajos agrícolas están unidos y desempeñan las labores del campo, los que tienen afición por los trabajos de la fábrica se han unido como sus hermanos del campo, y todas las industrias, en fin, se ponen de acuerdo para producir, según las necesidades de la comunidad, poniendo los productos de todas las industrias en un vasto almacén, al que tiene libre entrada toda aquella población laboriosa. Cada quien toma lo que necesita, pues hay abundancia de todo. Por las calles no se ve un mendigo ni una prostituta, porque todos tienen satisfechas sus necesidades. En los trabajos no se ve ni un anciano, pues trabajaron cuando eran aptos, y ahora viven, tranquilos, del trabajo de los fuertes, esperando la muerte tranquila, rodeados de afectos verdaderamente sinceros; los impedidos gozan del mismo privilegio que los ancianos.

Para llegar a este resultado, los habitantes de esta región comenzaron por desconocer toda autoridad, al mismo tiempo que declararon propiedad común la tierra y la maquinaria de producción. Se reunieron los trabajadores de cada industria para discutir la manera de llevar adelante la producción, teniendo al frente una estadística de las existencias que había en los almacenes de la burguesía, y que se encontraban ahora a disposición de todos en un vasto almacén.

Muchas industrias mineras fueron suprimidas pues ya no se trataba de especular, y los brazos que antes las movían, así como los brazos de los gendarmes, de los soldados, de los empleados de oficinas públicas y privadas aliviaron, con su contingente, el trabajo, que antes pesaba sólo sobre los obreros. Ya no había parásitos de ninguna clase, pues todos y cada uno de los habitantes eran, a la vez, productores y vigilantes, porque eran, a la vez, trabajadores y propietarios. ¿Para qué era necesario el gobierno? ¿Qué necesidad tenía de destrozarse esa gente cuando toda ella se sentía propietaria? Nadie podía allí ser más que otro. Cada quien producía según sus fuerzas e inteligencia, y cada quien consumía hasta llenar todas sus necesidades. ¿Qué necesidad había de acaparar? Esa sería una tarea estúpida.

Pedro se siente dichoso, y sonrío mientras duerme. Las mariposas pasan a su lado, como si fueran parte de su sueño...

De pronto siente Pedro un agudo dolor en la cabeza, y despierta sobresaltado. Es un gendarme, un representante de la señora Autoridad, sin la cual creen las gentes tímidas que no se puede vivir. El esbirro acaba de despertar de un puntapié en la cabeza al recio y animoso jornalero, a quien despóticamente ordena que vaya a dormir a su casa, o, de lo contrario, lo llevará a la cárcel por vago. ¡Vago, cuando la víspera le dijo el patrón que no tendría trabajo hasta dos días después!

Pedro se estremece de indignación; vuelve la espalda al esbirro, y se marcha. En su rostro se refleja una resolución suprema. Llega a su casa; besa a sus hijitos y, emocionado, se despide de su compañera y emprende la marcha hacia donde los valientes se baten al grito de ¡Viva Tierra y Libertad!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 88, 4 de mayo de 1912; p. 1.*

## El soldado

El trabajador y el soldado se encontraron en un camino.

—¿Adónde vas?, preguntó el soldado.

—A la fábrica, contestó el trabajador; y tú, ¿adónde vas?

—Voy al cuartel; el pueblo de X... se ha sublevado y hemos recibido órdenes de ir a sofocar la rebelión a sangre y fuego.

—Podieras decirme, preguntó el trabajador, ¿por qué se ha sublevado esa gente? —Ciertamente que sí puedo decírtelo: esa gente, de la noche a la mañana se negó a pagar los alquileres de las casas, los arrendamientos de la tierra, las contribuciones al Gobierno, y cuando la autoridad se presentó para echar de las casas a los inquilinos y expulsar de la tierra a los arrendatarios, al mismo tiempo que a hacer efectivo el pago de las contribuciones al Gobierno, los habitantes se resistieron, apuñalearon al juez, al notario, a los escribientes, a los gendarmes, al presidente municipal y a todos los cagatintas; quemaron los archivos y enarbolaron, en el edificio más alto, una bandera roja con una inscripción en letras blancas que dice: “Tierra y Libertad”.

El trabajador se estremeció. Pensó que eran los de su clase, los pobres, los desheredados, los proletarios, los que se habían rebelado.

—¿Y vas a batirlos?, preguntó al soldado.

—Claro que sí, respondió el esclavo de uniforme. Esos habitantes están atentando contra el derecho de propiedad individual y el deber del Gobierno es cuidar los intereses de los ricos.

—Pero tú no eres rico, dijo el trabajador al soldado; ¿qué interés tienes en matar a esas gentes?

—Tengo que hacer respetar la ley, dijo secamente el soldado.

—¿La ley?, gritó el trabajador. ¡La ley sostenedora del privilegio! ¡La ley que es carga para los de abajo, garantía de libertad y de bienestar para los de arriba! Tú eres pobre, y sin embargo sostienes la ley que aplasta a los de tu clase. Tus padres, tus hermanos, tus parientes son pobres; los que se han sublevado en X... son pobres que sufren lo mismo que tú, y tus padres y tus parientes, ¡y tal vez alguno de los de tu familia figure entre los rebeldes!

El soldado se encogió de hombros, escupió sobre el yerbajo que bordeaba el camino, lanzó una mirada de desprecio al trabajador y gritó altanero:

—¡La ley debe estar sobre todas las cosas! Si mi padre la infringe, a mi padre mataré, porque así me lo ordena la ley!

—Bueno, dijo el obrero; ¡marcha a asesinar a la carne de tu carne y a la sangre de tu sangre!

El trabajador y el soldado continuaron su marcha en direcciones opuestas: el primero a trabajar para hacer más rico al amo; el segundo a matar para asegurar al amo el tranquilo disfrute de “sus” riquezas.

X... era teatro de una actividad, de una alegría, de un entusiasmo sin límites. Los tristes semblantes de la víspera habían desaparecido. Todos los habitantes estaban en la calle celebrando el día de la libertad. Un anciano arengaba a la multitud de esta manera:

—Compañeros: ahora cada uno de nosotros es el amo de sí mismo; celebremos nuestra victoria; inventariemos todo lo que existe en la población y en sus alrededores, para saber con qué elementos contamos en provisiones y útiles de trabajo, y en seguida, mis hermanos, una vez que hayamos celebrado nuestro triunfo, dediquémonos a trabajar para producir cosas útiles para todos y...

No pudo concluir la frase. ¡Se oyó el disparo de un arma de fuego, y el anciano, mortalmente herido, cayó para no levantarse más, la cara vuelta hacia el sol.

El soldado había matado a su padre...

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 92, lo. De junio de 1912; p. 1.*

## **Por Tierra y Libertad**

Pedro era un inconsciente; desde la edad de siete años comenzó a trabajar. Su padre era peón de una hacienda del Estado de Michoacán cuyo salario no pasaba de veinticinco centavos diarios por trabajar de sol a sol. La familia no podía vivir con aquel miserable jornal; la manta era cada vez más cara; los artículos de primera necesidad alcanzaban precios de plaza sitiada, y la deuda del peón con el dueño de la hacienda crecía, crecía... Un día el peón llevó a Pedro al trabajo. Era indispensable que el chico trabajase para aumentar, siquiera con un puñado más de maíz, el cotidiano atole y las obligadas tortillas. De allí para adelante, Pedro debía ganar su sustento con el sudor de su rostro.

Pedro llegó a la edad de hombre, y llegó también, como su padre, a ganar veinticinco centavos diarios trabajando de sol a sol; pero si la vida era cara cuando su padre lo inició en el trabajo, lo era más actualmente; las levas eran más frecuentes; la ley fuga había alcanzado su máximo de aplicación; las “fatigas”, servicio personal gratuito a la Autoridad, menudeaban más y más, y, para colmo de desdichas, según la costumbre tradicional, sobre sus pobres lomos había caído la deuda de su padre, agravando la propia. En busca de mejor fortuna, Pedro se vino a los Estados Unidos, encontrando trabajo en una sección

de ferrocarril. Un día cayó en sus manos un ejemplar de REGENERACIÓN, que algún propagandista obrero había dejado en la sección. Pedro leyó el periódico y sintió que algo se derrumbaba en lo más profundo de su ser. Él había aprendido a respetar a sus patrones como si fueran sus padres; en su sencillez creía que, si no hubiera ricos, los pobres no tendrían qué comer. Respetaba al Gobierno, a pesar de lo mal que lo había tratado en México; consideraba al sacerdote como un representante de Dios sobre la tierra. En suma: el pobre Pedro era un reaccionario de tomo y lomo.

Sentado en un cajón vacío que le servía de silla, Pedro leyó REGENERACIÓN aquella vez, a la luz de una vieja lámpara de petróleo, y, mientras leía el periódico, un nudo le subía a la garganta... y sintió que algo se derrumbaba en lo más profundo de su ser, y que un horizonte más amplio se extendía ante su vida. Antes, Pedro se sentía desgraciado; pero creía que era lo más natural el sufrir en este mundo, al menos así lo aseguraba el cura. Ahora se daba cuenta de las engañas de los señores de sotana para tener apaciguados a los esclavos, y su corazón latía con violencia. Con los puños crispados, decía: “Iré a México y no dejaré con vida a uno solo de estos pajarracos”. Recordaba entonces los sermones del cura de su aldea cuando éste, fingiendo amor y caridad, decía a voz en cuello: “Tened paciencia, hijos míos, que Dios os premiará en la otra vida; respetad y amad a vuestros patrones, como si fueran vuestros segundos padres; conformaos con vuestra pobreza; no envidiéis los bienes de los ricos, porque esos bienes les han sido dados por Dios misericordioso para que os den trabajo y no os falte el pan; respetad al Gobierno, que él es el encargado de velar por la seguridad de los bienes y de las personas, de dar las leyes, de castigar el crimen y premiar la virtud...”

“¡Ah, si antes hubiera yo leído REGENERACIÓN!” decía Pedro, y en la pocilga escueta resonaba su voz como en el fondo de una caverna: “si antes hubiera leído REGENERACIÓN, otra cosa habría sido de mí y de los míos”.

El viento se filtraba por las rendijas del tugurio, gimiendo como si llevase los lamentos de los esclavos que nacen, viven y mueren, sin conocer otra cosa de la vida, que la miseria y el dolor. A lo lejos ladraba un perro; un pájaro nocturno hacía más triste el luto de la noche con su canto fúnebre.

Pedro continuaba leyendo, y, mientras leía, en su mente acariciaba una idea: comprar un rifle; y apartando por momentos la vista de las apretadas líneas del periódico, pensaba, pensaba, pensaba. No era viejo; no tenía más que veinticinco años de edad; pero él creía haber perdido mucho tiempo para la lucha por el ideal. “¡No dejaré un burgués con vida tan pronto como pise territorio mexicano”, gritó con ardor, y su voz vibró como un clarín llamando a combate a los esclavos decididos a ser hombres.

El viento sollozaba en las rendijas del cuchitril, como si fuera el rumor del llanto, y de los suspiros, y de las quejas, y los ayes de los hombres, de las mujeres, de los ancianos y de los niños proletarios que nacen, viven y mueren sin conocer otra cosa que la miseria y el dolor... Afuera, los hilos telegráficos,

sacudidos por el viento, lanzaban notas quejumbrosas. Un gallo cantó a lo lejos; una pareja de gatos denunciaba, en las sombras, sus ruidosos amores.

Pedro continuaba leyendo, y pensaba, pensaba, pensaba. “¡Tendré una bala para cada representante de la Autoridad tan pronto como esté en México!”, gritó, y su voz resonó como el estallido de la metralleta en las trincheras del enemigo...

Poco tiempo después de esta noche, en que el cerebro de un hombre se iluminó con una luz nueva, un destacamento carrancista se rebeló contra la autoridad de Venustiano Carranza, desconociendo Gobierno, Capital y Clero.

Sucedió que Pedro, convertido en apóstol de la Buena Nueva, marchó hacia territorio dominado por el carrancismo, se presentó en un campamento carrancista y sentó plaza de soldado. Una vez entre aquellos rebeldes dio rienda suelta a sus pensamientos generosos. “Hermanos, decía, ¿por qué hemos de echarnos encima el yugo de otro Gobierno?” Y proseguía: “Ya que tenemos las armas en las manos, acabemos de una vez con el principio de Autoridad, con el Capital y con el Clero”. Entonces, sacando de su bolsillo un librito rojo, lo leía a sus compañeros de armas, ya que no de ideales. Era el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911 **2**. Los rebeldes escuchaban al apóstol, y la opinión se iba generalizando de que, si se quiere que la revolución dé buen fruto, es preciso que el pueblo, durante la misma, esto es, durante la lucha armada, tome posesión de la tierra, de la maquinaria y de los medios de transportación; pues si espera a que un Gobierno haga feliz al pueblo, eso nunca se conseguirá porque el Gobierno no tiene otra misión que la de dar protección a los ricos, en perjuicio de los pobres. Y los rebeldes carrancistas pensaban, pensaban, pensaban. Uno se acordaba de como una vez que los obreros de su distrito se declararon en huelga solicitando unos cuantos centavos más de salario y un menor número de horas de trabajo, el Gobierno envió tropas para ametrallarlos y hacerlos reanudar sus labores en las mismas condiciones de antes. Otro trajo a su memoria la suerte de Juan, en su pueblo, que fue sacado de su jacal a altas horas de la noche por la Acordada **3**, y acribillado a balazos, como un perro, a la vuelta de un camino, por no haber permitido que el dueño de la hacienda saciara sus apetitos carnales en la persona de la compañera de su vida. Otro más recordaba al pobre Santiago, el vaquero cargado de familia, que fue enviado a las filas y murió de malaria en la Tierra Caliente porque no permitió que el patrón le robase su salario. Cada uno de aquellos rebeldes tenía más de un recuerdo de cómo la Autoridad protege al rico con perjuicio del pobre, y en cada uno de aquellos pechos, endurecidos por las privaciones y el sufrimiento, ardía un fuego de venganza. “¡No queremos más gobierno!”, gritaron, y su grito repercutió en los cañones de la sierra como un trueno. “¡Muera el Capital; muera el Clero!”, repitieron, y las voces formidables rodaron por las cañadas hasta perderse en la llanura.

Los oficiales se apercebieron del motín y salieron en tropel a imponer el orden. Unos cuantos disparos dieron fin a esos oficiales, y los nuevos libertarios, con la bandera roja en alto y enardeciendo el ambiente con las notas heroicas de

“El Hijo del Pueblo”, emprendieron la marcha hacia la conquista de Tierra y Libertad.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 175, 7 de febrero de 1914; p. 1.*

**2** Refiérese al *Manifiesto. La Junta organizadora del Partido Liberal mexicano al pueblo de México*, emitido en la fecha mencionada en Los Ángeles, Cal. Constituye la primera declaración anarquista abierta de dicha junta.

**3** Forma popular de referirse a la guardia rural. Remite a los cuerpos irregulares organizados en México a partir de 1710 para la persecución de delincuentes.

## ¡Justicia!

El gobernante, el burgués y el clérigo sesteaban aquella tarde a la sombra de un Fresno que lucía vigoroso en el cañón de la sierra.

El burgués, visiblemente agitado, estrujaba entre sus manos regordetas un cuadernito rojo, y decía entre suspiro y suspiro:

—Todo lo he perdido: mis campos, mis ganados, mis molinos, mis fábricas; todo se encuentra en poder de los desarrapados.

El gobernante, temblando de rabia, decía:

—Esto es el acabóse; ya nadie respeta la autoridad.

Y el clérigo elevaba los ojos al cielo y decía compungido:

—¡Maldita razón; ella ha matado la fe!

Los tres personajes pensaban, pensaban, pensaban... La noche anterior habían hecho irrupción en el pueblecillo unos cincuenta revolucionarios, a quienes los proletarios del lugar habían recibido con los brazos abiertos, y mientras buscaban al gobernante, al burgués y al clérigo para exigirles estrecha cuenta de sus actos, éstos huyeron al cañón en busca de refugio.

—Nuestro imperio sobre las masas ha terminado, dijeron a una voz el gobernante y el burgués.

El clérigo sonrió, y dijo con tono convencido:

—No os amilanéis. Cierto es que la fe pierde terreno; pero yo os aseguro que, por medio de la Religión, podemos recuperar todo lo perdido. Por lo pronto parece que las ideas contenidas en ese maldito cuaderno han triunfado en el pueblecillo, y triunfarán ciertamente si permanecemos inactivos. No niego que esas malditas ideas gozan de simpatías entre la plebe; pero otros las rechazan, sobre todo las que atacan directamente a la Religión, y entre estos últimos es entre quienes debemos fomentar un movimiento de reacción. Afortunadamente pudimos escapar los tres, que, si hubiéramos perecido en las manos de los revolucionarios, las viejas instituciones habrían muerto con nosotros.

El burgués y el gobernante sintieron como si se les hubiera librado de terrible carga. Los ojos del burgués chispearon, encendidos por la codicia. ¡Cómo! ¿Con que sería posible para él volver a disfrutar de la posesión de sus campos, de sus ganados, de sus molinos y de sus fábricas? ¿No habría sido toda otra cosa que una cruel pesadilla? ¿Volvería a tener bajo su poder a todos los

habitantes de la comarca, gracias a los buenos oficios de la Religión? Y, poniéndose en pie, sacudió el puño en la dirección del pueblecillo, cuyo caserío blanqueaba alegre a los rayos de un sol de mayo.

El gobernante, emocionado, dijo con convicción:

—Yo siempre he creído que la Religión es el más firme apoyo del principio de autoridad. La Religión enseña que Dios es el primer jefe, y los gobernantes somos sus lugartenientes en la tierra. La Religión condena la rebeldía porque considera que los gobernantes están sobre los pueblos por la voluntad de Dios. ¡Viva la Religión!

Enardecido por sus propias palabras, el gobernante arrebató de las manos del burgués el cuadernito rojo, lo hizo añicos y arrojó los pedazos en dirección del pueblecillo, como reto a los nobles proletarios insurreccionados.

—¡Perros! gritó,—¡recibid eso con mi saliva!

Los trocitos del papel volaron alegres arrastrados por el viento, como mariposillas juguetonas. Era el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911.

Las primeras sombras de la noche comenzaban a subir del valle, y a la luz crepuscular podía verse ondear, sobre una casita del pueblecillo, una bandera roja que ostentaba en letras blancas esta inscripción: "Tierra y Libertad". El gobernante, el burgués y el clérigo gritaron agitando los puños hacia el pueblecillo:

—¡Nido de víboras, pronto te aplastaremos!

Todavía lucían por Occidente los últimas brochazos que dio el sol al despedirse; las ranas preludiaban su acostumbrada serenata, libres, felices, ignorantes de las miserias que hacen sufrir al hombre. En el fresno, una pareja de cenontles se cantaban sus libres amores, sin jueces, sin curas, sin escribanos. La belleza apacible de la hora invitaba al corazón humano a manifestar todas sus torturas, y a los sentimientos a materializarse en una obra de arte...

Haciendo estremecer hasta las rocas, un grito formidable bajó rodando por la cañada: ¡Quién vive!

El gobernante, el burgués y el clérigo temblaron, presintiendo su fin. La noche había acabado de sacar de su baúl todos sus crespones; los cenontles enmudecieron; las ranas callaron; una ráfaga de aire agitó siniestramente las ramas del fresno, y en las tinieblas, pavoroso, volvió a resonar el grito fatídico: ¡Quién vive!

Los tres personajes recordaron en un segundo todos sus crímenes: ellos habían gozado todas las delicias de la vida a costa del sufrimiento de los humildes; ellos habían mantenido a la humanidad en la ignorancia y en la miseria, para poder satisfacer sus apetitos.

Un rumor de pisadas enérgicas se acercaba a ellos: eran los soldados del pueblo, los soldados de la Revolución Social. Una descarga de fusilería hizo rodar, sin vida, a los representantes de la hidra de tres cabezas: Autoridad, Capital y Clero.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 192, 13 de junio de 1914; p. 4.*





Autoridad. Entretanto los viejos padres de José, y su familia, languidecen de hambre en el pueblo de donde salió.

¿Podrá decir José que la Autoridad es buena para los pobres?

\*\*\*

Un tranvía le troza las dos piernas a Simón cuando éste se encaminaba al lugar del trabajo. Simón arregla con un abogado el pagarle tanto más cuanto si logra que la compañía le indemnice los perjuicios sufridos. La indemnización que debiera recibir Simón es crecida; pero los abogados de la compañía se ponen de acuerdo con el abogado de Simón y los polizontes que presenciaron el caso, para dejar a la víctima sin parte, y repartirse, entre ellos, el dinero. Simón y la familia de Simón tendrán que vivir de la mendicidad y de la prostitución, so pena de perecer.

¿Pensará Simón que la Autoridad es buena para los pobres?

\*\*\*

La vida de la hacienda es insufrible para Lucas y su familia. El amo quiere robarle el afecto de su compañera; el hijo del amo quiere estuprar a su hija; los mayordomos son muy insolentes; el salario que se gana es de hambre. Lucas decide marcharse con su familia; pero hay que hacerlo a escondidas del amo, que, como es sabido, es señor de vidas y haciendas. Se efectúa la marcha; pero para caer entonces en las garras de la Autoridad, avisada por el amo de la “fuga” de los esclavos. Las mujeres son devueltas a la hacienda, donde quedan a merced de los apetitos del amo y del hijo del amo, mientras a Lucas se le envía al cuartel como hombre de “pésimos antecedentes”, según la declaración del amo.

¿Podría decir Lucas que la Autoridad es buena para los pobres?

\*\*\*

Los caminos se han descompuesto con las lluvias torrenciales. Los burgueses necesitan que los caminos sean repuestos lo más pronto posible para que sus carros, sus automóviles, sus grandes atajos puedan transitar con facilidad. La Autoridad, entonces, echa mano de todos los varones de la clase trabajadora que hay en la comarca, y los obliga a trabajar en la reparación de puentes, en construir presas, en echar bordos, sin paga de ninguna clase, para que los burgueses puedan seguir haciendo negocio, mientras las familias proletarias se muerden los codos de hambre.

¿Podrán decir esos proletarios que la Autoridad es buena para los pobres?

\*\*\*

¿Para qué necesitamos los pobres la Autoridad? Ella nos echa al cuartel y nos convierte en soldados para que defendamos, fusil en mano, los intereses de los ricos, como ocurre en estos momentos en Cananea 2, en que los soldados están resguardando las propiedades de la compañía para que los huelguistas no las reduzcan a escombros; ella nos hace pagar contribuciones para mantener presidentes, gobernadores, diputados, senadores, polizontes de todas marcas, empleadillos de todo género, jueces, magistrados, soldados, carceleros,

verdugos, representantes diplomáticos y toda una cáfila de zánganos, que sólo sirven para oprimirnos en beneficio de la clase capitalista. Los pobres no necesitamos nada de esa polilla, y debemos zafar el hombro para que ruede por tierra el sistema burgués; y tomando desde luego posesión de la tierra, de las casas, de la maquinaria, de los medios de transporte y de los comestibles y demás efectos almacenados, declarar que todo es de todos, hombres y mujeres, según lo expuesto en el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911.

¡Abajo la Autoridad, hermanos desheredados!

*1 Regeneración, 4ta. Época, núm. 195, 11 de julio de 1914; p. 1.*

2 Refiérese a la huelga que estalló el 3 de julio de 1915 en ese mineral, promovida por la Unión de Obreros, en contra de la Cananea Consolidated Copper Co. a causa de la denominada “cuota de hospital” y los excesos de las tiendas de raya, entre otros. Las autoridades municipales y la directiva de la compañía, armaron a parte de los mineros para utilizarlos como rompehuelgas. La huelga terminó el día 20, cuando las mujeres de los huelguistas fueron desalojadas de los caminos que habían tomado para intentar frenar la llegada de los esquirols armados.

### **Una muerte sin gloria**

Hacia una semana que los camaradas se habían lanzado a la Revolución, y Pedro se sentía triste. Él deseaba estar al lado de aquellos leones que, rifle en mano, se encontraban en el campo de la acción luchando por la libertad humana. Se acordaba de la última reunión que tuvieron en su casa humilde de trabajador. Había sido en la noche; el aire frío se colaba por todas las rendijas, como para refrescar aquellos ánimos exaltados. José, el rezagador de la mina, hablaba con entusiasmo. “Compañeros —dijo acariciando un vaso de vino—, a morir sin gloria aplastado por la mina para engordar al burgués, a morir en el campo de la acción en defensa de nuestros derechos como productores de la riqueza social, prefiero esto último”, y, llevando a sus labios el vaso, bebió el contenido de un sorbo.

El aire tenía un quejido en cada resquicio, como si todas las víctimas de la explotación y de la tiranía se hubieran congregado aquella noche alrededor de la casucha para hacer oír sus penas. Los coyotes aullaban melancólicos en la colina cercana, trasijados y nerviosos. El tecolote inquietaba, con sus notas lúgubres, a los pajarillos en sus nidos.

Juan, el peón ferroviario, corpulento y falto de palabras, abrazó a José y dijo: “Voy contigo”, al mismo tiempo que caían de la mesa algunos platos, sacudida por la rudeza de las efusiones del peón. El gato despertó asustado; en la pieza contigua lloró un niño: la lámpara de petróleo bostezó un humo espeso y hediondo.

José llenó de nuevo su vaso. Todos parecían poseídos de ese ardor propio de los corazones generosos que laten por un grande ideal. El manifiesto

del 23 de septiembre de 1911, encuadernado en rojo, brillaba sobre la mesa proletaria, como un ascua. “¿Cuántos más vamos?”, preguntó José. Todos se pusieron en pie para significar que todos estaban dispuestos a lanzarse a la lucha. Sólo Pedro permaneció sentado. Las miradas asombradas de sus camaradas se volvieron hacia él, que, con la frente entre las manos, lloraba ...

“Tienes miedo, ¿eh?”, dijo brutalmente Santiago, el pastor de borregas, haciendo una mueca de desprecio.

Todos veían a Pedro con lástima: la escena era singularmente penosa. De la pared pendía un retrato de Praxedis G. Guerrero. El mártir, en actitud pensativa, miraba fijamente a aquel bello grupo de hijos del pueblo que se disponía a seguir sus huellas luminosas.

Pedro, emocionado hasta el llanto, se levantó vacilante como un borracho, a pesar de que él no había probado el vino —era temperante— y, con voz apagada, dijo: “Yo no puedo ir con vosotros; Marta, mi compañera, se opone a que os acompañe: ella dice que tengo la obligación de mantener a nuestros hijos. Yo me quedo”.

El frío arreciaba según avanzaba la noche, y el viento, quejumbroso, se lamentaba en cada rendija. Manuel, el obrero tabaquero, tosía, y de su pecho oprimido se escapaba un rumor parecido al del agua hirviendo en una marmita. Todos se habían sentado menos él. Quería hablar; pero la tos ahogaba sus palabras. Por fin, exclamó: “Sí, marchemos a la lucha, compañeros”. Tosió, escupió una masa viscosa y sanguinolenta, y prosiguió: “En la mina morimos aplastados; en el taller nos espía la tisis; en el campo se muelen nuestros riñones; el andamio nos traiciona y nos despide al espacio; la cantera machaca nuestros huesos; la maquinaria nos mutila... ¡todo en beneficio del burgués! ¿Por qué no, mejor, perder la vida combatiendo por nuestros derechos de productores que somos? ¿Por qué no, mejor, empuñar el rifle para arrebatarnos de las manos de la burguesía infame la riqueza natural y la que hemos producido nosotros mismos?”

Praxedis, desde su cuadro, presidía aquella reunión de héroes. El viento helado continuaba quejándose a través de las hendiduras. Manuel tosió, y su tos pareció que provenía del fondo de un cántaro. “¿Oís?, gritó; “el viento nos trae los lamentos de todos los que sufren; el llanto del niño, que quiere pan; la angustia del hijo ante sus ancianos padres moribundos por falta de alimentos; el sufrimiento de la prostituta, forzada a vender su carne para llevar a sus hijos un mendrugo; el suspiro del presidiario, que se pudre en un rincón de su calabozo; la respiración fatigosa de los proletarios, que amasan, con su sudor y con su sangre, la fortuna del señor. “¡Rebelémonos!” “¡A la lucha!””, gritaron todos, y de aquellos pechos abnegados brotaron heroicas las notas de La Marsellesa Anarquista:

“A la revuelta, proletarios;

“Ya brilla el día de la redención...2”

Las nubes se teñían de rosa, como avergonzadas de haber sido sorprendidas en su lecho por el Sol. Alboreaba; el tecolote había huido,

espantado por la cercanía del día, y los pajarillos cantaban alegres, dichosos por la desaparición de su verdugo; los coyotes se escondieron en sus madrigueras, y el gato, roncando en su rincón, contraía nerviosamente la piel, mortificado por las moscas.

De entonces todo fue triste para Pedro. Él fue el único que se quedó. Aquel día su tristeza se había quintuplicado. Muy de mañana se levantó y se dirigió a la mina. Sentía que se le oprimía el corazón. Mi deber —pensaba— era haber marchado con ellos. La mina puede desplomarse cualquier día y sepultarme bajo sus escombros, y entonces, ¿qué? Entonces quedaría mi familia sin pan, de la misma manera que habría quedado si me hubieran matado los defensores del sistema capitalista en los campos de la acción.

La negra boca de la mina se abría a sus pies, como la de un monstruo hambriento que bosteza impaciente por su ración de carne humana. Pedro echó una mirada a su alrededor, lanzó un suspiro y bajó a su trabajo.

Cinco horas después, unos hombres enmarañados y taciturnos depositaban, a los pies de Marta, el cuerpo machacado de Pedro. Una roca lo había aplastado como a un ratón. ¡Una muerte sin gloria!

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 207, 9 de octubre de 1915; p. 3.***

**2** *La Marsellesa Anarquista* (1907). Vid. *infra*. p. 211.

## **Las tres piedras**

Cierto día hablaron las piedras: el magnífico sillar de una mansión señorial, la tosca piedra de una pocilga de proletario y la plebeya piedra del arroyo.

Dijo el sillar:

—Mi misión es noble; formo parte de este majestuoso edificio que da belleza a la ciudad y proporciona abrigo y bienestar a las exquisitas personas que en él moran. Y con sus perfiles correctos y sus caras pulidas, parecía burlarse de la roña de sus colegas. “Mi misión es noble”, repitió en tono de convencimiento.

La piedra de la pocilga replicó amoscada:

—Mi misión es más noble y más grande que la tuya. Yo formo parte de este tugurio que sirve de abrigo a un honrado trabajador y a su familia. Me siento satisfecha y feliz cuando preservo de la intemperie al bravo creador de la riqueza, al mismo que te embelleció con su cincel, para que tú, ¡ingrata!, dieras albergue a un puñado de parásitos en vez de proporcionárselo a él, a cuyas manos debes tu gracia y gentileza. Mi misión es más grande que la tuya, porque sirvo para alojar a un ser bueno y útil a sus semejantes, mientras que tú, orgullosa, sólo sirves para dar satisfacciones a seres inútiles y nocivos, a los burgueses, a los enemigos de la humanidad.

La piedra del arroyo escuchaba atentamente esta querella. Ella no podía vanagloriarse de formar parte de ningún edificio ni pobre ni rico. Rodaba, rodaba sin cesar por las calles de la ciudad, atropellada por todos los pies,

castigada por todos los vehículos, pisoteada, por todas las bestias, juguete de todos los muchachos. Por fin se decidió a hablar.

—Mi misión es más noble, más grande y más alta que la vuestra, dijo con el tono arrogante a que le daba derecho su participación en más de una tragedia. Yo ruedo por las calles como un proyectil siempre dispuesto a dar en el blanco: la frente del gendarme, el pecho del soldado, la cabeza del burgués. En el motín mil manos heroicas se disputan mi posesión; en la barricada soy escudo y proyectil al mismo tiempo: defendiendo el pecho del rebelde o parto, sibilante y ligera de las manos del hijo del pueblo a resquebrajar el cráneo del esbirro... Mi misión es más noble, más grande y más alta que la vuestra—prosiguió la piedra del arroyo. ¡Cuántas veces las luchas por la libertad y la justicia han comenzado por la primera piedra levantada del arroyo por una mano audaz! ¡Ah, no sabéis lo que el progreso humano me debe! Mi presencia en la calle es garantía de libertad; la cólera popular necesita de mí para satisfacerse. ¡Soy el alma de la rebeldía proletaria! Cuando una mano callosa levanta una piedra, vacila el trono de la tiranía. ¡Paso a la piedra del arroyo!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 207, 9 de octubre de 1915; p. 3.*

## Las dos banderas

“¡Atrás”, gritó colérica la bandera tricolor cuando vio que se levantaba delante de ella, en la trinchera proletaria, la Bandera Roja de los oprimidos, “Atrás, trapo infame: yo soy la bandera de la patria!”

La Bandera Roja onduló graciosa, bajo el sol espléndido, como movida por un soplido de gloria.

“¡Atrás”, repitió la bandera tricolor, “doblégate ante el emblema nacional!”

La Bandera Roja desplegó sus ondas al viento con la gentileza de una muchacha que abandona a la brisa el encanto de su cabellera.

“Yo represento el honor nacional: yo...”

“¡Basta!”, dijo la Bandera Roja. “Lo que tú representas es la tiranía y la explotación. Eres la bandera burguesa, inventada por los burgueses y por los tiranos para que al defenderla el pueblo los defienda a ellos y a sus intereses cuando tengan necesidad de su auxilio. A tu sombra medra el aventurero de todos los países y sufre hambre y necesidad el mexicano”.

“¡Calla, blasfema!”, gritó la bandera tricolor: “Al defenderme los mexicanos, defienden su honor y su libertad”.

La Bandera Roja, abriantada por el sol, mantenía su brío enérgico bajo el azul del cielo y era a la vez condensación de ansias, reto viril y promesas de libertad y de justicia.

“¡Atrás, emblema de la canalla!”, prosiguió loca de ira la bandera tricolor.

“¡Alto ahí!”, dijo resueltamente la Bandera Roja. “La canalla es esa turba de levita que te inventó. Los mexicanos, al defenderte, no defienden su

honor y su libertad, sino los intereses de sus verdugos. Como una prostituta has servido a todos los tiranos: cobijaste a Iturbide; bajo tus pliegues deshonrados se ocultó el crimen de Bustamante **2**; prodigaste abrigo a Santa Ana; Márquez **3**, Miramón **4** y Mejía **5** escondieron su traición bajo tu lienzo; el Imperio te adoptó por emblema; Porfirio Díaz esclavizó al pueblo a tu sombra; Madero traicionó la Revolución en tu nombre; Huerta te bendijo; Carranza te aclama. ¡Tú encubres el crimen, la explotación y la tiranía! ¿No eres tú la enseña de los esbirros que proyectaba su sombra siniestra en los campos de tormento del Valle Nacional **6** y de Yucatán **7**? ¿No fuiste el trapo en cuyo nombre se pasó a cuchillo a los obreros de Río Blanco **8**? ¿Qué hiciste para evitar la hecatombe de Cananea **9**? Yo, en cambio, soy la bandera del pobre, del desheredado, del desposeído de todo el mundo, y bajo mis pliegues se agrupan todos los trabajadores inteligentes y valerosos. Yo no reconozco raza ni color; todos los hombres son iguales para mí; soy el emblema de la justicia y de la libertad, y cuando triunfe mi causa, no habrá más guerras porque todos los seres humanos se considerarán hermanos”.

El estruendo de los cañones y de la fusilería interrumpió la disputa verbal de las banderas.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 208, 16 de octubre de 1915; pp. 1 y 2.*

**2** Bustamante, Anastasio (1770-1853). Médico. Formó parte del ejército español que combatió a los independentistas. En 1821, fue nombrado miembro de la Regencia por parte del emperador Iturbide. Fue presidente de la República en tres ocasiones (1830- 1832; 1837-1839; 1839-1841). Patrocinó el secuestro y asesinato del presidente Vicente Guerrero.

**3** Márquez Araujo, Leonardo (1820-1913). Militar. La figura castrense más relevante de los conservadores mexicanos. Responsable directo del fusilamiento de los 53 liberales, conocidos posteriormente como los “Mártires de Tacubaya” (1858). Su derrota en la batalla de Real del Monte (1861) marcó el fin de la Guerra de los Tres Años. A partir de 1862 unió su suerte a la invasión francesa. Maximiliano le nombró lugarteniente del Imperio (1867). Resistió en la capital del país el sitio de las tropas liberales comandadas por el general Porfirio Díaz. Al ser derrotado huyó y se refugió en Cuba, lugar del que regresó en 1895, recibiendo el indulto del ya para entonces presidente Díaz. A la caída de este último volvió a La Habana.

**4** Miramón, Miguel (1832-1867). Militar de carrera. Cadete durante la intervención norteamericana. Combatió exitosamente la Revolución de Ayutla. Presidente por el bando conservador (1859-1860). Promovió la Intervención Francesa y el Imperio. Junto con Leonardo Márquez impidió que Maximiliano abdicara. Defendió Querétaro durante el sitio liberal. Fue fusilado en el Cerro de las Campanas, al lado de del general Tomás Mejía y el propio Maximiliano.

**5** Mejía, Tomás. (1820-1867). Militar de carrera. Participó en la guerra contra los apaches (1841-44) y en la campaña contra la intervención norteamericana

(1847). Tras el triunfo de la Revolución de Ayutla (1854), se alzó en armas contra el gobierno liberal bajo el lema de “Religión y Fueros”. Durante la Guerra de Tres Años el bando conservador le otorgó el grado de general de división. Se adhirió a la Intervención Francesa y al Imperio. Fue fusilado al lado de Miramón y Maximiliano en el Cerro de las Campanas (1867).

**6** Refiérese a la región tabacalera oaxaqueña, en cuyas plantaciones, en su mayoría propiedad de españoles y cubanos, se hacía uso de mecanismos esclavistas.

**7** Refiérese a la región henequenera yucateca, en cuyas haciendas se hacía uso generalizado de mecanismos esclavistas.

**8** Alusión a la huelga de obreros textiles de esa población y otras aldeañas iniciada el 7 de enero de 1907. Acompañada de brotes insurreccionales fue reprimida ferozmente.

**9** Refiérese a la huelga de que estalló el 1 de junio de 1906, misma que fue reprimida por tropas norteamericanas irregulares.

## **El hierro y el oro**

El agua arrastró una chispa de oro y una partícula de hierro, depositándolas juntas en una grieta del arroyo.

Al ver a su vecino, el Oro sintió se herido en su orgullo aristocrático por la veleidad del Destino, que quiso colocarlo al lado de aquel despreciable metal.

—¡Aparta de mí, vulgar materia!, dijo; tu contacto me envilece.

El Hierro benemérito permaneció inmóvil como si nada hubiera oído.

—Retírate, hierro mustio, que soy el Oro; el metal espléndido que luce con destellos de gloria en la corona del monarca; que brilla con fulgores de estrella en las condecoraciones del militar; que resplandece como lumbre en el cuello exquisito de la dama aristocrática. Soy el metal ilustre que sólo conoce el roce de manos distinguidas o la caricia de las sedas del bolsillo del señor. Soy el oro conquistador de voluntades; ilusión del pobre; propiedad del rico; dueño del mundo; dios de los humanos...

—Me río de tu grandeza, le interrumpió el Hierro, si grandeza hay en ceñir la frente del tirano, o en adornar el pecho del asesino profesional o en realzar los encantos de la carne de una prostituta de alto rango. ¡Ja, ja, ja...! Me río de tu grandeza vana, metal inflado, cuya vanidad no se funda ni en el hecho de servir de mal clavo a un zapato viejo. La humanidad no te debe más que dolor, infortunio, guerra... Soy el Hierro, el metal oscuro que hace posible una buena cosecha; el metal modesto que sirve de base al maravilloso progreso industrial del mundo. No realzo el encanto de las carnes de la cortesana, ni constelo el pecho del militar, ni me tocan manos delicadas, ni siento las blanduras de la seda; pero cuando el trabajador me toma en sus rudas manos, el mundo se pone en movimiento, el progreso se echa a andar. Si desapareciera yo, la humanidad se sumergiría en la barbarie, daría un salto en las tinieblas. Soy el Hierro, el metal modesto del que están formados el martillo, la azada, la



máquina, el ferrocarril... vértebras, tendones, músculos y arterias de la civilización y del progreso. Cuando brillo en la hoja del puñal, tiembla el tirano; la Libertad sonrío si me presento en forma de bomba; el corazón del proletario se llena de esperanza cuando me acaricia en el gatillo del rifle vengador. Base de la civilización, promesa de libertad, eso soy yo.

El Oro, humillado, no habló más.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 209, 23 de octubre de 1915; p. 2.*

## **El triunfo de la Revolución Social**

Juan está de plácemes: acaba de ver en un diario la noticia, procedente de Washington, sobre que Carranza ha sido reconocido como jefe del Poder Ejecutivo de la República Mexicana. Abraza efusivamente a Josefa, su mujer; besa a su hijito y, gritando casi, dice:

—¡Ahora la paz será un hecho! ¡La miseria terminará! ¡Viva Carranza!

Josefa se queda con la boca abierta, mirando atentamente a su marido; no comprende cómo, por el mero hecho de subir al Poder un nuevo Presidente, pueda tener fin la miseria. Lanza una mirada circular por el cuarto, el cuarto de una vecindad del callejón del Tepozán, de la ciudad de México, y suspira. Todo lo que la rodea es miserable: las sillas de tule desfondadas; las hornillas del brasero, sin una raja de carbón; el camastro luciendo las sábanas, que ostentan dibujos caprichosos a manera de mapas, producto de los desahogos corporales del chiquitín; sobre la mesa inválida arde un cabo de parafina en el cuello de una botella surcada de arriba abajo por los espesos lagrimones del combustible derretido. Sin darse cuenta de que su mujer no le ha entendido, grita Juan:

—¡Una era de prosperidad y de libertad se abre ante el pueblo mexicano! ¡Viva Carranza!

Josefa abre desmesuradamente los ojos. Decididamente no comprende qué relación pueda haber entre la exaltación de un individuo al Poder y la muerte de la miseria, y se sumerge en hondas reflexiones, hasta que un piojo, el más hambriento tal vez de los innumerables que pueblan su cabeza, de un terrible piquete la vuelve a la realidad. Se rasca con furia, con ardor, con frenesí, al mismo tiempo que, con voz debilitada por los prolongados ayunos, dice a su marido:

—Podieras decirme, Juan, ¿qué es lo que los pobres vamos a ganar con la subida de Carranza a la Presidencia?

—Vamos, Josefa, ¿qué no entiendes todavía esas cosas? Vamos a ganar leyes que beneficien al trabajador; los que tengamos afición por los trabajos agrícolas, recibiremos tierras de manos del Gobierno; en fin, gozaremos de libertad y de bienestar.

En los labios de Josefa se dibuja una sonrisa que traduce la amargura de su corazón. Aunque pobre, había tenido oportunidad de leer algo sobre Historia de México, y recuerda que todos los presidentes, antes de alcanzar el alto puesto público, juraron, mil y mil veces, dedicar todos sus desvelos en favor del pueblo. Así rezan las proclamas de Iturbide, los manifiestos de Bustamante, los

bandos de Santa-Anna, y las proclamas, manifiestos, bandos y circulares de Zuloaga **4** y Comonfort **2**, de González **3** y de Díaz, de todos, en una palabra, incluyendo a Madero. Todos juraron hacer feliz al pueblo, y el pueblo fue desgraciado bajo todos ellos.

Una chinche camina lentamente a lo largo de la pared, como para matar el tiempo dando un paseo, mientras deciden acostarse aquellas pobres gentes, víctimas del sistema capitalista. Josefa la ve, y, con una destreza que deja adivinar una larga práctica, la embarra con la yema del dedo, dejando una huella bermeja en la pared. La mísera mujer lanza una mirada casi compasiva a su marido, mirada que parece decir: ¡pobre esclavo! ¿Hasta cuándo abrirás los ojos?

Juan está radiante de alegría, y, agitando el periódico por lo alto exclama:

—Orden constitucional, esto es, las garantías individuales, respetadas; las prerrogativas del ciudadano, sin trabas; justicia imparcialmente administrada; sufragio libre; no reelección; honradez en los funcionarios públicos, ¿qué más quieres, mujer? ¿Por qué pones cara de duelo?

Josefa replicó:

—Todo eso suena muy bonito; pero el pan, ¿quién nos dará el pan?

—¡Ja, ja, ja! Para esto tengo brazos, dijo riendo Juan y agrega: sólo los flojos, se mueren de hambre.

Josefa deja caer los brazos con desaliento. Decididamente —piensa— Juan es un perfecto borrego. Varios piquetes de piojos la hacen rascarse con desesperación hasta hacerse brotar la sangre. De repente se dejan oír repiques: son las campanas de la parroquia de Santa Ana; del rumbo de Tezontlale llega el rumor de gritos, el estallido de los cohetes, el repique de las campanas que todos los templos echaron a vuelo, mezclados con las notas triunfales de un pasodoble que ejecuta una banda militar, acaban por entusiasmar a Juan hasta el delirio, y, tomando su sombrero, se marcha a la calle a dar rienda suelta a su exaltación, gritando a voz en cuello: ¡Viva Carranza!

Son los trabajadores carrancistas que celebran el reconocimiento del gobierno de Carranza, extendido por los gobiernos extranjeros, representantes de sus respectivas burguesías.

\* \* \*

Ha pasado un mes, Juan trabaja, pero su situación no varía; su miserable salario apenas basta para que él, Josefa y el chicuelo no mueran materialmente de hambre. Las mismas sillas desfondadas; el mismo miserable camastro con sus mapas; la pobre mesa no ha podido ser jubilada; en el brasero no se cuece una buena sopa; las rajadas de carbón cuestan tanto como si fueran de oro; mayor número de estrías sangrientas en las paredes indican que las chinches no han perdido la costumbre de dar un paseo antes de comer; los piojos sacan lumbre a la pobre Josefa.

—¡Cuánto hemos ganado con el encumbramiento de Carranza! ¿Verdad, querido Juan? dice Josefa con cierta sorna.

Juan se rasca la cabeza atormentada por los piojos y la decepción: ¡él creía que Carranza en el Poder era tanto como abundancia en el hogar!. Sin embargo, no se da por vencido y exclama:

Es imposible que en un mes pueda un Gobierno hacer la felicidad del pueblo. Démosle tiempo para que pueda implantar las reformas que beneficiarán a las masas, y entonces ya veremos.

\* \* \*

Ha pasado un año. La condición de Juan es la misma de antes. Es cierto que los salarios son ahora más elevados; pero el dueño de la casa ha aumentado los alquileres de los cuartos; los comerciantes han subido los precios de los artículos de primera necesidad; la ropa es más cara ahora que lo era antes. No trabaja ahora más que ocho horas al día; pero en ese término tiene que hacer lo mismo, exactamente lo mismo que antes hacía en doce, catorce y aún dieciséis horas.

\* \* \*

Josefa tiene en las manos un ejemplar de *Regeneración*, que lee con marcado interés, y sólo abandona la lectura por instantes, cuando las picaduras de los parásitos hacen absolutamente indispensable la intervención de las uñas. Juan recorre el cuarto de arriba abajo visiblemente agitado, teniendo en una mano un cuadernito rojo, cuyo color es la única nota alegre en aquel oscuro pozo de miseria, de mugre y de tristeza: es el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911.

De repente Juan interrumpe sus paseos y, dándose una palmada en la frente, exclama:

—¡Qué majadero he sido, y conmigo todos los trabajadores que apoyaron a Carranza! Henos aquí en la miseria, en la última miseria, a pesar de que nos deslomamos en el trabajo lo mismo que antes de que se encumbrara ese viejo bribón. Lo de los repartos de tierras resultó ser la más grosera engañifa, pues hay que pagar el pedazo que le conceden a uno; lo de las leyes protectoras del trabajo no es más que protección al Capital, porque el burgués se da maña para desquitarse de alguna manera de lo que pierde en lo que se nos concede; lo del orden constitucional no aprovecha a los pobres que seguimos siendo, en virtud de nuestra miseria, los mismos parias de antes. ¡Muera Carranza!

—¡Muera todo Gobierno!— grita Josefa, agitando como una bandera el ejemplar de *Regeneración* que tiene en la mano.

—¡Viva la Anarquía!— grita Juan agitando el cuadernito rojo, de cuyas páginas brotan frescuras de juventud, efluvios de primavera, bálsamo de esperanza y radiaciones de sol para todos los que sufren, para todos los que suspiran, para todos los que arrastran su existencia en los negros abismos de la esclavitud y la tiranía...

Por primera vez el cuarto sórdido se ennoblece, porque sirve de abrigo a una pareja de leones y a un cachorro.

\* \* \*

Han pasado varios días. Las barricadas de la Capital ofrecen un aspecto formidable. Los barrios de la Merced, Curtidores y Manzanares, unidos, han levantado una barricada en dos horas. Hombres, mujeres, ancianos, niños y aun inválidos se habían puesto a la obra. El feo edificio del mercado de la Merced, ha proporcionado la mayor parte del material. Detrás de la barricada se encrespa un mar de sombreros de palma. Los huaraches y los toscos zapatones de los defensores, pisan enérgicamente la negra tierra, orgullosa ahora de servir de pedestal a una pléyade de héroes. Esperan por momentos el ataque de las fuerzas del Gobierno. Todo es actividad dentro de la barricada: las mujeres hacen hilas; los hombres limpian sus rifles; los niños reparten parque a aquellos campeones del proletariado. Una bandera roja ostentando en letras blancas esta inscripción: “Tierra y Libertad” sonríe al sol en lo alto de la barricada, enviando desde aquella cumbre su saludo a todos los desheredados del mundo. El proletariado de la Capital está en armas contra el Capital, la Autoridad y el Clero.

\* \* \*

Los proletariados del Rastro y San Antonio Abad no se muestran menos activos. Los matanceros afilan sus cuchillos, probándolos con la yema del pulgar. Las calles adyacentes al Rastro y la Fábrica de Hilados y Tejidos se encuentran desnudas de empedrado: todos los materiales han sido buenos para la construcción de la barricada; mesas, cacharros, pianos, vestidos, colchones, todo ha ido a caer en aquel montón de objetos en confusión horrible, para servir de resguardo a los nobles pechos de sus defensores.

Belén y el Salto del Agua, San Cosme y Santa María de la Ribera; San Lázaro y San Antonio Tomatlán; la Bolsa y Tepito; San Juan Nonoalco, Santa María la Redonda, la Lagunilla, todos los barrios populares de la populosa ciudad han vaciado sus vecindades, y sus moradores, embellecidos por el fuego revolucionario, se preparan a resistir el ataque de los esbirros carrancistas; las barricadas brotan de la tierra en un abrir y cerrar de ojos. La barricada de San Lázaro y San Antonio Tomatlán ostenta en su cumbre una bandera singular: es una enagua vieja, rasgada, mugrienta. ¡Es la bandera de la miseria! Es el harapo desafiando al mundo de la opresión y del privilegio. Mientras la hilacha no se desprende del cuerpo del proletariado, el señor está tranquilo, pero cuando aparece atada en la punta de un palo, el mundo se estremece.

\* \* \*

Pero si en todas las barricadas se nota entusiasmo, a la barricada de los barrios de Peralvillo, Santa Anna y Tezontlale, unidos, ninguna supera en actividad, entusiasmo, audacia y celo revolucionario. Juan y Josefá no se dan punto de reposo. Ennegrecidos por el polvo, se ven hermosísimos, sudorosos, jadeantes, recorriendo de arriba abajo la barricada, comunicando energía y entusiasmo a sus defensores. De repente un clamoreo formidable, seguido de descargas cerradas de fusilería y toques de clarín, se dejan oír por el rumbo de la Concepción Tequipehuca.

—¡Son los de la Bolsa y Tepito que se baten!—grita Juan arrojando al aire su sombrero.

Pocos instantes después el rugido de los cañones, el ruido de las descargas de fusil; el batir de los tambores; los gritos coléricos del clarín; los aires marciales de las bandas de música, se confundían en un solo estruendo en toda la ciudad: era que todas las barricadas estaban siendo atacadas a un mismo tiempo por las fuerzas carrancistas.

Juan y Josefa trepan a lo alto de la barricada, desde donde ven que una gruesa columna carrancista se aproxima a paso de carga por las calles de Santo Domingo.

—Ya se acerca el enemigo, camaradas —gritan a un mismo tiempo—, que cada quien escoja el lugar que más le acomode para la defensa de nuestro baluarte.

En un instante la barricada se corona de fusiles. El enemigo emplaza dos cañones en la bocacalle de Santa Catarina y las Moras, mientras parte de la columna continúa avanzando sobre la barricada que se encuentra en la bocacalle.

Una voz imperiosa sale de la columna que se encuentra ya a cien pasos de distancia de la barricada:

—En nombre del Supremo Gobierno, ¡rendíos!—dice.

—¡Viva Tierra y Libertad!, contestan los de la barricada.

Las descargas de fusilería se suceden rápidas por ambas partes; los cañones dirigen sus proyectiles al centro de la barricada, para abrir brecha; el humo satura la atmósfera hasta hacerla irrespirable; el ataque es furioso; la resistencia es formidable; los esbirros de Carranza acompañan sus disparos con palabras injuriosas; los proletariados, defensores de la barricada, cantan:

“Hijo del pueblo, te oprimen cadenas

Y esa injusticia no, puede seguir;

Si tu existencia es un mundo de penas,

Antes que esclavo, prefiere morir. 5 ”

Y las notas de ese himno magnífico; de ese himno común a todos los oprimidos del mundo; de ese himno que condensa los amargos martirios de la plebe y sus santas ansias de redención; de ese himno que es al mismo tiempo queja, protesta y amenaza, se esparcen a los cuatro vientos como una invitación hecha a la dignidad y al honor.

Al día siguiente los proletarios de la ciudad de México celebran el triunfo de la Revolución Social. El sistema burgués ha a muerto.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 209, 23 de octubre de 1915; p. 3.*

**2** Zuloaga, Félix María. (1813-1898). Militar. Combatió la Revolución de Ayutla (1854). Participó en las dos campañas contra los conservadores en Puebla y en diciembre de 1857 se pronunció contra la Constitución y se adhirió al Plan de Tacubaya, bajo cuyo triunfo fungió como presidente provisional de la

República (1858-1859). Fue responsable del fusilamiento de Melchor Ocampo. Durante el Imperio buscó sin éxito una alianza con los franceses.

**3** Comonfort, Ignacio (1812-1863) Militar y político. Participó en la guerra contra la invasión norteamericana. Secundó el Plan de Ayutla. Ocupó como interino la presidencia de la República (1855-1857). Fue el primer presidente elegido tras la promulgación de la Constitución de 1857, aunque reconoció el Plan de Tacubaya que la abrogaba. Despojado del poder abandonó el país. Durante la Intervención Francesa luchó y murió en el bando republicano.

**4** González, Manuel (1833-1893). Militar. Durante las guerras de Reforma formó parte del bando conservador. Jefe del Estado Mayor de Porfirio Díaz durante la guerra contra la Intervención. Se unió a las rebeliones y asonadas promovidas por su compadre Díaz. Presidente de la República (1880-1884).

**5** *Himno revolucionario anarquista* por R. C. R. (s.f.) Vid. infra. p. 317.

## La Huelga

Muerte gloriosa la de aquel día memorable en que los mineros se declararon en huelga. No murió, como mueren otros días, envuelto en una mortaja lívida, sino que le tocó en suerte que el sol le concediera las más suntuosas púrpuras en que él mismo se arropa cuando bondadoso se despide para ir a prodigar luz, calor y vida a otras regiones de su hija Tierra.

Los mineros habían adoptado aquel día resoluciones de importancia: no trabajarían más por el sueldo miserable que les pagaban las compañías; no era posible hacer una vida humana con aquellos salarios de hambre; ¡caramba! Se partía el corazón de ver a los chicuelos tripudos, liendrudos, correteando entre el polvo, hambrientos de golosinas y de pan, sin más distracción que la que es proporcionada por la mansedumbre del perro sarnoso que, sin chistar, sufría de ellos pellizcos y mordizcones en narices y orejas. No; aquello no podía continuar así, era preciso tomar una resolución enérgica; los zapatos de las mujeres parecían campechanas: los de los hombres recordaban al caimán, cuando tiene abiertas las mandíbulas para atrapar moscas; ¿y qué decir de los vestidos? Andrajos, verdaderos andrajos, color de ala de mosca, y que, si sus poseedores los hubieran abandonado, habrían caminado solos movidos por lo piojos; la situación no podía ser peor; en los jacales faltaba lumbre a las hornillas; la escasa boñiga que podía obtenerse, tenían que comprarla al amo de la hacienda cercana, y para no gastar mucho en combustible, menester era dejar “parados” los frijoles y no dar al nixtamal el “punto” requerido, de suerte que las tortillas resultaban indigestas. Total: que los mineros se habían declarado en huelga, pidiendo aumento de salario y disminución de la jornada de trabajo a ocho horas. Harto habían suplicado a las compañías porque se les atendiera en sus pretensiones y puesto que ellas se habían mostrado sordas, no suplicarían más: ahora dejaban el trabajo, ¡a ver quién ganaba!

Días después de aquel memorable que tuvo por mortaja las púrpuras del buen sol, los mineros se encontraban congregados con sus familias al pie de la

colina cubierta por la nopalera, gracias a la cual no habían perecido de hambre, pues aunque la Unión de Mineros pasaba una ración diaria de maíz y frijol a cada obrero, esta no bastaba para calmar las exigencias del estómago, y preciso era recurrir a las tunas, a los nopales y a las biznagas.

Los mineros parecían poseídos de una gran impaciencia: aguardaban al organizador de la Unión, y éste no llegaba. No faltaba quien murmurara: ¡claro está! como el organizador gana sus cinco pesos diarios y no está sujeto a la pobre ración que a nosotros se nos da, no tiene prisa en arreglar los asuntos de la huelga.

Los comentarios menudearon hasta que los gritos de ¡ya viene, ya viene allí! pusieron término a murmuraciones y comentarios; por el rumbo de Oriente un carruaje se aproxima a gran velocidad, llegando a los pocos momentos. De él descendió el organizador.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¡Viva la Unión! <sup>3</sup>/<sub>4</sub> gritó alguien.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> ¡Viva! <sup>3</sup>/<sub>4</sub> gritó aquella multitud de hombres, mujeres, ancianos y niños.

El organizador saludo y dijo:

<sup>3</sup>/<sub>4</sub> Compañeros: os traigo una buena noticia: el gobierno ha intervenido en este asunto de la huelga, y de hoy a mañana se celebrará una conferencia entre representantes de la Unión, del gobierno y de las compañías. Con el apoyo del gobierno ganaremos la huelga.

El entusiasmo que produjeron estas palabras fue grandísimo: los hombres arrojaban a lo alto sus sombreros de palma; las mujeres agitaban los rebozos como banderas saludando al triunfo; los chicuelos echaban machincuepas en el suelo polvoriento: los amigos se abrazaban; los hombres besaban a sus mujeres; por las mejillas ajadas de los viejos resbalaban lagrimas de alegría, ¡cuánto alivia la esperanza a los atormentados corazones!

\*\*\*

En el interior de los jacales reinan la tristeza y el desaliento. Hace un mes que el gobierno carrancista prometió intervenir en favor de los obreros, y hasta la fecha no se han sentido los efectos benéficos de dicha intervención. Las compañías no atienden las demandas de los trabajadores, y no ha faltado quien haya visto a uno de los funcionarios de la Unión, tomando alegremente unas copas de coñac con uno de los representantes de las compañías. ¿Será cierto <sup>3</sup>/<sub>4</sub> se preguntaban aquellas gentes sencillas, <sup>3</sup>/<sub>4</sub> lo que dice REGENERACIÓN, que el gobierno no puede ser el amparo del débil? Y los comentarios abundaban; seguramente que aquel periódico tenía razón; ¿no se estaba viendo con toda claridad que la famosa intervención del gobierno había sido una vil engañifa, para que los trabajadores no perdieran la paciencia?

En el jacal de Tomás, el heroico barretero cuyos barrenos eran famosos en toda la comarca, se celebraba un mitin. Treinta barreteros y rezagadores se encontraban presentes. Allí estaba Tumba-cerros, el barretero que se jactaba de haber desmoronado en su vida tantas rocas como las que forman la enorme mole del cerro de La Bufa; no faltaba El Tuso, rezagador que se vanagloriaba de haber vivido más en el interior de la tierra que en la superficie; Pata de Ala

estaba presente, lo mismo que El Muerte, El Tencuacho, y todos los que más se distinguían en aquellos campos por su carácter independiente y altivo. El jacal demasiado estrecho, apenas podía contener a la asamblea; apretados como sardinas en la lata, aquellos trabajadores no se quejaban de la apretura, ni hacían aprecio del calor sofocante. Estaban allí congregados para buscar los medios que habían de permitirles salir de la condición en que se encontraban con sus pobres familias. Tomás, que está al lado de su compañera Luisa, se pasa la mano por la frente para desembarazarla del sudor, tose y dice:

<sup>3</sup>/<sub>4</sub>Compañeros: mientras el trabajador no tome a su cargo la solución de sus problemas peculiares, siempre será la víctima del engaño y de la traición. Es necesario que hagamos a un lado esa mala costumbre que siempre hemos tenido de encomendar a otros la obra de nuestra emancipación, costumbre que ha dado como resultado la perpetuación de nuestra esclavitud. Recordad que siempre se nos ha engañado y traicionado.

Los trabajadores escuchaban atentamente las sencillas palabras de Tomás. El calor era intenso; las moscas se congregaban en las narices atascadas de mocos de un niño que dormía cerca de los tenamaxtles **2**. Tomás continúa:

<sup>3</sup>/<sub>4</sub>Tumba-cerros, El Tencuacho, El Muerte, El Tuso, y yo, tuvimos una conversación con el Presidente de la Unión. Le manifestamos que la ración que se nos da hoy no es ni la mitad de la que se nos daba al principio de la huelga, y que por lo mismo, si entonces no bastaba esa ración para mal comer, menos bastaba hoy. Le dijimos que, en nuestro concepto el paso que debería dar la Unión era declarar que las minas y las fundiciones fueran propiedad de los trabajadores, para que nosotros operásemos la industria por nuestra cuenta, y que, en seguida, nos pondríamos de acuerdo con los trabajadores de las demás industrias para que siguieran nuestro ejemplo y unidos todos los productores regulásemos la producción sobre nuevas bases; las de las necesidades publicas y no más las del lucro personal de los que se dicen dueños de ellas, y que, por lo que al consumo respecta, cada quien tomaría lo que necesitase de las bodegas y almacenes de la comunidad. El Presidente se rió en nuestras barbas declarando que éramos unos necios; que eso no era otra cosa más que anarquismo y nos aconsejó que no leyéramos el periódico obrero llamado “Regeneración.” Insistimos en que lo que exponíamos era lo justo, y volvió a reírse de nosotros, acabando por fin por enfadarse y mandarnos a paseo.

Tomás aspira con fuerza el aire envenenado que circula en el interior del jacal; se escuchan algunas toses; El Muerte se suena estrepitosamente con los dedos y se limpia en los calzones; al estrépito, se alarma la gallina que Luisa tiene empollando en un cajón, y cloquea; el perro lanza un gruñido; las moscas zumban; El Tuso está atareadísimo escarbándose con el índice las fosas nasales; Pata de Ala se rasca la cabeza. Tomás prosigue:

<sup>3</sup>/<sub>4</sub>Ahora, compañeros, debemos tomar una determinación. Por lo que os he expuesto, se comprende que los funcionarios de la Unión, al mermarnos las raciones, cuando ellos tienen su mesa bien puesta, están de acuerdo con las compañías para hacernos rendir por hambre.



<sup>3</sup>/<sub>4</sub>¡Eso nunca!<sup>3</sup>/<sub>4</sub>grita una voz que parece haber sido hecha a propósito para servir de trueno en las tempestades revolucionarias. <sup>3</sup>/<sub>4</sub>¡No nos rendiremos!

El jacal se estremece a la vibración de aquella voz de tormenta; las moscas, espantadas, abandonan por un momento las narices del chamaco y revolotean, zumbando, para volver a prenderse de ellas, fastidiosas y tercas.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub>A la expropiación!<sup>3</sup>/<sub>4</sub>grita otra voz que por su timbre, parece haber sido reproducida por todos los dolores, por todas las amarguras, por todas las cóleras acumuladas por siglos de esclavitud en el pecho de los pobres.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub>¡Viva el Partido Liberal Mexicano!<sup>3</sup>/<sub>4</sub>gritó El Tuso, en cuyos ojos ardía un fuego sagrado.

<sup>3</sup>/<sub>4</sub>Viva ¡Tierra y Libertad!<sup>3</sup>/<sub>4</sub>gritó Tomás, y la asamblea entera, como si sus componentes se hubieran puesto de acuerdo para ello, canta delirante las viriles estrofas de la Marsellesa Anarquista:

“No más al amo gobernante;

Por vil salario queremos servir;

Ya no más la limosna humillante;

Ya no más suplicar ni pedir.”

Y los treinta proletarios se echan fuera del jacal cantando, gritando, llorando unos de emoción... ¡Al fin iban a emanciparse los esclavos! El sol besó amoroso las frentes de aquellos héroes que marchaban de frente a la expropiación.

\*\*\*

A los diez minutos, aquel pequeño grupo de anarquistas estaba reforzado por más de quinientos proletarios, hombres, mujeres, ancianos, niños, hasta los enfermos que abandonaban sus lechos para arrastrarse en pos de aquella masa ansiosa de ser libre. Dos horas más tarde, diez mil proletarios se encontraban reunidos al pie de la colina donde les había hablado el organizador hacía poco más o menos un mes.

No hay para que decir que el organizador de la Unión brillaba por su ausencia. Por lo demás, ningún parásito puede existir cuando son los trabajadores los que toman por su cuenta la obra de su emancipación. Todos hablaban en voz alta; cada cual se sentía libre. No había allí ningún redentor ante quien inclinarse: todos eran redentores.

En menos de una hora, todos se pusieron de acuerdo: los trabajadores de las minas, volverían al día siguiente al trabajo a trabajar por su cuenta y no más para las compañías; los trabajadores de las fundiciones, harían otro tanto; comisiones de mineros y de fundidores salieron inmediatamente a invitar a los campesinos, a los tejedores, a los sastres, a los zapateros, a los panaderos, a los trabajadores de todas las industrias a que imitarán tan noble ejemplo, y se obró con tal actividad y energía que cuando Carranza quiso enviar tropas para proteger a los capitalistas, la expropiación ya había triunfado y los soldados no se atrevieron a atacar a aquella masa de seres emancipados, dispuestos todos a perder la vida mejor que continuar arrastrando una existencia llena de humillaciones.

2“Entre los indígenas y gente pobre, cada una de las tres piedras que componen el fogón y sobre las cuales se coloca la olla, el comal, etc., para cocinar o cocer.” Francisco J Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*.

### **La prensa y el carácter de imprenta.**

En un rato de descanso, la prensa y el carácter de imprenta se contaron sus cuitas.

—¡Ah, hermano tipo, cuánto he sufrido en mi ya larga vida!, dijo la prensa suspirando; —entre los esclavos de hierro que nos llamamos máquinas, pocos hay tan desgraciados como mis hermanas las prensas.

El tipo suspiró a su vez, preso en la negruzca caja:

—¡Ay, hermana prensa, entre los utensilios que tienen el honor de ser tocados por las manos virtuosas y heroicas del obrero, pocos se han sentido tan humillados como yo!

Hubo un momento de silencio, en que pareció que la prensa y el tipo meditaban. Por fin, habló la prensa:

—Yo me he visto obligada a imprimir las mayores indignidades.

Escritores sin conciencia me han hecho estampar adulaciones al tirano. Entonces, con toda la fuerza de mis músculos de hierro me he resistido a correr para no tener que imprimir tales vilezas; pero el motor me impele furioso y mis articulaciones de acero tienen que ceder al impulso, chirriando, que es la única forma de protesta de una máquina ultrajada en su dignidad.

—Cuántas veces, —dijo el tipo— al ver el manuscrito del escritor burgués, he querido salirme de la caja, escapar de entre los dedos ágiles del cajista, para no verme obligado a sumarme con mis hermanos en una frase destinada a halagar al poderoso.

De nuevo volvió a hacerse el silencio, como si la prensa y el tipo se hubieran abismado en amargas reflexiones.

Un suspiro de la prensa, sacó al tipo de sus cavilaciones. Dijo la prensa:

—Misión singular es la nuestra, en verdad, amigo tipo. Somos veneno que produce la muerte y al mismo tiempo elixir de vida, según las manos en que nos encontramos; educamos y embruteceamos; de nosotros sale el pensamiento audaz que destruye altares, quiebra cetros, rompe cadenas, y que abriéndose entre la multitud de soles que pueblan el espacio, toma por el cuello a los dioses que fabricó la ignorancia, para arrastrarlos, temblando como culpables ante el tribunal de la Diosa Razón.

—Sí— dijo el tipo con exaltación—, ¡misión singular es la nuestra! Somos luz y somos tinieblas; vehículo de progreso y arma de retroceso. En manos del anarquista, somos antorcha y somos faro; en manos del burgués, proyectamos sombra sobre la conciencia de las masas populares. Somos el

índice que señala a la humanidad el camino de su redención, como también somos abismo abierto en las tinieblas al paso de los pueblos.

La entrada de los operarios al taller, puso fin a tan interesante conversación.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 210, 30 de octubre de 1915; pp. 1 y 2.*

## **La levita y la blusa**

En el mismo muladar fueron a caer la levita aristocrática y la plebeya blusa.

—¡Qué asco!, ¡qué humillación!—dijo la levita mirando de soslayo a su vecina—. Yo al lado de una blusa...

Una ráfaga de viento echó una de las mangas de la blusa humilde sobre la arrogante levita, como si su intención hubiera sido reconciliar en aquel sitio igualitario, por medio de un abrazo fraternal, dos prendas que tan distanciadas se encuentran en la vida social de los humanos. —¡Horror!—gritó la levita—; ¡tu contacto me asesina, inmundo trapo! En verdad que tu audacia es inaudita. ¿Cómo te atreves a tocarme? ¡No somos iguales! Yo soy la levita, la noble prenda que abriga y da distinción al señor; soy la prenda de tono que sólo conoce el roce de las personas decentes; soy la prenda del banquero y del profesionista, del legislador y del juez, del industrial y del comerciante; yo vivo en el mundo de los negocios y del talento. Soy la prenda del rico, ¿sabes?

Otra ráfaga de viento separó de la levita la manga de la blusa, como si ésta, indignada, se hubiera arrepentido de haber abrigado por unos instantes sentimientos fraternales para con aquel trapo pretencioso y, procurando contener su cólera, la blusa dijo:

—Lástima me das, trapo orgulloso, envoltura de seres vanos y malvados. Vergüenza deberías tener de haber abrigado a los rufianes de guante blanco. Me habría muerto de horror si hubiera sentido debajo de mí los espantosos latidos del corazón de un juez; me habría sentido deshonrada cubriendo la panza del comerciante o del banquero. Soy la prenda del pobre. Debajo de mí late el corazón generoso del obrero; del trasquilador que quita a la oveja la materia prima de que estás compuesta; del tejedor que la convirtió en tela; del sastre que la hizo levita. Soy el abrigo de seres útiles, laboriosos y buenos. No visito palacios, pero vivo en la fábrica, frecuento la mina, asisto al taller; voy al campo; me encuentro siempre en los lugares donde se produce la riqueza.

No se me encuentra en salones dorados ni en lujosos gabinetes, donde se derrocha el oro que se ha hecho sudar al pobre, o donde se pacta la esclavitud del desheredado; pero se me halla en el mitin libertario, donde la palabra profética del orador del pueblo anuncia el advenimiento de la sociedad nueva; se me ve en el seno del grupo anarquista, dentro del cual preparan los buenos la transformación social. Y mientras tú, ¡prenda fatua! te revuelcas en la bacanal y la orgía, yo me cubro de gloria en la trinchera o desafío al esbirro en la barricada y el motín cuando se lucha por la libertad y la justicia. Pero ha llegado el momento en que tú y yo tenemos que librar un duelo a muerte. Tú representas la tiranía; yo soy la protesta; frente a frente estamos el opresor y el rebelde, el

verdugo y la víctima. En la balanza de la civilización y del progreso peso más que tú, porque a mí se me debe todo. Yo muevo la máquina, perforo el túnel, abro el surco... ¡Hago la Revolución! ¡Impulso al mundo!

Un traperero dio fin al pleito, poniendo las prendas en sacos diferentes, que llevó a cuestras hasta su covacha.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 211, 6 de noviembre de 1915; p. 2.*

## **La libertad burguesa**

I

Son las once y media de una noche invernal del Valle de México, en que parece que, de un momento a otro, va a realizarse el prodigioso espectáculo de la caída magnífica de todas las estrellas en una lluvia de diamantes.

Los barrios de la Capital duermen el mismo sueño pesado de sus moradores, gente laboriosa que pasa las horas todas de los bellos días mexicanos en la penumbra de los talleres y de las fábricas, amasando la riqueza del burgués, y las noches espléndidas en las tinieblas de sus viviendas, más que humildes, misérrimas. Ni un transeúnte en el barrio de Santiago Tlatelolco, con excepción de la presencia fugaz, por sus calles polvosas, de la patera que pasa anunciando su mercancía en un canto melancólico, cuyas cadencias parecen encerrar las tristezas, las amarguras, los tormentos de una raza mártir: “Paaatooo cooociiido, toortía con chiii...”

Hace frío; en las bocacalles parpadean las linternas de los “tecolotes”; un hombre da golpecitos, al parecer convencionales, a la puerta mugrosa de una accesoria de la calle del Puente de Tres Guerras; la puerta se abre como una boca enorme que bosteza en las tinieblas, y un olor de miseria sale del interior; el hombre entra resueltamente y la puerta se cierra tras él.

II

Aquella accesoria es la vivienda de Melquiades, el obrero tejedor, donde se encuentran reunidos veintidós trabajadores. Al entrar el recién llegado, todos se apresuran a estrecharle la mano. ¡Cuánto había tardado! Ya estaban desesperados; algunos ya se habían marchado a sus casas. El recién llegado explica lo mejor que puede el motivo de su tardanza: había tenido que salir de la ciudad al arreglo de asuntos importantes del sindicato obrero, del que es organizador. En un rincón, dos obreros sentados en cuclillas hablan en voz baja.

—Te puedo apostar, “mano”, que ése ha pasado el tiempo en el lupanar, y viene a contarnos ahora que ha andado fuera de la ciudad en asuntos de su sindicato. Ése viste bien, come mejor, no se desloma como nosotros, porque gana su buen sueldote como organizador. Ese ya está emancipado. ¿Qué puede importarle nuestra suerte? ¿Crees que pueda sentir como siente el trabajador el funcionario de un sindicato obrero? Él sabía que iban a ser tratados aquí asuntos importantísimos para la suerte de la clase trabajadora, y, sin embargo, viene tarde. Bien se ve que no tiene prisa en que nosotros nos emancipemos, porque si nos emancipamos, ¡al demonio se irá la unión por innecesaria!, y los funcionarios de ella tendrán que trabajar para vivir, como cualquier mortal lo

hará cuando hayamos logrado derribar el sistema que nos aplasta. —Tienes razón, “manito”, dice el otro—; el funcionario de una unión o sindicato siente como burgués, y, por lo tanto, tiene interés en que se retarde nuestra emancipación.

Todos hablan al mismo tiempo, reanimados con la llegada del organizador. El tiempo vuela, hay que arreglar el asunto que se tiene entre manos. Melquiades levanta el brazo derecho como para indicar que tiene algo que decir. Se hace el silencio. Melquiades se aprieta el ceñidor, escupe y dice con una entonación de voz que refleja la sinceridad de un noble corazón proletario:

Compañeros: como os explicamos en la circular que os enviamos los miembros del Grupo “Humanidad Consciente”, este mitin tiene por objeto determinar qué actitud debemos asumir los trabajadores ante la falta de cumplimiento de las promesas que nos hiciera el Partido Constitucionalista **2** cuando ese partido aspiraba al Poder y necesitaba de nuestra ayuda, ayuda que consiguió, pues muchos miembros de la clase trabajadora derramaron su sangre en los campos de batalla por la bandera constitucionalista, y muchos, también, acudieron a los comicios a depositar su boleta electoral a favor de Carranza.

Pues bien, compañeros: hace mucho tiempo que tenemos gobierno carrancista y todo sigue lo mismo que antes de la Revolución, o mejor dicho, todo sigue peor que antes, porque ahora pesa sobre los hombros del trabajador no solo la antigua deuda nacional, sino la nueva deuda, la contraída con los banqueros de los Estados Unidos para consolidar el gobierno carrancista, sin contar los centenares de millones de pesos que estamos pagando como indemnización a los burgueses nacionales y extranjeros que sufrieron perjuicios durante la Revolución. La miseria es extrema; la tiranía es peor que la que existía cuando dominó el odioso tirano Porfirio Díaz. En concepto de los trabajadores que formamos el Grupo “Humanidad Consciente”, lo que se necesita es secundar el hermoso movimiento de los que no abandonaron las armas cuando subió al poder Venustiano Carranza, y que luchan al grito de ¡Tierra y Libertad! ¡Sí, compañeros; adoptemos los principios del Partido Liberal mexicano y hagamos nuestro el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911! ¡A la tiranía respondamos con la barricada; al hambre, con la expropiación! ¡Rebelémonos!

La audiencia se estremece; unos, de miedo; otros porque aquella incitación directa a la violencia, como único medio para hacer efectivo un derecho, responde a deseos y a ideas acariciadas en secreto; pero nadie materializa con un sí ni con un no su aprobación o desaprobación. El “tecolote” de la esquina inmediata lanza al viento su silbato de alerta, y a ese silbato siguen otro y otros más de todos los “tecolotes” del barrio y de todos sus colegas de la enorme ciudad. El perro de la accesoria vecina, donde hay un velorio, aúlla lúgubrementemente; un castaño, embozado hasta los ojos, pasa anunciando su mercancía con una voz que delata al aguardiente. Aunque nuestros hermanos de la accesoria no se dan cuenta de ello, las estrellas guiñen el ojo a nuestra madre Tierra en un parpadeo obstinado. El organizador, pálido, convulso, no sabe si

tanto por el miedo de perder su posición privilegiada como por los efectos de su devoción a la parranda y a la orgía, o por ambas causas a la vez, exclama:

—¡Caramba! ¿Qué es lo que estoy oyendo? En verdad que te creía más sensato, Melquiades. Nunca la violencia ha dado otro fruto que sangre, lágrimas, dolor, luto. Puedo apostar a que has leído un maldito periódico que se llama REGENERACIÓN, escrito por renegados, por embaucadores, por malos mexicanos, por despechados viles, por traidores a la patria, por explotadores, por bribones, por canallas que están engordando a expensas de los imbéciles que les llenan de oro los bolsillos, por cobardes que no tienen el valor de venir aquí a publicar un periódico anarquista o de ingresar a cualquiera de esas gavillas de bandidos que ellos aseguran, sin probarlo, que siguen sus principios. ¿Quién los conoce aquí?

¡Nadie! Un ruido, como el que produce una hoja de papel al rozar en el suelo, hace que cerca de medio centenar de ojos se vuelvan hacia la puerta. En el piso hay un papel, un papel que aparece en escena para representar su papel. Uno de los del mitin lo toma en sus manos: ¡es REGENERACIÓN! El periódico odiado por todos los falsarios; la hoja insigne temida por todos los tiranos; la publicación excelsa que es a la vez, alimento para el bueno, veneno para el malvado. Una mano abnegada había deslizado el periódico por debajo de la puerta. Al frente del periódico se admira un dibujo de Nicolás Reveles **3**, el artista ácrata, modesto, talentoso, rectilíneo en sus concepciones porque no se aparta del ideal anarquista. La hoja pasa de mano en mano, admirando todos la inspiración de Reveles. El organizador arrebató de las manos de uno de los trabajadores el periódico incendiario, y alzando los ojos al techo, desde donde algunas arañas atisban el acto entre medrosas y picadas por la curiosidad, exclama más pálido aún:

—¡No deja de haber propagandistas de las malas causas! La aparición de este periódico aquí, en estos momentos, revela que hay algún elemento magonista en la ciudad, que obra en cambio del oro que recibe de Los Ángeles. ¿No lo creéis ahora? Esos hombres están riquísimos, y lo prueba el hecho de que hay miserables que por unos cuantos centavos se atreven a distribuir esta hoja infame. Compañeros: ¡nada de violencia! Todo lo podemos conseguir dentro de la ley, por la vía pacífica. Cuando haya en nuestros sindicatos tres millones de trabajadores unidos, entonces podremos adoptar resoluciones más enérgicas. Además, la clase trabajadora no está todavía capacitada para aprovechar ni las reformas que nuestro Gobierno tanto se afana por implementar. Todavía más, compañeros: la actitud de esos bandidos que han quedado con las armas en la mano, no da una oportunidad al Gobierno para que pueda hacer buenas las reformas que ofreció. Os invito a que organicemos una manifestación pública que recorra las principales calles de nuestra ciudad, pidiendo, de una manera pacífica y ordenada, la pronta realización de todas las reformas ofrecidas por el movimiento constitucionalista. Así demostraremos al mundo entero que el obrero mexicano es culto.

Todos, con excepción de Melquiades y de los dos obreros del rincón, que en cuclillas murmuraban, aplauden a rabiar al organizador. La causa de la insurrección, como medio de qué valerse para arrancar de las manos de los verdugos del pueblo el pan y la libertad, estaba perdida, al menos por el momento. Sentimientos pacifistas, ideas pacifistas predominan en el ambiente caracterizado todavía ayer por la rebeldía y la protesta. Es el flujo y el reflujo de la Revolución; es la retirada momentánea de la onda revolucionaria, para regresar poco después, encrespada, magnífica, a dar un golpe más a la roca de la costa hasta lograr desmoronarla.

Melquiades, indignado, se arregla la faja, una de cuyas puntas le llegaba ya a los talones; lanza una mirada de desprecio en torno suyo, mirada que responde perfectamente a la idea que se ha formado de aquellos hombres, y que podía traducirse de este modo: ¡borregos! Escupe con rabia al suelo, y desembarazándose la frente de un mechón que la cubría, grita:

—Yo solamente he encontrado una clase de hombres que odian a REGENERACIÓN, y esos son los bribones. Todo aquel que lucha con desinterés por la emancipación humana, ama a REGENERACIÓN. Los miembros del Partido Liberal Mexicano no somos magonistas: somos anarquistas.

Todos discuten en voz alta, y el tiempo vuela, vuela, vuela. Son las seis de la mañana. El grito de ¡ja-le-tinas!, dado por un hombre que pasa a lo largo de la pared de la calle, hace que aquellos hombres se miren sorprendidos. Es demasiado, hay que disolver la reunión. Al fin ya todo está arreglado: en vez de la barricada vengadora y redentora, la protesta borreguil en forma de parada o procesión por las calles. Todos se marchan, con excepción de Melquiades y los dos obreros que murmuraban en el rincón sentados en cuclillas. Los tres anarquistas se miran con tristeza, mueven lentamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, mientras por sus mentes pasa esta idea: éste es el lastre maldito que los trabajadores avanzados estamos condenados a arrastrar y que tanto retarda el triunfo del Ideal.

### III

Como se aprobó, la manifestación tiene lugar. Desde, las nueve de la mañana todo ha sido andar calles y calles. No ha habido incidentes mayores: todo se ha reducido a miradas burlonas sobre los manifestantes, lanzadas por los burgueses desde sus tiendas, bancos y casinos, miradas que sin duda querían decir: ¡pobres diablos! Podemos seguir cortándoles la lana por algún tiempo: ¡vivamos tranquilos!

### IV

Son las doce del día; el sol brilla en todo su esplendor, que es privilegio del cielo mexicano estar de gala alegre, risueño, amable, cuando otros cielos languidecen opacos, mustios, tristes como un corazón que siente hambre de amor y de ternura.

La procesión es larguísima. La cabeza asoma por la esquina Norte del Portal de Mercaderes, y todavía no sale la cola de la glorieta de Cuauhtémoc. Es

aquel gentío un río caudaloso en marcha hacia no se sabe qué oscuro destino. El sol, su inmensa bondad, juega con los colores de los estandartes; el conjunto de las cosas es alegre; pero los rostros de los manifestantes no revelan alegría; no parece, por la expresión de las caras, que aquellos trabajadores marchen a la conquista de un bien: es que tal vez, en lo íntimo de aquellos corazones, se siente que se marcha, no a conquistar la vida, sino al entierro de una ilusión.

La procesión marcha frente a la Catedral hasta llegar frente a la puerta Mariana del Palacio Nacional, donde la cabeza tuerce sobre su derecha y continúa la marcha frente al Palacio, donde se oculta el crimen en forma de gobierno para expedir sus decretos de opresión y de infamia. La cabeza está para alcanzar la esquina de la calle de Flamencos y portal de las Flores, cuando unos soldados de a caballo se paran enfrente de la procesión, interceptando su paso. Los manifestantes que vienen atrás, chocan contra los que van adelante al detener éstos su marcha. Un sordo murmullo de admiración y de sorpresa brota de aquella serpiente humana. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué significa aquello? La fantasía da vuelo a sus oropeles, y las suposiciones se multiplican como larvas en un estercolero. Es que Venustiano Carranza ha invitado a los directores obreros a conversar con él y conceder todo lo que se pide. Esta suposición es la que alcanza el favor general. Pero veamos lo que ocurre a la cabeza de la procesión.

## VI

El oficial de los soldados pregunta a los que van a la cabeza quién les dio permiso para organizar aquella manifestación. Los que escuchan la pregunta se alarman. ¡Cómo!, pues, ¿qué no había triunfado la Revolución y con ella las libertades políticas del ciudadano? ¿Para qué necesitaban permiso si se trataba del ejercicio de un derecho amparado por la Constitución?

No valen razones; el oficial ordena que se disuelva esa manifestación; algunos protestan y lanzan mueras a la tiranía; las aspilleras del Palacio Nacional se coronan de humo, y se escucha el ruido de una descarga cerrada sobre aquella multitud de trabajadores. Las descargas se suceden rápidamente, como si hubiera sed de matar, de acabar con los productores de la riqueza social, de los trabajadores sencillos que no tuvieron fuerzas para levantar la barricada y morir como leones, y se prestaron a una farsa en la que perecieron como carneros.

La bandera tricolor flota orgullosa prendida de su mástil, presidiendo la hecatombe.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 211, 6 de noviembre de 1915; p. 3.***

**2** Referencia genérica a los aparatos políticos asociados al Ejército Constitucionalista encabezado por Venustiano Carranza. El Partido Liberal Constitucionalista se constituyó a fines de 1916.

**3** Reveles, Nicolás. (¿?- 1947). Dibujante zacatecano radicado en Los Ángeles, Calif. *Regeneración* publicó sus grabados entre el 8 de octubre y el 11 de



diciembre de 1915, entre otros, *La libertad burguesa*, *El azote del débil*, *Todo por la patria*, *La ley contra el derecho de vivir*, *El genio aprisionado* y *Los zánganos*. Diseñó, también, los decorados de la obra de teatro de RFM *Tierra y Libertad* (1916) e ilustró *Verdugos y víctimas* (1918).

## Vida nueva

—¿Qué hacemos ahora?— se preguntan los trabajadores, no sin cierta inquietud.

Acaban de tomar la ciudad a sangre y fuego. No quedan en ella ni un burgués, ni un sacerdote, ni un representante de la Autoridad, pues quien no pende de un poste telegráfico, yace en la tierra, mostrando al sol sus gordas carnes muertas, porque estos audaces trabajadores comprenden que, si se deja escapar uno solo de estos parásitos, no tardará en regresar a la cabeza de una nube de mercenarios para darles, en la sombra, un golpe por la espalda.

—¿Qué hacemos ahora?— y la pregunta angustiosa es repetida por mil y mil labios convulsos, porque estos hombres, que no temen la metralla y saludan con entusiasmo el rugido del cañón que les envía la muerte en cada bala, se sienten tímidos en presencia de la Vida, que se les ofrece espléndida, bella, buena, dulce.

Los hombres se rascan la cabeza entre pensativos y huraños; las mujeres muerden la punta del rebozo; los chicos, libres en su inocencia de las preocupaciones de los grandes, aprovechan de la ausencia del gendarme ido para siempre, e invaden fruterías, y por primera vez en su vida satisfacen, hasta el hartazgo, sus pueriles apetitos.

\* \* \*

Ante aquel espectáculo, la multitud se agita: son los niños quienes, en su candor, están enseñando a los grandes lo que se debe hacer. Más natural el niño, para obrar, como que su inteligencia no está corrompida por las preocupaciones ni los prejuicios que encadenan la mente de los grandes, hace lo que es justo hacer: tomar de donde hay. La multitud se mueve, y en sus vaivenes remeda un mar de sombreros de petate. El sol, nuestro padre, al besar los andrajos de la plebe dignificada, deja, generoso, en ellos, parte de su luz, de su oro, de su belleza, y aquellos trapos son banderas alegres de victoria.

En medio de aquel mar surge un hombre que parece el más viril de un barco en marcha hacia la Vida. Es Gumersindo, el campesino austero a quien se le acaba de ver en los lugares de mayor peligro con su guadaña en alto, segadora de cabezas de malvados, y símbolo, a la vez, del trabajo fecundo y noble. Gumersindo se tercia el sarape; la multitud calla; se puede oír la respiración de un niño. Gumersindo, emocionado, dijo:

—Los niños nos dan el ejemplo. Imitémosles. Lo indispensable es comer; que sea esa nuestra primera tarea. Tomemos de las tiendas y bodegas lo que necesitemos hasta saciar nuestro apetito. Compañeros: a comer por primera vez a nuestro gusto.

En un abrir y cerrar de ojos la multitud invade tiendas y bodegas, tomando cada quien lo que necesita; en otras secciones de la ciudad ocurre lo mismo, y por primera vez en la historia de la población no hay un solo ser humano que no satisfaga las necesidades del estómago. Una gran alegría reina en toda la ciudad. Las casas están vacías: todo el mundo está en la calle; bandas de música improvisadas recorren las calles ejecutando aires alegres; todos se saludan y se llaman hermanos, aunque pocas horas antes ni se conocían; se baila en plena calle, se canta, se ríe, se grita, se chancea fraternalmente; se retoza a los cuatro vientos: ¡se acabaron los tiránicos reglamentos de policía!

\* \* \*

La noche llega; nadie piensa en dormir; la fiesta de la Libertad continúa, más alegre si cabe. Desorganizado el servicio municipal por la desaparición del principio de Autoridad, hombres y mujeres de buena voluntad atienden el servicio del alumbrado público; desembarazan de cuerpos muertos las calles, y todo se hace alegremente, sin necesidad de órdenes superiores ni de reglamentos carcelarios. Ya despunta el nuevo día, y la fiesta, la gran fiesta de la Libertad no ofrece indicios de que va a terminar, ¿y para qué? La muerte de siglos de opresión merece ser celebrada, no con unas cuantas horas de expansión, ni con un día, hasta que el cuerpo, rendido del exceso de placer, reclame reposo.

\* \* \*

Mientras la población entera está entregada a los placeres, placeres que jamás había soñado, los compañeros del grupo “Los Iguales”, compuesto de hombres y de mujeres, trabaja día y noche.

Apenas duermen los nobles constructores del nuevo orden social. Sucios, barbados, abotagados por el continuo velar, véseles, sin embargo, activos, entusiastas, valientes. Sobre sus hombros descansa la gigantesca tarea de construir sobre los escombros de un pasado de esclavitud y de infamia. Aprovechan la sala de cabildos del extinto Ayuntamiento para celebrar sus sesiones. Ramón, el peón ferroviario, habla con entusiasmo, casi no ha dormido durante cinco días, desde la toma de la ciudad por las fuerzas proletarias. Está radiante; su cuadrado rostro bronceado, en el que se leen la franqueza, la resolución, la audacia, la sinceridad, resplandece como si detrás de la oscura piel ardiera un sol. Suda; sus ojos brillan intensamente, y entre otras cosas dice:

—Por fin se divierte el pueblo; por fin se desquita de miles de años de dolor; por fin conoce los placeres de la vida. Gocemos con su dicha, como el padre se recrea viendo jugar a sus hijos. Que gocen nuestros hermanos, hasta que los rinda el placer. Entretanto nosotros laboremos: concluyamos los planes de reconstrucción social.

Las notas alegres de un vals que suben de la calle, hacen que todos los rostros se vuelvan hacia las ventanas. Termina el vals, y le sigue una explosión de gritos, silbidos, carcajadas y ruidos de toda especie, producidos por toda clase de objetos que se hacen chocar unos contra otros.

—El pueblo se divierte —dice Ramón—; trabajemos nosotros.

Y los hombres y las mujeres del grupo “Los Iguales” prosiguen sus labores.

\* \* \*

Han pasado diez días desde que las fuerzas proletarias tomaron la ciudad, y la población entera descansa de las fatigas de una semana de placer en celebración de la Libertad. Grupos numerosos de proletarios se reúnen en las plazas preguntándose unos a los otros qué sería bueno hacer. Los compañeros del grupo “Los Iguales” han terminado sus planes de reconstrucción social, y tienen fijados anuncios en las esquinas de las calles, por los cuales invitan a los habitantes de las diversas secciones de la ciudad a que se reúnan en determinado sitio de cada sección para tratar asuntos de interés común. Todos acuden al llamado, pues todos están ansiosos de hacer algo. Para muchos el porvenir es incierto; para otros el horizonte es limitado; no faltan quienes creen que la cólera del cielo se descargará pronto sobre los hombres que ajusticiaron a los sacerdotes; el temor a lo desconocido es genial; la inquietud comienza a murmurar...

Los compañeros del grupo “Los Iguales” se encuentran repartidos en las distintas secciones de la ciudad, y en lenguaje sencillo explican al pueblo las excelencias del comunismo anarquista. La gente se arremolina. No quiere palabras: quiere hechos. Tiene razón: ¿se le ha engañado tanto! Pero no: esta vez no se trata de un engaño, y los oradores exponen con toda claridad lo que se debe hacer desde luego, sin tardanza, sobre la marcha. Lo primero que hay que hacer es indagar, con la mayor exactitud posible, el número de habitantes que hay en la ciudad; hacer un inventario minucioso de los artículos alimenticios y vestuario que existan en los almacenes y bodegas, para calcular qué tanto tiempo podrá alimentarse y vestirse la población con los efectos que se tienen a la mano.

El problema de los alojamientos ha quedado resuelto en parte durante los días de fiesta de la libertad, pues los mismos habitantes de la ciudad, por propia iniciativa, se alojaron en las residencias de los burgueses y de los parásitos de todas descripciones, desaparecidos ya para siempre. Quedan muchas familias habitando todavía casuchas y cuartos de vecindad; pero al oír esto, saltan al frente los albañiles diciendo que allí están ellos para hacer tantas casas cómodas y bonitas como fueran necesarias. Ellos mismos, desde luego, sin necesidad de nadie que se los ordene, nombran comisiones para que se encarguen de ver qué número de casas es preciso construir sin tardanza para aquellos habitantes que todavía viven en vecindades y casuchas.

\* \* \*

Las murmuraciones cesan: lo que se está arreglando disipa temores y sospechas. No; “esto sí que es serio”, se dice, y en los corazones renace la confianza que, como una amable lumbre, desentumece entusiasmos, tan necesarios en toda humana empresa. Sobran hombres de buena voluntad que se prestan para hacer el censo de la población y para formar los inventarios de todos los artículos almacenados, pues no solamente se hace necesario inventariar artículos

alimenticios y de vestuario, sino cuanto es útil para el uso doméstico y de la industria.

Los aplausos menudean, no tanto para premiar el mérito de los voluntarios como por esparcimiento del espíritu, pues estas gentes sencillas comprenden que el cumplimiento del deber no es un mérito, y el mar de sombreros de petate se mece risueño bajo los rayos de un sol amable. Las mujeres se muestran satisfechas, vestidas de limpio, con las ropas tomadas de las tiendas; los chamacos suspenden de tanto en tanto sus retozos, acosados por furiosos cólicos delatores de fenomenales hartazgos; bandadas de pájaros pasan alegres sobre la muchedumbre, dejando una impresión de frescura, de salud, de juventud, de primavera. Todas las auroras son bellas, ¿por qué no había de ser bella esta aurora de la Libertad y la Justicia?

\* \* \*

Se suspendieron ayer los mítines para este día a las dos de la tarde. Los comisionados voluntarios están todos presentes; ni uno solo ha faltado: todos traen los datos exactos del número de habitantes que hay en la ciudad, así como de las existencias de artículos alimenticios y de otra naturaleza contenidos en las tiendas y bodegas.

El día es espléndido, día de abril al fin, en que todo es luz, perfume, color, juventud, amor. En los jardines, cuidados ahora por mujeres voluntarias, las flores muestran sus pétalos de seda, blandos, tibios, húmedos, labios vegetales que convidan a la caricia y al beso.

Se habla con animación en los mismos sitios en que ayer tuvieron lugar los mítines. “¡Qué bien y qué pronto se arregla todo cuando no interviene para nada la Autoridad!”, se dice en las conversaciones. Los corazones laten con violencia. Gumersindo no tiene punto de reposo: activísimo, recorre todas las secciones en un automóvil expropiado, propiedad ahora de la comunidad, y su actuación ahora es necesarísima, porque unifica las resoluciones que se toman en cada sección de la ciudad. No abandona la guadaña, que, atada a la parte delantera del automóvil, da prestigio y lustre a aquella máquina ayer aristocrática. El sarape en el hombro del campesino es garantía de su modestia y de su interés.

\* \* \*

Ahora ya sabe cuántos habitantes tiene la ciudad y qué cantidad de efectos manufacturados de toda clase hay en existencia. Se calcula con rapidez, a pesar de no encontrarse un matemático a la mano, el tiempo que podrían durar las existencias, cálculo necesario para regular la producción. Centenares de manos obreras trazan cifras con lápices expropiados.

En pocos minutos aquellos hombres del martillo, de la pala, del escoplo y del cincel dicen que, habiendo tantos habitantes, se necesita tanto de alimentos para su subsistencia diaria, y que, encontrándose tal cantidad de artículos alimenticios, la población entera podrá subsistir tanto tiempo.

Todos quedan satisfechos. “¡Caramba, esto va bien!”, dicen. Ya no se escucha una sola murmuración; “de veras que, para arreglar las cosas, no hay

otros que los anarquistas”, añaden, y los vivas a la Anarquía atruenan el espacio, en ovaciones justísimas que al fin recibe el ideal sagrado. Ramón, el peón ferroviario, llorando de emoción y agitando por lo alto un cuadernito encuadernado en rojo, dice con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Éste es nuestro maestro!

Es el Manifiesto del 23 de Septiembre de 1911, expedido por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano.

\* \* \*

Ramón está espléndido. Su rostro cuadrado, que parece haber sido tallado a hachazos en el palo más duro, despidе luz, como el de todo héroe. El héroe no es un dios, pues los anarquistas no tenemos dioses; pero es un ser que por sus actos se eleva sobre nosotros como un ejemplo, como una grande y saludable enseñanza, y quiéralo uno o no lo quiera admitir, resplandece como un sol.

Ramón explica la necesidad que hay, en vista de los datos suministrados, de que todos los trabajadores de una misma industria se congreguen para que se pongan de acuerdo en la organización del trabajo concerniente a su industria, y una vez obtenido ese acuerdo, que delegados de los trabajadores de todas las industrias se pongan de acuerdo también para producir lo que necesite la población. Todos aprueban la idea, y este acuerdo es dado a conocer por Gumersindo a las asambleas de las diferentes secciones de la ciudad, las que reciben la idea con grandes muestras de entusiasmo. Una era de prosperidad y de progreso se abre al frente de la ciudad redimida. En lo de adelante la producción se ajustará a las necesidades de la población, ya no para enriquecer a unos cuantos bandidos.

\* \* \*

Voluntarios de diversos oficios han concluido la construcción de vastos galerones en distintos sitios de las varias secciones en que se ha dividido la ciudad, y otros voluntarios han acarreado a dichos galerones los efectos que todavía se encontraban en gran cantidad en las tiendas, bodegas y otros depósitos, efectos que, clasificados cuidadosamente, han sido distribuidos en los departamentos hechos expresamente para contenerlos, y de donde van a tomarlos los que los necesitan. En esos galerones serán depositados los efectos que produzcan las diversas industrias.

\* \* \*

Los compañeros del grupo “Los Iguales” no descansan. ¡Qué enorme tarea la suya! ¡Qué colosales responsabilidades los aplastarán si el nuevo orden de cosas llegara a fracasar! Pero trabajan con gran fe en el éxito; con la fe intensa que nace de una convicción profunda. Sin embargo, algunos detalles les preocupan. La ciudad no puede pasarla sin el trabajo del campo. Se necesita que el campesino dé al trabajador lo que éste necesita para comer, así como la materia prima para la industria: algodón, ixtle, lana, madera y otras muchas cosas; en cambio, el campesino tendrá derecho a tomar de los almacenes de la ciudad todo lo que necesite: ropa, artículos alimenticios elaborados o manufacturados, muebles, maquinaria y utensilios para el trabajo; en una palabra, todo lo que

necesite. Las industrias metalúrgicas necesitan que el minero coopere con metales, obteniendo, en cambio, como su hermano el campesino, todo lo que necesite.

—¡Sí—grita Ramón entusiasmado—, necesitamos la cooperación del campesino, del minero, del trabajador de las canteras, de todos los que trabajan fuera de la ciudad, y la obtendremos!

Una nube de comisionados voluntarios se esparce por la región conquistada con las armas por los trabajadores, para invitar a sus hermanos a que cooperen de la manera que se ha dicho antes en la grande obra de la producción social. Todos aceptan con entusiasmo, y prometen enviar a la ciudad lo que ellos producen, en cambio de lo que producen los de la ciudad.

\* \* \*

La sociedad anarquista es un hecho ya. Todos trabajan, todos producen según sus fuerzas y aptitudes, y consumen según sus necesidades. Los ancianos y los inválidos no trabajan. Todos viven contentos, porque se sienten libres. Nadie manda ni nadie obedece. En los trabajos reina la mejor armonía entre todos, sin capataces, sin amos. El tráfico de tranvías, de ferrocarriles, de automóviles, de carros es grandísimo, como que todos ya tienen derecho a transportarse a su antojo de un lugar a otro.

\* \* \*

Unos cinco o seis días han bastado para obtener tan risueño resultado. Por fin se regenera la humanidad por la adopción de los principios del comunismo anarquista. No se necesita decir el estado de ánimo en que se encuentran Gumersindo y Ramón al contemplar, emocionados, la hermosa obra en que tanto intervinieron. Desde la colina cercana, adonde fueron por vía de paseo, ven con ojos humedecidos por la emoción la ciudad tranquila, la ciudad de la paz, la ciudad de los fraternos. Hasta ellos llega el rumor de la respiración de la inmensa urbe; ya no es la respiración de la fatiga ni el estertor de la agonía de una población de esclavos, sino la amplia, honda, sana respiración de una ciudad de seres libres y felices.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 212, 13 de noviembre de 1915; p. 3.*

## Las dos plumas

Detrás de la vidriera de un escaparate, la pluma de oro y la de acero esperaban quién las comprase. La pluma de oro descansaba indolente en un rico estuche que aumentaba sus encantos; la pluma de acero confirmaba su modestia en el fondo de una cajita de cartón. Los transeúntes, pobres y ricos, viejos y jóvenes, pasaban y repasaban por el escaparate lanzando miradas codiciosas sobre la pluma de oro; ni una mirada para la de acero. El sol quebraba sus rayos sobre la pluma de oro, que brillaba con destellos de ascua en su lecho de felpa; pero era impotente para imprimir siquiera una débil nota de belleza a la obscura pluma proletaria. Viendo con lástima a su hermana pobre, la pluma rica dijo:

—¡Pobre sarnosa!, aprende a ser admirada.

Acostumbrada la pluma proletaria a las grandes luchas de los verdaderos ideales, creyó oportuno no contestar aquella necesidad.

Envalentonada la pluma burguesa por el silencio de la pluma humilde, dijo:

—¿Qué no darías, ¡mugrosa!, por parecerte a mí, por ser una pluma de oro?— Y brilló en su felpa como una estrella en el raso del cielo.

La pluma proletaria no pudo reprimir una sonrisa, que, montando en cólera a la pluma burguesa, la hizo prorrumpir en desatinos parecidos a estos:

—Tu sonrisa es la sonrisa de la impotencia. Me das lástima. ¿Qué darías por firmar, como yo, órdenes bancarias por millones y millones de dólares? Yo ocupo un puesto de honor en los escritorios de caoba y de cedro. El elegante escritor palaciego firma sus artículos conmigo; el ministro autoriza, por medio de mí, documentos de importancia suma para la nación; el presidente calza sus decretos con una firma que sólo yo debo trazar; la guerra no es declarada sin que una mano augusta me tome entre sus dedos y me haga fijar en el papel su firma soberana; la paz no se pacta con tiñosas plumas de acero: deben ser de oro, y con pluma de oro traza el joven aristócrata sus frases de amor a la dama de gran tono.

La paciencia tiene sus límites hasta en una pluma de acero; así que la pluma modesta, desde el fondo de su cajita de cartón, alzó su voz limpia, sincera, y grande, para decir:

—Entre todas las cosas, la pluma es grande porque ella hace posible que el pensamiento de un gran cerebro se liberte de la cárcel del cráneo, para ir a sacudir otros cerebros que dormitan encerrados en otros cráneos y hacerles dar la hospitalidad, franquearle la entrada, como se debe abrir las puertas y proporcionarle alojamiento a todo aquel que trae luz, esperanza, fuerza... Pero tú, ¡pluma vanidosa!, eres la deshonra de nuestra especie; yo quebraría mis puntos mejor que prestarme a trazar la firma que debe calzar una orden bancaria por miles de millones de dólares, pues una orden tal es el resultado de un pacto habido entre bandidos. Mi lugar no es el escritorio de caoba; pero prefiero la mesa de pino, sobre la cual el literato del pueblo traza las frases robustas que anuncian al mundo una era de libertad y de justicia. Soy la pluma de la plebe, y como ella, fuerte y sincera. No me toca el ministro para calzar documentos que sancionan la explotación y la tiranía, ni el presidente me empuña para autorizar las leyes que ordenan la esclavitud y el tormento de los humildes, ni ordeno guerras criminales, ni pacto paces humillantes. Pero cuando el pensador me toca entre sus dedos creadores; cuando el poeta y el sabio me tocan con sus manos fecundas y el anarquista me hace estampar en las blancas cuartillas sus pensamientos blancos como es la idea casta, siento que mis moléculas tiemblan de emoción, de una emoción pura, fuerte, sana, y eso es mi placer, porque, humilde como soy, yo muevo el mundo del talento, de la sinceridad, del honor. Mi fuerza es inmensa, mi influencia es gigantesca; cuando el escritor proletario me toma entre sus manos, el tirano tiembla, se sobrecoge el clérigo, palidece el burgués; pero la libertad sonríe con sonrisa de aurora; el oprimido sueña con un

mundo mejor, y la mano valiente acaricia nerviosa el arma vengadora y redentora. En mi cajita de cartón me siento grande y noble. Tan humilde como me ves, muevo pueblos, derribo tronos, desquicio catedrales, humillo dioses; soy luz para las tinieblas del cerebro; soy clarín que convoca a generala a los humildes para convertirlos en soberbios, y sueño a somatén para reunir a los bravos en la trinchera y convocar a los HOMBRES a la barricada. Tú sirves para calzar el decreto del tirano; yo, para calzar la proclama del rebelde. Tú oprimes; yo liberto.

El estrépito del motor de un automóvil, que paró frente a la tienda, impidió que se escuchase el resto del simpático discurso de la pluma proletaria.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 212, 13 de noviembre de 1915; p. 2.*

## El despertar de un cerebro

—¿Qué te pasa, Nicanor?— dice Petra alarmada al ver entrar a su marido, pálido, con los brazos caídos, arrastrando apenas los pies, encorvadas las espaldas, el sarape deslizándose de sus hombros.

Nicanor no responde; pero sus ojos hermosos fulguran como dos brasas en la penumbra del cuarto. Petra, discreta, guarda silencio; mas el temblor de sus labios denuncia gran inquietud.

“¿Qué podrá ser?”, se pregunta la linda muchacha, y sus pestañas se entornan como un fleco de seda que quisiera ocultar dos estrellas.

Un silencio angustioso reina en el cuarto, al que añade amargura ese sonido peculiar que produce un líquido, como queja, como lamento, cuando está próximo a entrar en ebullición. El sonido proviene de una olla de barro en que se cuecen los frijoles.

Nicanor había estado con el amo aquella tarde para ver si al fin lograba que le pagase lo que le correspondía por un mes que había prestado sus servicios en la hacienda. El amo estaba borracho, y le había dicho lo de siempre: “Dile a tu mujer que ella venga a cobrarme por tí”. El malhumor de Nicanor es visible. A la luz de los tizones contempla a su Petra con amargura: “¡Qué gran desgracia es para el pobre tener mujer bonita!”, piensa. No le queda otro recurso que huir de la hacienda, como si hubiera cometido un delito, como si tuviera que esconderse de los hombres para que no lo señalen con el dedo por sus malas acciones. Y al pensar en todo esto, siente que algo se sacude en el fondo de su ser, e instintivamente palpa por encima de los calzones blancos la aguda hoja de su puñal... Tiene que huir de la hacienda, él lo sabe muy bien, si no quiere tener la misma suerte que Abundio, a quien fusiló la Acordada por un caso parecido al suyo, o la de Torcuato que, por lo mismo, se encuentra en el 5o batallón de infantería, o bien la de Toribio, que se pudre en la prisión por un caso igual, y la de tantos otros nobles trabajadores que no supieron otra cosa, mientras tuvieron vida o permanecieron “libres”, que regar todos los días con su sudor el surco.

—Petra, ¡huyamos! dice al fin con una entonación de voz más parecida a la de un culpable que a la de un inocente.



Petra se estremece. “¡Tal vez acaba de cometer un delito!”, piensa. Pero, discreta por excelencia, se abstiene de hacer la pregunta más ligera. ¿Nicanor aconsejaba huir? Pues Nicanor debía tener sus razones, porque no había, en veinte leguas a la redonda, mozo tan inteligente y tan concienzudo como Nicanor.

Diez minutos después dos figuras humanas, una de hombre, de mujer la otra se pierden en las tinieblas, en marcha hacia lo desconocido. No hubo necesidad de grandes preparativos de viaje: un petate y una cobija. ¡Éste es el equipaje de los productores de la riqueza social!

\* \* \*

Amanece. Tlalnepantla está a la vista con su caserío monótono. Nuestros viajeros han caminado toda la noche, el oído atento para notar si les persiguen. La aurora besa las nubes, las casas, los árboles y las montañas, y con cada beso deja una rosa. Los pajarillos suspenden su gorjeo matutino para atisbar, desde las ramas de los sauces del camino, a la pareja que pasa. ¡Es tan linda la pareja! ¡Qué dicha el verse libres de esta cárcel grande que se llama hacienda! Y si los pajarillos enmudecen para dar rienda a su curiosidad, nuestros amigos entonan ese himno robusto a la Naturaleza, rimado con suspiros, con besos, con latidos de corazones henchidos de pasión. ¡Qué amable se ofrece la Vida a nuestros dos jóvenes proletarios!

Una voz aguardentosa que resuena detrás de ellos desbarata su idilio, como una mano brutal que despoja de sus pétalos a una flor. ¡Es un gendarme!

—¡Deténganse, pelados! ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿Quiénes son ustedes? ¿Quién los conoce?

Ninguna respuesta satisface al guardián del “orden” al protector de los intereses de la sociedad burguesa. Nuestros amigos son internados en la cárcel acusados de vagancia, y condenados él, a los trabajos del terraplén del camino que conduce a la ciudad de México; ella, a moler maíz en las “arrecogidas”.

\* \* \*

Diez meses después encontramos a nuestros amigos en la ciudad de México. Es el 21 de noviembre de 1910. Por la ciudad circulan los rumores más estupendos. La Revolución había estallado el día anterior y se refieren actos asombrosos llevados a cabo por los rebeldes. La genticilla oficial muestra caras alargadas, presintiendo el quebrantamiento de su poder y de su influencia. Los hombres del pueblo disimulan sus sentimientos — muy contrarios, por lo demás, de los que animan a la genticilla burocrática— por temor de la ley fuga o del cuartel.

—Petra — dice Nicanor conmovido, como que la resolución es solemne — yo me marchó a la Revolución. Y volviendo el rostro para el lado opuesto, se enjuga dos lágrimas que le queman las mejillas.

Y no es que Nicanor sea cobarde, que muestras ha dado más de una vez de una hombría reconocida en todas partes; pero irse a la Revolución es separarse de su Petra, de su amor, y cuando su espíritu, atormentado, se ahogue en las tinieblas de la angustia, ya no tendrá aquellos dos soles que lo empapan de luz, los ojos de Petra, ni cuando su corazón oprimido reclame un alivio

recibirá el consuelo de una sonrisa, bella como la luz de la aurora, blanda como la seda de un pétalo de flor.

\* \* \*

Nicanor ha luchado como bravo, no desmintiendo su fama de mozo valiente y audaz.

Él peleó, como tantos otros, en la creencia de que hay hombres buenos, abnegados, que una vez en la Presidencia de la República pueden hacer la felicidad del pueblo; pero Madero en el poder es un tirano como cualquier otro gobernante. Subsiste el mismo mal que hizo que Nicanor se lanzara a la Revolución: la miseria y la tiranía.

Nicanor está sombrío. En su cerebro tiene lugar un desquiciamiento, un cataclismo. El creía en la democracia. Creía que con la boleta electoral se podía obtener un gobierno que diera Tierra y Libertad. El chasco ha sido superior, y la ilusión se desvanece como el oro de las alas de una mariposa. Nicanor medita, y en su sencillez comprende que ha cometido un error. Pero ¿en qué ha estado el mal? Esto es lo que le atormenta. Él creía que por medio de un decreto la tierra quedaría en poder del pueblo, y hasta dio más de un mojicón a los que le decían que la tierra y toda la riqueza social debía ser tomada por la fuerza. ¡Cuánto se avergüenza ahora de su impulsivismo!

\* \* \*

—¡Ahí está el mal! —dice a Petra conmovido—, en haber creído que otro puede dar lo que debemos tomar con nuestras propias manos. Henos aquí tan pobres y tan desamparados como antes, expuestos a toda clase de atropellos de parte de los fuertes, pues me he llegado a convencer de que la Autoridad no hace justicia al débil.

Estas reflexiones hace Nicanor sentado al lado de Petra en una banca del Zócalo, frente al Palacio Nacional. Los chamacos papeleros pasan y repasan ofreciendo la prensa burguesa, un hombre, en otra banca, está entregado a una lucha formal con los piojos; el sol hace hervir la sangre en las arterias. Un gendarme se acerca; Nicanor presiente un atropello.

—¡Ven acá, pelado sinvergüenza, te voy a dar un trabajito!— le dice el tecolote.

Momentos después se ve a Nicanor atravesando las calles de la ciudad con un borracho a cuestas, camino de la demarcación de policía. Excusado es decir que nada se le paga por ese trabajo, pues el pobre está condenado a prestar gratuitamente sus servicios a la señora Autoridad.

\* \* \*

Pasan los años. La ciudad se encuentra bajo el dominio carrancista. En los Estados del Sur operan las fuerzas expropiadoras de Zapata y de Salgado **2**; en el Nordeste del territorio mexicano y a o largo de la costa occidental operan las columnas villistas. Carranza no ha podido exterminar esos movimientos, y en todo el país germina la semilla anarquista sembrada por el Partido Liberal Mexicano. Con el carrancismo todo se ha ganado, menos el Derecho de Vivir; en el territorio controlado por sus fuerzas, masas hambrientas y desnudas hablan

muy alto en contra de un movimiento que, por radical que sea, tenga como base el derecho de propiedad privada y el principio de Autoridad.

Nicanor quiere trabajar, está dispuesto a trabajar para lograr su subsistencia y la de su linda compañera; pero no hay trabajo. Las máquinas y todas las industrias siguen siendo propiedad de la burguesía. Petra está enferma, y no puede levantarse del petate. Petra se agota por momentos. De vez en cuando abre los párpados y parece entonces que la obscura covacha se inunda de luz: son los últimos fulgores de dos estrellas que se apagan... Nicanor siente que una mano de hierro le oprime el corazón, y a pesar de los esfuerzos que hace para contener el llanto, las lágrimas se deslizan a lo largo de sus mejillas. Petra lo advierte y, sonriendo con sus labios, pálidos como dos violetas moribundas, dice con dulzura:

—No te aflijas, bien mío, que pronto seré libre. La muerte: esa es la libertad de los pobres, porque nadie nos manda, ni a nadie tenemos que obedecer.

Nicanor la acaricia dulcemente. No hay en el cuarto ni un pedazo de tortilla ni un grano de frijol.

\* \* \*

—¡Tan, tan, tan!— llaman a la puerta.

Nicanor y Petra se miran con sobresalto. ¿Quién podrá ser? Y sus corazones se oprimen angustiados presintiendo una desgracia. Es el escribano público que, custodiado por varios gendarmes, trae la orden del juez que manda poner en la calle a nuestros infortunados amigos por no haber pagado la renta de la covacha en tres meses. No valen razones. ¿Que la mujer está moribunda? ¡Tanto peor para ella! —dice el escribano— y ordena a los esbirros que en peso la pongan en la calle. La orden es obedecida con ese placer malsano de los malos corazones que sienten alegría ante el dolor humano. Entre dos toman el petate y la mujer, como si se tratase de un fardo, tiran la carga a media calle. Nicanor se arroja sobre su adorada Petra gritando:

—¡Petra! ¡Petra! ¡Petra!

Todo llamado es en vano; Petra ha muerto, Petra ya es libre . . .

\* \* \*

Nicanor está sentado en una banca del Zócalo, con su sarape en el hombro y sus penas en el pecho. ¿Qué forma del recuerdo del ser amado es más exquisita que el suspiro...? ¡Pobre de su Petra! ¡muerta como un perro! Y en lo más hondo de su ser se agita algo que le hace acariciar el agudo puñal por encima del calzón blanco. “¿Qué valemos los pobres bajo cualquier Gobierno?”, se pregunta con amargura, y su cerebro se entrega a las profundas reflexiones. “Todo Gobierno es malo, piensa, porque por su propia naturaleza no puede ser bueno sino para aquellos que tienen intereses que perder, y para ellos son todos los cuidados, todas las atenciones, por lo que me he convencido de que el Gobierno es simplemente el guardián de los ricos, el que cuida que no caigan de las manos de los burgueses las riquezas que los hombres producimos. ¡Muera todo Gobierno!”

El cerebro de Nicanor ha despertado.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 213, 20 de noviembre de 1915; p. 3.*

2 Salgado, Jesús H. (1873-1919). Ranchero y comerciante, se incorporó a la revolución en su natal Guerrero. Se sumó al Plan de Ayala. Fue nombrado gobernador provisional del Estado por la junta revolucionaria zapatista (1914). Murió combatiendo, con el grado de general de división, a las fuerzas de Venustiano Carranza en la Sierra Madre del Sur.

## La barricada y la trinchera

Frente a frente están las dos defensas enemigas: la barricada del pueblo y la trinchera militar. La barricada muestra al sol su enorme mole irregular, y parece estar orgullosa de su deformidad. La trinchera militar ostenta sus líneas geoméricamente trazadas, y sonríe de su contrahecha rival. Detrás de la barricada esta el pueblo, amotinado; detrás de la trinchera se encuentra la milicia.

—¡Qué horrible cosa es una barricada!— exclama la trinchera, y añade: ¡horrible como la gente que hay detrás de ella!

De la barricada proceden las notas viriles de himnos revolucionarios; en la trinchera reina el silencio.

—¡Qué bien se conoce—dice la trinchera— que sólo gente perdida hay detrás de ese armatoste! Yo nunca he visto que semejantes adefesios sirvan para otra cosa que para proteger de una muerte merecida a la canalla. Gente mugrosa y maloliente, bandidos, la plebe levantisca, eso es lo único que puede abrigar una cosa tan fea. En cambio, detrás de mí están los defensores de la ley y del orden; los sostenes de las instituciones republicanas; gente disciplinada y correcta; garantía de la tranquilidad pública; escudo de la vida y de los intereses de los ciudadanos.

Las barricadas tienen amor propio, y ésta no podía ser la excepción de la regla. Siente que sus entrañas de palos, ropas, cacharros, piedras y cuanto hay, se estremecen de indignación y con una entonación de voz en la que hay la solemnidad de las supremas resoluciones populares y la severidad de las determinaciones supremas del pueblo, dice:

—¡Alto ahí, refugio de la opresión, reducto del crimen, que estás en presencia del baluarte de la Libertad! Fea y contrahecha como soy, soy grande porque no he sido fabricada por gente a sueldo, por mercenarios al servicio de la tiranía. Soy hija de la desesperación popular; soy producto del alma atormentada de los humildes, y de mis entrañas nacen la Libertad y la Justicia.

Hay un momento de silencio en que la barricada parece meditar. Es deforme y es bella al mismo tiempo: deforme por su construcción; bella por su significación. Es un himno fuerte y robusto a la libertad; es la protesta formidable del oprimido.

Las notas gallardas de un clarín, que parten de la trinchera rompen el silencio. Un viento de marzo barre las calles desiertas de la ciudad insurreccionada. Rumor de armas que se entrecrocán, sale de la barricada y de la trinchera. La barricada continúa:

—Me siento orgullosa de defender el noble pecho del hijo del pueblo, y me abriría yo misma las entrañas si el esbirro quisiera usarme para su defensa.

Una bala de cañón golpea el centro de la barricada, sin lograr abrir brecha. La barricada entera cruje, y el crujido se parece al pujar de un coloso que hace acopio de todas sus fuerzas para resistir una embestida. ¡Nada! Unas cuantas astillas que saltan y brillan al sol, como chispas desprendidas de una fragua. La barricada prosigue:

El tirano palidece con sólo que se le mencione mi nombre y las coronas vacilan en las testas de los grandes bandidos cuando estoy en pie. ¿Qué darías, guardia de esbirros, por sentir detrás de ti la respiración afanosa del pueblo que lucha por su libertad? Tú te levantas para perpetuar la opresión y la esclavitud; yo me yergo como anuncio de reivindicación y de progreso. Soy deforme y contrahecha; pero, para el que sufre, tengo resplandores de aurora, y de mi ser rugoso irradia una luz que marca a los hombres el sitio del deber.

El clarín de la trinchera militar marca el toque de “atención”, seguido inmediatamente por el de “fuego”. Una granizada de proyectiles golpea la pared exterior de la barricada, haciendo saltar partículas de madera, de ladrillos de tepalcates. La barricada permanece en pie, resistiendo valientemente las agresiones de la metralla, las formidables embestidas de la bala de cañón y los mordiscos furiosos de la bala de fusil. Los tambores redoblan en la trinchera militar, y el clarín vibra rabioso percibiéndose con claridad sus notas coléricas en medio del estruendo de las descargas, como el grito siniestro de un ave de presa en medio de la tempestad. La barricada puja como gigante que recibiera un golpe de masa por la espalda en un duelo de titanes. Recobrando fuerzas, la barricada sigue de este modo:

—¡Una barricada en cada ciudad a un mismo tiempo, y la libertad brotaría de mis entrañas luminosas radiante como el respiro de un volcán! Oscura como soy, ilumino. Cuando el pobre me ve, suspira y dice: ¡al fin...!

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 213, 20 de noviembre de 1915; p. 2.***

## **Las dos tendencias**

La tendencia joven y la tendencia vieja se alcanzan a la mitad del camino. La joven sonríe, y en su sonrisa irradia todas las auroras, florecen todos los rosales, respiran todos los nardos. La vieja frunce el ceño y gruñe:

—¡Alto ahí, desvergonzada! ¿A dónde vas de esa manera? Y con el dedo descarnado señala las desnudeces luminosas de la joven, que se ostentan palpitantes y espléndidas como un poema entusiasta a la Verdad, a la Libertad y a la Vida.

La joven no se detiene, no puede detenerse, tiene prisa por llegar a su destino, y su cuerpo ondula al sol armonioso como una estrofa, de fuerza y de belleza.

La vieja, fuera de sí, echa a correr tras de la joven, los ralos cabellos al aire, la desdentada boca abierta.

—¡Detente, loca! ¡Vergüenza de tu sexo! —grita la vieja— ¿Sabes siquiera a dónde vas? Yo aquí me detengo, yo no camino más. Vale más malo por conocido que bueno por conocer. Es una locura seguir adelante por ese camino que no se sabe dónde terminará. Mis padres hasta aquí llegaron, y yo no pasaré de aquí, pues sería tanto como renegar de ellos si diera un paso adelante negando lo que ellos creyeron, odiando lo que ellos amaron, despreciando lo que fue para ellos motivo de respetuoso culto y de religiosa admiración. La igualdad es imposible; por fuerza tiene que haber siempre ricos y pobres. Dios lo ha decretado así; lo asegura la santa religión, y es necesario que Dios tenga sus representantes en la tierra, que son los gobernantes. ¡Detente! ¡Detente! Los gritos destemplados de la vieja levantan una bandada de gorriones que picotean alegres a la orilla del camino. La joven vuelve el rostro, sonríe bondadosa, y, sin detener el paso, dice con una voz en la que vibran la sinceridad y la convicción:

—Yo sé adónde voy. Voy hacia la Vida, y voy desnuda porque represento la Verdad. La Verdad no puede andar con disfraces. No puedo detenerme, porque sería transigir con el error. También mis padres me enseñaron lo que a ti los tuyos: a creer en la mentira; pero fue que mis pobres padres no hicieron uso de su razón. El sacerdote les dijo “obedeced”, y ellos obedecieron con las frentes inclinadas; el rico les gritó: “trabajad para mí”, y ellos bajaron las frentes, encorvaron las espaldas y echaron a andar sobre el surco...

La vieja bajó la cabeza, y parece reflexionar, los escasos cabellos canos sueltos al viento. Quiere replicar, pero no halla palabras con qué combatir las palabras de la Verdad. La joven, sin detener su marcha, continúa:

—Yo me rebelo contra todo lo que creyeron mis padres, no porque los desprecie o los odie. Desprecio y odio, sí, a los que los tuvieron sumergidos en la mentira para tiranizarlos, explotarlos y embrutecerlos.

La joven continúa su marcha como un sol en movimiento, y la vieja en su puesto inmóvil, clavada, la ve alejarse rápida, como un rayo de esperanza pasa fugaz por la sombría mente del triste.

La joven va hacia la Vida; la vieja se desposa con la Muerte.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 215, 4 de diciembre de 1915; p. 2.***

## **El mendigo y el ladrón**

A lo largo de una avenida risueña van y vienen los transeúntes, hombres y mujeres, perfumados, elegantes, insultantes. Pegado a la pared está el mendigo, la pedigüeña mano adelantada, en los labios temblando la súplica servil:

—¡Una limosna, por el amor de Dios!

De vez en cuando cae una moneda en la mano del pordiosero, que éste mete presuroso en el bolsillo prodigando alabanzas y reconocimientos

degradantes. El ladrón pasa, y no puede evitar el obsequiar al mendigo con una mirada de desprecio. El pordiosero se indigna, porque también la indignidad tiene rubores, y refunfuña atufado:

—¿No te arde la cara, ¡bribón! de verte frente a frente de un hombre honrado como yo? Yo respeto la ley: yo no cometo el crimen de meter la mano en el bolsillo ajeno. Mis pisadas son firmes, como las de todo buen ciudadano que no tiene la costumbre de caminar de puntillas, en el silencio de la noche, por las habitaciones ajenas. Puedo presentar el rostro en todas partes; no rehuyo la mirada del gendarme; el rico me ve con benevolencia y, al echar una moneda en mi sombrero, me palmea el hombro diciéndome: “¡buen hombre!”

El ladrón se baja el ala del sombrero hasta la nariz, hace un gesto de asco, lanza una mirada escudriñadora en torno suyo, y replica al mendigo:

—No esperes que me sonroje yo frente a ti, ¡vil mendigo! ¿Honrado tú? La honradez no vive de rodillas esperando que se le arroje el hueso que ha de roer. La honradez es altiva por excelencia. Yo no sé si soy honrado o no lo soy; pero te confieso que me falta valor para suplicar al rico que me dé, por el amor de Dios, una migaja de lo que me ha despojado. ¿Que violo la ley? Es cierto; pero la ley es cosa muy distinta de la justicia. Violo la ley escrita por el burgués, y esa violación contiene en sí un acto de justicia, porque la ley autoriza el robo del rico en perjuicio del pobre, esto es, una injusticia, y al arrebatar yo al rico parte de lo que nos ha robado a los pobres, ejecuto un acto de justicia. El rico te palmea el hombro porque tu servilismo, tu bajeza abyecta, le garantiza el disfrute tranquilo de lo que a ti, a mí y a todos los pobres del mundo nos ha robado. El ideal del rico es que todos los hombres tengamos alma de mendigo. Si fueras hombre, morderías la mano del rico que te arroja un mendrugo. ¡Yo te desprecio!

El ladrón escupe y se pierde entre la multitud. El mendigo alza los ojos al cielo y gime:

—¡Una limosna, por el amor de Dios!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 216, 11 de diciembre de 1915; p. 2.*

## Las inquietudes del hierro

El hierro se estremeció en el seno de la montaña al sentir pisadas en la cumbre.

Es el hombre que anda en busca de mí —dijo—. Y sus moléculas vibraron intensamente en una sensación mezclada de angustia y placer.

Las pisadas resonaban enérgicas, como si fueran las de un hombre audaz que se enfrenta a la naturaleza para rescatar de ella lo que el ser humano necesita.

—¿Para qué me querrá?— se preguntó con inquietud el benemérito metal. Y la montaña entera, cuya armazón componía él, tuvo un sacudimiento. “Me estremezco a la sola idea de tener que ser convertido en auxiliar de la injusticia, yo que, por mi misma naturaleza, debiera ser únicamente propulsor del progreso y la libertad”, añadió.

Hubo una pausa, en la que escuchó, con toda claridad, el sonido de un pico golpeando el dorso de la montaña.

—Sí, es el hombre que me busca para hacer de mí, tal vez, la cadena que ha de arrastrar. Es el hombre que se afana por encontrarme para convertirme en reja de calabozo o en cerrojo de presidio. Y sus moléculas vibraron de indignación y de cólera...

Los golpes continuaban y el eco repetía los sonidos, que parecían el lamento de un gigante agredido por la espalda.

—Es el hombre que me busca, quizá, para hacer de mí la metralla, con la cual el tirano le ahogará la protesta en la garganta, o la guillotina que ha de arrancarle la cabeza cuando dé un paso fuera del estrecho sendero de la Ley escrita por sus verdugos...

El pico hería, hería, hería, y la montaña gemía como un monstruo impotente bajo los puños de un titán.

—Ah, cuánto sufro! ¡oh, qué cruel incertidumbre! Yo no quiero ser cadena, ni cerrojo, ni reja. Quiero ser metralla, pero en manos del pueblo, para barrer a los tiranos. Quiero ser guillotina, pero en manos del rebelde, para arrancar la cabeza del opresor. ¿Qué iré a ser? Puedo ser acicate; pero también puedo verme convertido en freno. Impulso y contengo, según el uso que se me quiera dar; doy la vida y doy la muerte; soy arado y soy espada... Hoja afilada, esclavizo en manos del esbirro, liberto en manos de Caserio **2**. ¡Ah, se me usa para el bien y para el mal! Gatillo de arma de fuego, se me hace disparar el maldito proyectil que arranca la vida de Ferrer, como la bala bendita que liberta al mundo de la tiranía de Canalejas **3**. En manos de Maura soy esclavo de las tinieblas; en manos de Pardiñas **4** sirvo a la Justicia. Un mismo fulgor mío es de vida y es de muerte: brillo con promesas de vida en el revólver de Angiolillo **5**; brillo con livideces de muerte en la estrella del polizone. ¿Qué iré a ser? ¿Qué iré a ser?

El pico hería, hería, hería, haciendo gemir a la montaña en medio de la naturaleza, indiferente a las angustias del hierro.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 217, 18 de diciembre de 1915; p. 2.*

**2** Caserio, Sante Gerónimo (1873-1894) Anarquista italiano de la región de Lombardía. Asesinó al presidente de la Tercera República francesa Marie Francois Sadi Carnot (1894) apuñalándolo durante un banquete para vengar las ejecuciones de sus correligionarios Auguste Aillant y Emile Henry. Semanas después murió guillotinado.

**3** Canalejas y Méndez, José. (1854-1912). Político, periodista y literato español. Como miembro del Partido Liberal fue ministro en diversas ocasiones entre 1882 y 1902; presidente del Congreso (1906-1907) y del Congreso de Ministros (1910). Fue asesinado en 1912, siendo jefe de gobierno, por Manuel Pardiñas, anarquista.



**4** Pardiñas Serrato, Manuel. (1880-1912). Pintor. Espiritista y anarquista aragonés. Radicado en Zaragoza, Esp. viajó a París, Fra. y de ahí marchó a Panamá, Cuba y la Florida, donde entró en contacto con líderes anarquistas como Pedro Esteve y Maximiliano Olay. Regresó a Europa en febrero de 1912 y tras una breve estancia en Londres, se internó en España y el 12 de noviembre de ese mismo año asesinó al presidente del gobierno José Canalejas y Méndez en Madrid. Días después se suicidó.

**5** Angiolillo Lombardi, Michele. (1871-1897). Nació en Foggia, Ita. Tipógrafo. Se trasladó a Barcelona en 1894 y bajo el nombre de José Sants trabajo en la imprenta de Ciencia Social. Tras los atentados de la calle de Cambios Nuevos, abandonó España a fines de 1896. Fue expulsado de Bélgica ante la sospecha de que preparaba un atentado en contra el kaiser y el rey de Italia. Después de breves estancias en Londres, Lisboa y París, regresa a España y bajo el seudónimo de Rinaldini asesinó de cuatro balazos al primer ministro español Antonio Cánovas del Castillo, vinculado al ajusticiamiento de ocho anarquistas en Montjuich. Fue fusilado el 20 de agosto de 1897 en Vergara, Esp.

## Los dos viajeros

Dos viajeros se detienen sudorosos en un mismo punto del camino, agobiados bajo el peso de sus fardos.

—¿Qué cargas?— preguntó uno al otro.

—Esperanzas— dijo el interrogado;— y tú, ¿qué cargas?

—Desengaños.

Y los dos viajeros se miraron fijamente, sonriendo el de las esperanzas, suspirando el de los desengaños.

El de los desengaños dijo:

—Yo también cargué esperanzas algún tiempo; pero una a una sucumbieron como flores trasplantadas entre el hielo, y ahora cargo cadáveres. ¿Qué es un desengaño sino el cadáver de una esperanza?

El de los desengaños suspiró, y de sus ojos, embellecidos por el dolor, se desprendieron perlas líquidas, condensación sublime de la amargura humana. Después de una breve pausa, continuó:

—Con mi fardo bien repleto de esperanzas me eché al mundo en busca de un hombre fuerte que salvase de la miseria y la tiranía al pueblo. Los redentores abundan como guijarros, poseedores cada quien de un específico eficaz para acabar con todos los males que afligen a la humanidad, y cada uno de ellos urgiendo el voto de sus conciudadanos para hacer la felicidad del pueblo. El pueblo escogía alternativamente a uno o a otro de estos redentores, y yo con él hacía lo mismo. Todo fue en vano. Llegando al Poder un redentor, se hace tirano. El hombre es libertador cuando está abajo, opresor cuando está arriba. Entre los demás hombres, el héroe se ve igual a todos y se siente hermano de los que sufren; en la altura se cree más grande que los demás. Si se

quiere corromper a un hombre bueno, no se tiene que hacer otra cosa que convertirlo en jefe.

El de los desengaños bajó la frente, como quien se entrega a una meditación profunda, para continuar de esta manera:

—Así fue como murieron, una a una, mis esperanzas. La humanidad está condenada a cadena perpetua, porque no puede encontrarse el hombre que pueda salvarla.

Y suspiró; en ese suspiro cabalgaban todos los desalientos, se sumaban todos los desfallecimientos y todos los desmayos de todos los vencidos del mundo.

El de las esperanzas abrió los labios y, con un gesto que inyectaba confianza y disipaba el pesimismo por el otro infundido, dijo:

—Bien merecieron su fracaso los pueblos por andar en busca de un hombre que los librara de la miseria y de la tiranía. Yo no voy a buscar un hombre que me redima, sino hombres que se rediman. Yo no creo en un hombre que conceda la libertad, sino en hombres que la tomen por su cuenta. “La emancipación de los oprimidos debe ser obra de los oprimidos mismos”.

El de las esperanzas enderezó la cabeza y lanzó una amplia mirada, que parecía abarcar todas las cosas, todos los hombres y todos los acontecimientos de la Historia, una mirada que todo lo comprendía, y podía contenerlo todo y sacar del conjunto conclusiones que fraternizaban con la ciencia. Después de un corto silencio, dijo:

—El error de la humanidad ha consistido en quererse librar de la miseria y de la tiranía dejando en pie la causa de esos males, que es el derecho de propiedad privada, y sus naturales consecuencias: el Gobierno y la Religión; porque la propiedad individual necesita un perro que la cuide: el Gobierno, y un embustero que mantenga al pobre en el temor de Dios para que no se rebele: el sacerdote. Yo voy contra el Capital, la Autoridad y la Religión. Voy hacia la Anarquía. ¡Yo triunfaré!

Los dos viajeros se dieron la espalda, fuerte el uno con sus esperanzas, desfallecido el otro con sus desengaños.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 218, 25 de diciembre de 1915; p. 2.*

## Las dos siembras

—Buen labrador, ¿qué siembras?

El labrador levantó la vista y respondió:

—Siembro mansedumbres, siembro resignaciones, santas virtudes que tienen el privilegio de abrir las puertas del cielo a los que sufren con paciencia las torturas de la miseria y los castigos de la tiranía.

Así habló el labrador, y, suspirando, reanudó su tarea entregando al surco la simiente y sus lágrimas.

Pasaron los siglos, y el labrador, encorvado, sembraba, sembraba.

—Buen labrador, ¿qué siembras?

El labrador levantó la vista y respondió:

—Siembro mansedumbres, siembro resignaciones, santas virtudes que por el amor tienen que suavizar las manos del tirano. ¡Nada como el amor para ablandar los corazones de los malos!

Así habló el labrador, y, suspirando, fue depositando en el surco la simiente y sus lágrimas.

Pasaron los siglos, y el labrador, encorvado, sembraba, sembraba.

—Buen labrador ¿qué siembras?

El labrador levantó la vista y respondió:

—Siembro mansedumbres, siembro resignaciones, santas virtudes que salvarán a la humanidad de la miseria y la esclavitud.

Así habló el labrador, y, suspirando, continuó entregando al surco la simiente y sus lágrimas.

Pasaron los siglos, y siglos de siglos, y siglos de siglos de siglos y el labrador sembraba, sembraba, sembraba sus santas virtudes, y la miseria y la esclavitud continuaban siendo el premio a la resignación y a la mansedumbre hasta que la fuente de sus lágrimas se secó, y sus ojos, libres de la venda del llanto, pudieron ver con claridad. Los dirigió al espacio, y no vio más que astros, astros y astros, soles como el que nos ilumina y tierras como la que habitamos. ¡La Tierra está en el cielo! —gritó. La Tierra forma parte del cielo, —añadió—, y sintió que algo se desplomaba en el fondo de su ser: era la fe en lo sobrenatural que es una cadena más fuerte que la cadena de hierro. Comprendió entonces, que otra tenía que ser la semilla que había de sembrar e inclinado sobre el surco sembraba, sembraba, sembraba.

—Buen labrador, ¿qué siembras?

El labrador levantó la vista y respondió:

—Siembro rebeldías. La simiente santa que ha de conquistar para el hombre este paraíso que llamamos tierra. La rebeldía del pensamiento derribo los tiranos del cielo; la acción rebelde derribará los tiranos de la Tierra.

Así habló el labrador, y, reanudando su tarea, se perdió en el horizonte sembrando, sembrando, sembrando la santa semilla de la Anarquía.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 219, 1º de enero de 1916; p. 2.***

## **En la calle.**

Salgo a la calle, y lo único que veo son hombres y mujeres que, como las hojas de una baraja de mil cartas, se entrecruzan en un ir y venir sin fin. Veo sus rostros y no encuentro en ellos la exteriorización de un sentimiento noble, el reflejo de un grande ideal. Me parece que todos esos transeúntes forman parte de una gran mascarada en el que cada quien compite en aparecer más trivial, más soso, más desabrido y más idiota. Entonces, con el estómago asqueado y el corazón oprimido, me pregunto ¿serán estos enanos los gigantes que algún día erijan ese monumento de virilidad y de protesta que se llama barricada? Y me echo a andar en busca de un gesto audaz, de una actitud que rompa la insignificancia del ambiente. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! Machos y hembras bien vestidos que van y vienen, se entrecruzan y rozan y desgastan las suelas de los

zapatos entre el cine vulgar y el escaparate chillón, entre el teatro bárbaro y la tienda de moda. Va viene el gentío estulto, incoloro, insípido, respirando vulgaridad, supurando estupidez por todos sus poros, sin una chispa que brille dentro de sus cráneos oscuros, sin una fibra que vibre en sus helados corazones, sin un propósito que hinche sus pechos vacíos. Entonces con la angustia anudada a la garganta, me pregunto: ¿será de esta mesa enclenque de donde salga el brazo robusto que derribe el sistema de la explotación del hombre por el hombre?

Dirijo la mirada hacia un lado y veo a un hombre que se descubre la cabeza delante de otro hombre que ostenta en el pecho una estrella. Disgustado vuelvo la vista hacia el lado opuesto, para ver otro hombre que alarga la mano temblorosa pidiendo, cuando tiene derecho de tomar. Sintiendo náuseas, aparto la mirada que cae esta vez en una mujer que guiña el ojo prometiendo caricias mercenarias que, en un medio de justicia prodigaría obedeciendo los impulsos generosos de la sangre. Hastiado, vuelvo el rostro, viendo entonces a un hombre, que con toda la agilidad de sus piernas, se desliza por el embanquetado, llevando en la mano papeles de cobro de viviendas humildes, construidas por los humildes. Molesto vuelvo el rostro en todas direcciones queriendo librar mi vista del espectáculo que ofrecen la degradación, el servilismo y la vileza, tropezando ahora mi vista aquí y allí, acá y acullá y en todas partes con el policía secreto que espía, que espía, que espía..... Entonces entristecido me pregunto: ¿será con estos materiales con los que hemos de construir la sociedad nueva de los iguales y de los libres?

Sigo mi camino prendiendo la mirada ansiosa en todos los labios con la esperanza de que se abran algunos de ellos para dar paso a la frase subversiva, o de verlos contraídos por la cólera redentora, o de estar próximos a franquear la carcajada irrespetuosa que con su irreverencia demuele y reduce a polvo lo que la estupidez humana venera. ¡Vana esperanza! Aquellos labios se me antojan el respiradero de una atarjea del que resuma este lodo fétido: la vulgaridad. Entonces, anhelosa la respiración, me pregunto: ¿de dónde surgirá el tribuno que con voz de trueno solivianta las muchedumbres y las conduzca al asalto de la Bastilla capitalista?

No: de esa masa engalanada e imbécil, trivial e insípida, hueca e inútil, cuyos labios colgantes como los belfos de una bestia parece que no tienen otro destino que dar paso al esputo, a la baba, o a la palabra imbécil; cuyas manos infecundas solo saben hacer un nudo de corbata o a lo más su habilidad se limita a prenderse mil alfileres sin pincharse las carnes; de esa masa no puede brotar el gigante de la barricada ni se puede esperar que de ella se destaque el brazo musculoso que ha de clavar la Bandera Roja en el corazón del mundo burgués, ni que de ella surja el tribuno que ha de prender en los corazones de la plebe el fuego de la rebelión.

Hay que salir del barrio de negocios y de la usura; hay que huir de las calles espléndidas donde la explotación tiende sus telarañas: el cine, el teatro, la iglesia, el banco, la tienda. Entonces me dirijo a las barridas misérrimas. ¡Qué

chasco! Es cierto que aquí, en el barrio de los miserables, no se entrecruza la gente como las hojas de una baraja de mil cartas; pero ¡que desencanto! Los obreros están saliendo de la fábrica, cuya puerta parece la negra boca de un monstruo aburrido que bosteza. Hombres y mujeres salen de aquel antro como el vómito infecto de un estómago. Busco en sus rostros un gesto, una línea, la más leve marca de rebeldía y de protesta. ¡Inútil tarea! Aquellos rostros ajados llevan impreso el sello de la resignación. Entonces me pregunto con tristeza: ¿serán estos vencidos la materia prima de esas manifestaciones de la cólera colectiva que llamamos motín? Sigo mi marcha pensando, pensando en ese lastre, en ese peso que llevamos prendido los que ansiamos ver a la humanidad libre de cadenas. Ese lastre es la masa satisfecha, indiferente o resignada; ese lastre retarda nuestra marcha nos agarrota, nos ata, nos hace partícipes sin quererlo nosotros de su envilecimiento y de su esclavitud. Los soñadores queremos volar; pero nuestras alas se pegan con la baba y el idiotismo de las masas.

A la vuelta de una esquina, hombres sudorosos y jadeantes surten de materiales una canasta de hierro que se llena y se vacía sin cesar movida por una máquina de vapor. Los esclavos de carne y hueso tienen que darse prisa para que sus movimientos concuerden con los de la máquina de hierro. Veo los rostros de esos esclavos esperando esta vez encontrar en ellos el rastro de una rebeldía, la huella de un cólera fecundada ¡Nada! La indignación tiene pereza de asomarse a las ventanas de los ojos de aquella gente que parece que tomó prestados los suyos de un rebaño de carneros. Entonces, contristado me pregunto: ¿saldrá de esta gente el puño que aprieta el pescuezo del burgués?

Me abismo en amargos pensamientos. ¡Maldad e insignificancia arriba! ¡Servidumbre y estupidez abajo! ¡Cuán pesado es el lastre que tenemos que arrastrar los revolucionarios! ¡Ah; somos pocos, pero somos fuertes! Agitémonos, movámonos sin cesar, para no quedar pegados en el lodo que pisa el rebaño, y ayudemos al rebaño a convertirse en hombres. Trabajadores del Ideal: ¡adelante!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 220, 8 de enero de 1916; p. 2.*

## **El insomnio.**

El juez, confortablemente abrigado, se dispone a dormir. Ha cenado muy bien: ostras, faisán, ensalada, frutas, pasteles y cuanto hay, rociado todo con generosos vinos.

Pasa una hora, y el sueño se rehúsa a adormecer sus párpados con sus dedos de seda y a envolver su cerebro con la dulce niebla de la insensibilidad, como si le guardase rencor de alguna mala pasada.

El juez no duerme, el juez está en vela, el juez es presa de insomnio. Su cerebro trabaja:

—¿Con qué derecho juzgo a mis semejantes? —se pregunta, no satisfecho del derecho que para ello le concede la Ley.— ¿Es que soy el mejor o

el más sabio de mis conciudadanos?—prosigue, a solas con su conciencia, en medio de las tinieblas de la estancia.

Se arroja la cabeza, como si lo que le atormentase estuviera fuera de él y pudiera, así, librarse de su mala influencia, pero en vano: lo que le molesta está dentro de él, y le rasca los nervios, le estruja los sesos y le tiene en vela. ¡Es la conciencia! Su cerebro trabaja:

—Soy igual a todos los hombres, y, sin embargo, me atrevo a juzgar sus acciones. ¿Quién puede asegurar que nunca cometería el acto por el cual envío un hombre a presidio? Que se me coloque en las mismas condiciones en que el delincuente se encuentra, que se me rodee de las mismas circunstancias, y haré exactamente lo que él hace.

Entonces hace memoria de todos los infelices que ha enviado a presidio y al patíbulo, y se estremece. Su cerebro trabaja:

—¡Qué odiosa debe ser la vida del presidio! Verse más abajo de los demás, cuando se siente uno igual, cuando uno tiene la conciencia de ser igual a todos, de no ser ni más bueno ni más malo que el resto de los mortales. ¡Decididamente yo soy un criminal, puesto que hago sufrir, a mis semejantes, torturas que no quisiera para mí! Y, en cambio, mis víctimas son vistas con desprecio y con odio, mientras que yo, el victimario, recibo honores y recompensas. ¡Qué injusta es la justicia legal!

Adopta otra postura para ver si esta vez logra obtener los favores del sueño. La medida resulta ineficaz: el sueño se aleja de él, esquivo, como si le guardase profundo resentimiento. Su cerebro trabaja:

—¡Oh, qué atroces pensamientos! Pero ¿qué es lo que ahora me ocurre? ¡Nunca había yo pensado en tales cosas! ¡Ah!, cómo me acuerdo ahora de aquella escena. La anciana madre del joven a quien envié a presidio, echada, llorosa a mis pies, haciendo un llamamiento a mi clemencia, un llamamiento vano como el que hubiera hecho en un desierto... Mi corazón, endurecido, detuvo mi mano cuando la alargaba para aliviar aquella tristeza suprema, y con el pie aparté de mí aquel cuerpo palpitante de dolor y de angustia... ¡Me quiero volver loco con sólo imaginarme que mi madre hubiera sufrido una humillación semejante!

Sus nervios vibran intensamente, como sacudidos por una mano cruel; se revuelca presa de la angustia en el lecho confortable; cierra los párpados, y le parece que la estancia está iluminada; sobresaltado los abre... ¡todo es tinieblas! ¡Son los nervios, son los nervios, sobreexcitados hasta el límite de la locura! Su cerebro trabaja:

—¡Ah, apartaos de mí, fantasmas! ¡No quiero veros! ¡No quiero acordarme de vosotros!

Pero los fantasmas son tercos y rodean el lecho del funcionario, extendiendo hasta él sus dedos ensangrentados, desnudos los pechos amarillos que muestran unos agujeros negros, de donde brota la sangre... Son los hombres a quienes mandó fusilar y que él ve con los ojos de su conciencia.

El sueño ha huido definitivamente dejándolo a merced de su conciencia inexorable. Su cerebro trabaja:

—¡Me vuelvo loco! ¡Me vuelvo loco! ¿Cuántos de los miserables que me tienden la mano en la calle serán deudos de los desgraciados a quienes he enviado al presidio o a la muerte? Esa prostituta que a empujones fue arrojada esta tarde a el calabozo, a pesar de los ruegos de que se la dejase ejercer su triste comercio del cual conseguía un pedazo de pan para sus desamparados hijos, ¿no será la hija, la esposa o la hermana de alguna de mis víctimas? ¿No merezco que se me escupa a la cara?

Un alba amable, amable hasta para los verdugos de la humanidad, fue ocupando la estancia con sus suaves claridades, calmando al mismo tiempo la irritación nerviosa del funcionario, quien pocas horas después, muy tieso y altanero, se veía sentado en un dosel, enviando, como de costumbre, a sus semejantes al presidio y al patíbulo.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 221, 15 de enero de 1916; p. 2.*

## La torta de pan

Desde el escaparate de una tienda, la torta de pan contempla el ir y venir del gentío anónimo. No son pocos los que, a través de la vidriera, le arrojan miradas codiciosas, como que su dorada costra luce como invitación al apetito, tentando al pobre a violar la ley.

Hombres y mujeres, viejos y niños, pasan y repasan a lo largo del escaparate, y la torta se siente mordida por las mil miradas ávidas, las miradas del hambre, que devoran hasta las rocas.

A veces la torta se estremece de emoción; un hambriento se detiene y la mira, ardiendo en sus ojos la chispa expropiadora. Alarga la mano...; pero para retirarla vivamente, el frío contacto del cristal le apaga la fiebre expropiadora, recordando la Ley: ¡no hurtarás!

La torta, entonces, se estremece de cólera. Una torta de pan no puede comprender cómo es que un hombre que tiene hambre no se atreva a hacerla suya para devorarla, con la naturalidad con que una acémila muerde el haz de paja que encuentra a su paso.

La torta piensa:

—El hombre es el animal más imbécil con que se deshonra la Tierra. Todos los animales toman de donde hay, menos el hombre. ¡Y así se declara él mismo el rey de la creación! Heme aquí intacta, cuando más de un estómago ordena a la mano irresoluta que me tome.

El gentío pasa y repasa a lo largo de la vidriera devorando, con los ojos, la torta de pan. Algunos se detienen frente a ella, lanzan miradas furtivas a derecha e izquierda... y se marchan a sus hogares con las manos vacías, pensando en la Ley: ¡no hurtarás!

Una mujer —la imagen del hambre— se detiene, y con los ojos acaricia la costra dorada de la torta de pan. En sus brazos escuálidos lleva un niño, escuálido también, que chupa ferozmente un pecho que cuelga mustio como una

vejiga desinflada. Esa torta es lo que necesita para que vuelva a sus pechos la leche ausente...

En sus bellas pestañas tiemblan dos lágrimas, amargas como su desamparo. Una piedra, al contemplarla, se partiría en mil pedazos... menos el corazón de un funcionario. Un gendarme se acerca, robusto como un mulo, y, con voz imperiosa, ordena: “¡Circulad!”, al mismo tiempo que la empuja con la punta del bastón, siguiéndola con la vista hasta que se pierde, con su dolor, en medio del rebaño irresoluto y cobarde...

La torta piensa:

—Dentro de unas horas, cuando ya no sea yo más que una torta de pan viejo, seré arrojada a los marranos para que engorden mientras miles de seres humanos se oprimirán el vientre mordido por el hambre. ¡Ah!, los panaderos no deberían hacer más pan. Los hambrientos no me toman porque tienen la esperanza de que se les arroje un pedazo de pan duro en cambio de su libertad, trabajando para sus amos. ¡Así es el hombre! Un pedazo de pan duro para entretener el hambre es un narcótico que adormece, en los más, la audacia revolucionaria. Las instituciones caritativas, con las piltrafas que dan al hambriento, son más eficaces para matar la rebeldía que el presidio y el cadalso. El “pan y circo” de los romanos encierra un mundo de filosofía castradora. Cuarenta y ocho horas de hambre universal, enarbolarían la bandera roja en todos los países del mundo...

La mano del dueño, que tomó la torta con destino a los marranos, puso un “hasta aquí” a los pensamientos subversivos del pan.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 222, 22 de enero de 1916; p. 2.*

## **Cobrando méritos**

El presidio y el templo charlan confidencialmente, como dos camaradas a quienes ligan más los lazos del crimen que los de la amistad. Del presidio se escapan olores de ganado que se pudre; del templo sale un vaho cargado de desmayos, saturado de desfallecimientos, como de la boca de un antro en cuyas tinieblas se arrastrasen todas las debilidades y se retorcieran los brazos de todas las impotencias.

—La plebe me odia—dice el presidio bostezando—; pero merezco la consideración y el respeto que me otorgan las personas distinguidas, de cuyos intereses soy escudo. Cada vez que el honorable guardián del orden me trae un nuevo huésped, tiemblo de emoción, y mi satisfacción llega a su límite cuando siento rebullirse en mi vientre de piedra el mayor número de criminales.

Hay una pausa. A través de las rejas se escuchan chirridos de cadenas, rumores de quejas, chasquidos de látigo, broncas voces de mando en medio de un jadeo de bestias acosadas, todos los ruidos horribles que forman la horrible música del presidio.

Grande es tu misión, amigo presidio—dice el templo—, e inclino reverente mis torres ante ti. Yo también me siento satisfecho de ser el escudo de las personas distinguidas, porque si tú encadenas el cuerpo del criminal, yo



quiebro voluntades, castro energías; y si tú levantas un muro de piedra entre la mano del pobre y los tesoros del rico, yo invento las llamas del infierno para ponerlas entre la codicia del miserable y el oro del burgués.

Hay una pausa. Por las ventanas y por las puertas, entre los aromas del incienso y las transpiraciones fétidas del ganado aglomerado, salen al espacio azul rumores de sollozos, de súplicas ruidos viles, formados por todas las debilidades, por todas las renunciaciones, la abyecta música de los sumisos y de los vencidos.

—Mientras me mantengo en pie, el señor duerme tranquilo— dice el presidio.

—Mientras haya rodillas que toquen mis baldosas, se mantendrá en pie el poderío del señor— dice el templo.

Hay una pausa. El presidio y el templo parecen meditar, satisfecho, el primero, de encadenar los cuerpos; contento, el segundo, de encadenar las conciencias; orgullosos, ambos, de sus méritos.

En el rincón de una covacha, la dinamita escucha, haciendo esfuerzos poderosos para no estallar de indignación.

—¡Esperad!—dice para sí—, ¡esperad, monumentos de la barbarie, que no tarda en llegar la mano audaz que ha de desatar el rayo que llevo en mi seno! En el vientre de la Miseria se agita el feto de la Rebeldía. ¡Esperad! Esperad el fruto de siglos de explotación y de tiranía; las negras falanges del hombre apuran sus últimos sorbos de la amargura y de la tristeza; el vaso de la paciencia rebosa; unas gotas más, y se desbordarán todas las indignaciones, saltarán de su cárcel todas las cóleras, traspasarán sus límites todas las audacias. ¡Esperad, edificios sombríos, cuevas del dolor, que en el gran calendario del sufrimiento humano resplandece, con colores de incendio y de sangre, una fecha roja, un nuevo 14 de julio para todas las Bastillas, las del cuerpo y las de la conciencia! El ganado se endereza para convertirse en hombres y pronto el sol dejará de tostar los lomos del rebaño para iluminar las frentes de los hombres libres. . . Esperad! Permaneceréis en pie el tiempo que dure yo en este rincón.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 223, 29 de enero de 1916; p. 1.***

## **Telarañas**

Las gentes son moscas; pero moscas estúpidas que caen por millares en las telarañas. El gobernante, el burgués, y el sacerdote no hacen más que tender sus telarañas para que al momento caigan en ellas las moscas humanas.

Las moscas, las verdaderas moscas, huyen de la telaraña; las moscas humanas las buscan. ¡Qué mosca tan estúpida es la mosca humana!

Oíd ese rumor: es el zumbido de las moscas humanas que tienen prisa de caer en la telaraña. Se encuentran pensando en la telaraña, sueñan en la telaraña y se visten de prisa para ir en busca de la telaraña.

La telaraña de gobernante es una gran telaraña a la que acuden todas las moscas. Estas saben que la araña gobernante las devorará, pero acuden de todos modos, y una mosca se exprime toda la sangre en la Administración de Rentas, para que se mantenga la araña; otra, firma una boleta electoral para nombrarse

una nueva araña, cuando la vieja ya ha chupado bastante, porque, la justicia ante todo, hay algunas arañas flacas, y es necesario que engorden; aquella, suda levantando parches para encerrar a las moscas díscolas que murmuren de la araña; la de más allá echa paredes y más parches a la vieja telaraña reformándola, para que no se pudra de puro vieja, pues, como dicen las moscas, ¿qué haríamos sin una telaraña? Y las moscas todas zumban, sacrificándose por la araña.

He aquí otra telaraña: la telaraña del burgués. Se atropellan las moscas por caer en ella. ¡Hasta madrugan para llegar más pronto a la telaraña-fábrica a que las chupe la tiranía! Y ya exprimidas, vuelven hacia la telaraña-cine y hacia la telaraña-teatro, a dejar el poco jugo que les queda y donde aprenden a respetar a las arañas de todos los tamaños y de todas las denominaciones, y si todavía les queda un poco de sangre vuelven zumbando hacia las telarañas-tiendas donde pierden la última partícula de jugo vital; pero, dicen las moscas imbéciles, ¿qué haríamos las moscas sin la araña y su tela? Y las moscas sudan, se fatigan y mueren para dar vida a la araña.

Esta telaraña es la del sacerdote. La araña velluda y ventruda que la habita, gusta tanto del jugo como de los sesos de las moscas. Dejar sin sesos a las moscas es, empero, su mayor deleite, porque así atolondradas, se dejarán chupar mansamente de las demás arañas. Las moscas humanas acuden como verdaderas moscas a esta telaraña, y, mientras la araña las chupa, sueñan en otra telaraña más grande, sostenida por las estrellas, y habitada por una araña más gorda que se conforma con comerse de las moscas, el bagazo que le avientan las arañas de la Tierra; pero, como dicen los idiotas insectos: ¿qué sería de nosotros sin la araña? Y allá van, zumbando, camino de la telaraña-templo, las moscas aturdidas a sacrificarse por la araña.

¡Oh, escoba! Ya es tiempo de que sacudas tu indolencia para que limpies de telarañas esta vieja Tierra.

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 223, 29 de enero de 1916; p. 1.*

## **El fardo**

El viajero, con un fardo a cuestas, se ha detenido; se enjuga la frente sudorosa, y dirigiendo la mirada al cielo, exclama con una voz cuya entonación puede compendiar en una sola queja, toda la angustia acumulada en siglos de sufrimiento:

—¡Escúchame, Dios mío! ¡Señor, compadécete de mis penas! ¡Líbrame de esta pesada carga!

Dios no le escucha y suspirando, el viajero prosigue su marcha. Su fatiga es grande, como que el fardo es pesado y largo ha sido el camino recorrido.

El fardo es pesado, porque está repleto de preocupaciones, de prejuicios, de mentiras elevadas por la ignorancia a la categoría de verdades.

El viajero camina, camina, camina, con su fardo a cuestas trepando la pendiente que, se le ha dicho, conduce a la libertad; pero por más que aguza su vista, no la ve, no la ve.

Se detiene un instante, y ya que Dios no le ha oído, sin duda por encontrarse tan alto, se dirige al representante de Dios en la Tierra, el gobernante:

—¡Alteza, libradme de esta pesada carga!

El gobernante no le escucha, y, suspirando, el viajero prosigue su marcha, y camina durante siglos y siglos; pero la paciencia tiene su límite, y un hermoso día tuvo una hermosa idea:

—¡Si diese yo muerte al rey!...

Mata al rey...; pero para poner un presidente en su lugar, y muy ufano se echa a andar, sintiendo apenas el peso del fardo, entusiasmado que está con su victoria. Mas, a poco de haber andado un trecho, siente que el fardo tiene el mismo peso que antes, como que está repleto de los mismos prejuicios, las mismas preocupaciones y las mismas mentiras que lo hacían pesado.

El rey había muerto; pero el principio de autoridad había quedado en pie. Tampoco había bajado a la tumba con el cadáver del rey, el derecho de propiedad privada, ni había rodado con la cabeza del rey de la Tierra, la del rey del Cielo.

El viajero camina, camina, camina con su fardo a cuestas en pos de la libertad, sin lograr alcanzarla, como que ha escogido el peor de los caminos: el del respeto, que es resbaladizo, y hace caer de rodillas al que lo transita.

Y así camina años y años, hasta que un día, apartándose del camino y alzando el puño al cielo grita:

—¡No más fardo!

Por la pendiente rueda el fardo con todas las preocupaciones, con todos los prejuicios, con todas las mentiras hacia el abismo de donde él lo había sacado. Ha terminado el viaje; el viajero es dueño de la libertad.

La libertad está al alcance de la mano. Para obtenerla, no hay más que dar un paso fuera del camino del respeto a la tradición, y tirar el fardo.

***Regeneración, 4ta. Época, núm. 225, febrero 12 de 1916; p. 2.***

## **El obrero y la máquina**

—¡Maldita máquina!—exclama el obrero sudando de fatiga y de congoja. —¡Maldita máquina, que me haces sufrir tus rápidos movimientos como si yo fuese, también, de acero, y me diera fuerza un motor! Yo te detesto, armatoste vil, porque haciendo tú el trabajo de diez, veinte o treinta obreros, me quitas el pan de la boca y condenas a sufrir hambre a mi mujer y a mis hijos.

La máquina gime a impulsos del motor, como si ella participase igualmente de la fatiga de su compañero de sangre y músculos: el hombre. Las mil piezas de la máquina se mueven, se mueven sin cesar. Unas se deslizan, saltan otras, giran éstas, se balancean aquéllas, sudando aceites negros, chirriando, trepidando, fatigando la vista del esclavo de carne y hueso que tiene que seguir atento sus movimientos, sobreponiéndose al mareo que ellos provocan, para no dejarse coger un dedo por uno de esos diablillos de acero, para no perder la mano, el brazo, la vida...

—¡Máquina infernal! ¡Deberíais desaparecer todas vosotras, engendros del Demonio! ¡Bonito negocio hacéis! En un día, sin más costo que unas cuantas cubetas de carbón para el motor y con un solo hombre a vuestro lado, hacéis más cada una de vosotras que lo que pudiera hacer un hombre solo en un mes; de manera que un hombre de mi clase, pudiendo tener asegurado el trabajo por treinta días, tú lo reduces a uno... ¡y qué reventemos de hambre! ¡Eso no te interesa! Sin ti tendrían asegurado el pan más de veinte familias proletarias.

Las mil piezas de la máquina se mueven, giran, se deslizan en diferentes sentidos, se juntan y se separan, descienden, suben, sudando grasas infectas, trepidando, chirriando hasta el vértigo... El negro armatoste no tiene punto de reposo, jadea como cosa viviente, y parece espiar el menor descuido del esclavo de carne para morderle un dedo, para mascarle una mano, para arrancarle un brazo o la vida...

A través de una claraboya penetran los rayos de una luz de calabozo, lívidos, desabridos, espantosos, que hasta la luz se niega a sonreír en aquel pozo de la tristeza, de la angustia, de la fatiga, del sacrificio de las vidas laboriosas en beneficio de las existencias holgazanas. De la parte de afuera penetran rumores de pisadas... ¡es el rebaño en marcha! En los rincones del taller espían los microbios. El obrero tose... ¡tose...! La máquina gime, gime, ¡gime...!

—Siete horas llevo de estar de pie a tu lado, y aún me faltan tres. Siento vértigos, pero he de dominarme. Mi cabeza gira, pero no puedo descuidarme, ¡traidora! Tengo que seguir tus movimientos para evitar que me muerdan tus dientes de acero, para impedir que me aprisionen tus dedos de hierro... ¡Tres largas horas todavía...! Mis oídos zumban, una terrible sed me devora, tengo fiebre, mi cabeza estalla.

De la parte de afuera llega el alegre ruido de unos chiquillos que pasan travesando. Ríen, y sus risas, ingenuas y graciosas, rompen por un instante la tristeza ambiente, suscitando una sensación de frescura como la que experimenta el espíritu abatido a los gorjeos de las aves. El obrero se estremece de emoción. ¡Así gorjean sus chicuelos! ¡Así ríen! Y sin apartar la vista de las mil piezas que se mueven a su frente, piensa, piensa, ¡piensa...! piensa en aquellos pedazos de su corazón que le esperan en el humilde hogar. Siente escalofríos ante la idea de que aquellos tiernos seres que él lanzó a la vida, tengan que venir más tarde a agonizar enfrente de la máquina, en la penumbra del taller, en cuyos rincones los microbios espían...

—¡Maldita máquina! ¡Maldita seas!

La máquina trepida con más ímpetu, y no gime ya. De todos sus tendones de hierro, de todas sus vértebras de acero, de los duros dientes de sus engranajes, de sus mil infatigables piezas, se desprende un sonido ronco, airado, colérico, que, traducido al lenguaje humano, quiere decir:

—¡Calla, miserable! ¡No te quejes, cobarde! Yo soy una simple máquina que se mueve a impulsos de un motor, pero tú tienes sesos y no te rebelas, ¡desgraciado! ¡Basta ya de lamentaciones, infeliz! No soy yo quien te hace desgraciado, sino tu cobardía. Hazme tuya, apodérate de mí, arráncame de las

garras de vampiro que te chupa la sangre, y trabaja para ti y para los tuyos, ¡idiota! Las máquinas somos buenas, ahorramos esfuerzo al hombre, pero los trabajadores sois tan estúpidos que nos dejáis en las manos de vuestros verdugos, cuando vosotros nos habéis fabricado. ¿Puede apetecerse mayor imbecilidad? ¡Calla, calla mejor! Si no tienes valor para romper tus cadenas, ¡no te quejes! Vamos, ya es hora de salir, ¡lárgate y piensa!

Las palabras saludables de la máquina, y el aire fresco de la calle, hicieron pensar al obrero. Sintió que un mundo se desplomaba dentro de su cerebro: el de los prejuicios, las preocupaciones, los respetos a lo consagrado por la tradición y por las leyes, y, agitando el puño, gritó:

—Soy anarquista. ¡Viva Tierra y Libertad!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 226, 12 de febrero de 1916; p. 1.*

## **La revolución.**

Soy la fuerza que empuja a la humanidad hacia un oriente lleno de luz y de alegría.

El poderoso me teme; el humilde me adora.

Mi nombre lleva la consternación y la tristeza al palacio; pero en los hogares humildes resuena como una música alegre, que llena de consuelo el corazón de los que sufren.

Soy maga que transforma en hombres los rebaños.

Sin mí, la humanidad continuaría gimiendo bajo el látigo de los faraones.

Sin mí, no se habría desplomado la Bastilla arrastrando en su caída la barbarie feudal.

Hija de la Tiranía, odio a mi madre. Prendida de las secas ubres de infortunio, me nutro de dolor, de tristeza, de desesperación y de cólera, los fuertes jugos con que se amasa la rebeldía.

Todos me odian, menos los que sufren, y de ahí que sólo tenga alojo en los lugares en que se amontona el dolor humano.

Encorvado sobre el surco, el campesino sueña conmigo; en las entrañas de la tierra, el minero suspira por mí; en la fábrica, el obrero me invoca.

Soy la única esperanza de los desamparados, de los humildes, de los parias. Vivo en la covacha; acompaño a los que van de lugar en lugar ofreciendo sus brazos a la rapiña burguesa.

Soy el rayo de luz que penetra al calabozo del presidiario; soy la promesa risueña que hace tolerable la vida del proscrito.

Pensamiento: pongo a Dios en el banquillo de los acusados y lo sentencio a muerte. Acción: pongo en pie a los hombres que horadaban con sus rodillas las baldosas de los templos, promuevo el progreso, hago la Historia.

¡Cededme el paso!

¡Soy la Revolución!

*Regeneración, 4ta. Época, núm. 258, 28 de julio de 1917; p. 1 y 2.*







Con los siguientes textos se nota la gran calidad que se desprendía de la pluma de este gran Revolucionario Mexicano llamado Ricardo Flores Magón; que no solo concientizaba a los desheredados con los escritos donde denunciaba de manera directa a los tiranos y opresores del pueblo en los periódicos que participo y colaboro (en especial el de *Regeneración*), sino que también lo hacía de manera de cuentos y relatos, donde les daba a todos ellos un mensaje, pero siempre con el toque revolucionario que caracterizo a Magón.

Precursor de la Revolución Mexicana, nunca ceso su lucha contra aquellos que tenían al proletariado bajo la miseria y esclavitud, lucha que lo llevo a ser desterrado a los Estados Unidos, pero esto no impidió que continuara con ella, hasta los últimos días de su vida. Despreciando siempre todas las ofertas de libertad que los poderosos le hicieron, pero nunca arrepentido de sus ideas anarquistas.  
*¡Viva Tierra y Libertad!*

